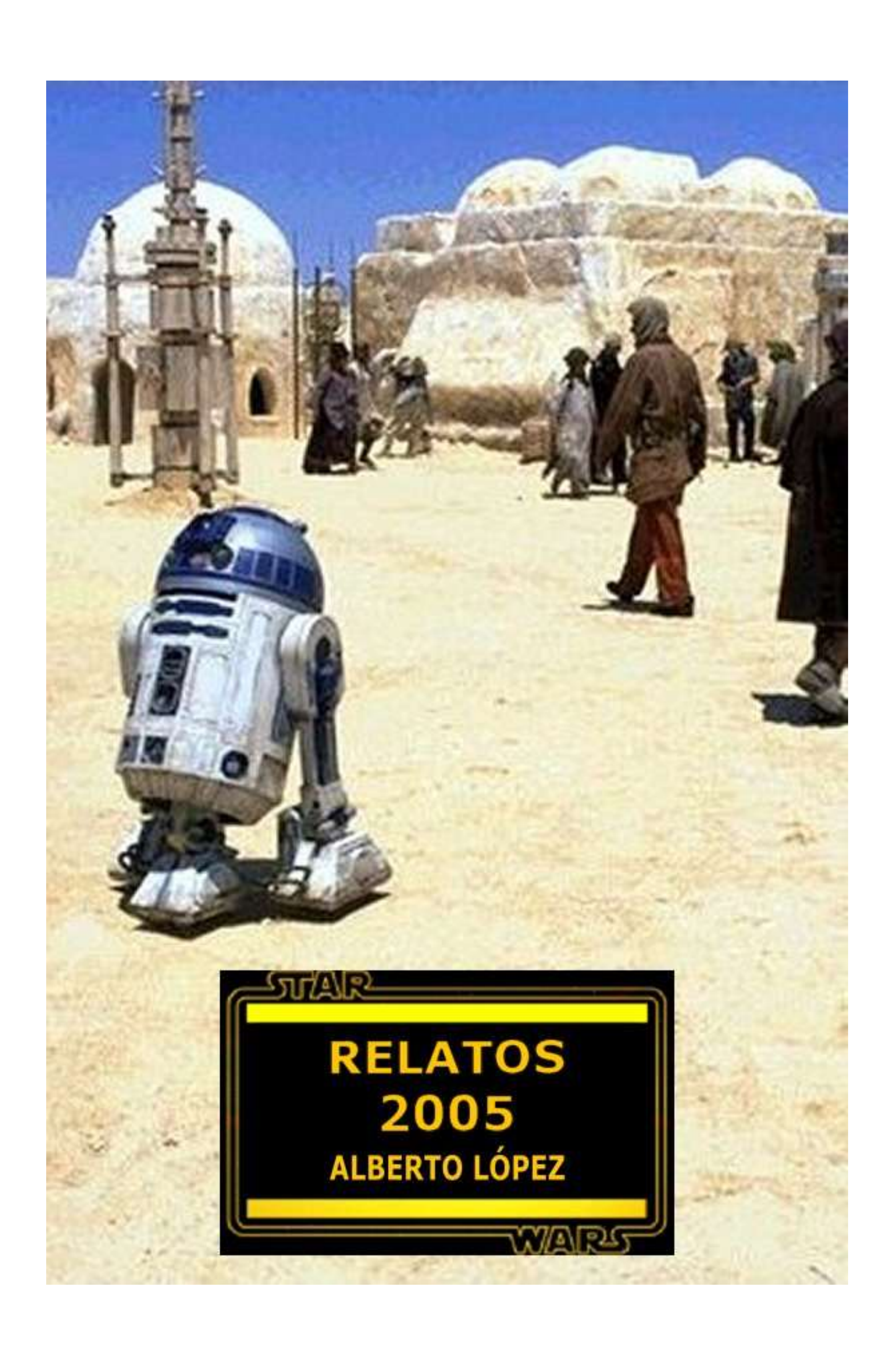

STAR
RELATOS
2005
ALBERTO LÓPEZ
WARS

Relatos de fan fiction por Alberto López

- Cómo entrenar a un Sith
- Intransigencia
- Menudo deporte
- Si fuera un Jedi
- Suerte
- Boba Fett: la trampa perfecta
- Mara Jade: la historia se repite
- Tergiversadores
- Han & Chewbacca: encargo letal
- Grievous: rumores
- Odio a Boba Fett
- Cuando un geonosiano le habla a un wookie
- Esclavos del miedo
- La leyenda de la Cueva del Mal
- Apostantes compulsivos
- La batalla del kaiburr
- Cómo perdí mis tres ojos
- Sin tópicos
- Indiana Jones VS Luke Skywalker
- Clones defectuosos
- En directo con Gardorr
- Recompensa por Boba Fett
- Si Anakin hubiera muerto
- Indiana Jones VS Han Solo
- El cumpleaños de Han
- Yo soy tu padre… ¿o no?
- Somnolencia
- El optimista y el pesimista
- Superviviente
- Experimento midicloriano



Relatos 2005

Alberto López



Autor: Alberto López

Publicación del original: 2005

Estas historias son fan fiction, no forman parte oficial de la continuidad

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

13.04.16

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Cómo entrenar a un Sith

Es más sencillo de lo que se piensa. Basta con ser tan cruel como cuando se pelea contra un enemigo. Sin mostrar piedad. Sin bajar nunca el listón, aumentado los niveles de dificultad y exigencia. Se debe fomentar el odio y la ira en el aprendiz hasta rozar los límites de la cordura. Y si se sobrepasan, no quedará más remedio que eliminarle y comenzar la búsqueda de otro candidato más capacitado.

En base a estas sencillas premisas, he entrenado con escaso éxito a casi una veintena de seres con fuerte arraigo en la Fuerza. A pesar de mi cuidado proceso de selección, basado en el espionaje de la vida diaria del posible candidato durante un período de tiempo de un mes, no he logrado obtener un aprendiz Sith que soportara el entrenamiento como es debido: manteniendo la cordura.

El último optó por suicidarse tras obligarle a dormir rodeado de serpientes de Dagobah. El ejercicio consistía en que debía mantener su odio vivo incluso en sus sueños, de modo que su mera presencia suscitara miedo en todo ser vivo a su alrededor. De esta forma, ahuyentaría a las serpientes sin mover ni un solo músculo y demostraría su plena conexión con el mayor aliado de un Sith: el miedo. Pero este aspirante comprobó que el miedo puede resultar un arma de doble filo, incluso para alguien que pretende llegar a convertirse en su manipulador. Si no se alcanza ese estado en el que no se le teme a nada, resultará imposible aliarse con el miedo. Y este devaroniano temió por su vida nada más verse rodeado de los venenosos reptiles.

Fue el candidato que más cerca estuvo de superar el entrenamiento. De hecho, si llega a pasar la mencionada prueba, le hubiera asignado su primera misión. Se había mostrado preparado en todos los aspectos, tanto físicos como psíquicos, desde el combate con espada láser hasta el dominio de los poderes del Lado Oscuro. Y a un nivel más que aceptable, por no decir sobresaliente. Pero, desafortunadamente, y para mi sorpresa, no superó el último de los ejercicios. Una verdadera lástima, pues tuve que volver a empezar desde el principio con un iridoniano, al que llamé Darth Maul por su sonrisa ennegrecida (Maul significaba «aquel que es temido por su sonrisa»).

Como siempre, lo primero que hice tras estudiarle durante su día a día, fue asesinar a todos sus familiares y amigos para, justo después, informarle de quién había cometido tal atrocidad: los Jedi. Poco más tuve que hacer para se convirtiera en mi servidor. El resto consistió en prometerle más poder que el que hubiera soñado nunca. Poder incluso para esquivar a la mismísima muerte.

Desde las primeras pruebas, le he visto mucho más capacitado que el resto de aspirantes, por encima incluso que el devaroniano. Su agilidad y ferocidad felinas, su instinto animal y, sobre todo, su conexión con el Lado Oscuro, me hacen presentir que, al fin, tras tantos años de búsqueda y entrenamientos fallidos, este zabrak será mi mano derecha en mi camino hacia la conquista de la galaxia.

Intransigencia

—¿Hay algo peor en la vida cotidiana que la intransigencia? —«Disculpe, me he tropezado, no era mi intención mancharle el pantalón»

—«Ya me está usted abonando 500 créditos»

—«¡Pero si es una manchita de nada!»

—«¿Quiere que le denuncie?»

—«¡No, no, tome, tome, aquí tiene el dinero!».

Así es como se vive en el mundo de Firrerre, situado cerca de Endor, en el Borde Exterior. Nadie perdona nada. Todo conduce a disputas insalvables o peligrosas denuncias. Realmente no sé de dónde procede el problema: ¿son los ty-oncros intransigentes por naturaleza o su ley es tan rígida que se aprovechan de ella para sacar beneficio?

Afortunadamente, sólo vengo a este planeta dos veces al mes, cada vez que se celebra el Gran Mercado. Si viviera aquí, es más que probable que hubiera sido encarcelado en más de una ocasión por actos tan involuntarios como dar un pisotón o estornudar sin haberme tapado la boca. Peor aún, me hubiera quedado prácticamente sin dinero, porque toda pena, por leve que fuera, conllevaba sanción económica a favor del denunciante. Esa creo que era la causa de todo: si no hubiera dinero de por medio, ¡cómo cambiaría el asunto!

¿O tal vez no? Quizá sea culpa de la severidad impuesta por las leyes. Si no fueran tan estrictas, si se situaran a un nivel de exigencia similar al de otros mundos, no habría problema alguno.

¿O quizá tampoco? Si los ty-oncros son intransigentes por naturaleza, habría tantas disputas como ahora, con la diferencia de que no serían castigadas por la ley, lo que podría llevar a un aumento de la delincuencia callejera.

Debo despejar esta duda. Tengo que saciar mi curiosidad de una vez por todas. Llevo varios meses haciéndome estas mismas preguntas. Voy a ver si encuentro las respuestas que busco en la biblioteca pública.

Esta podría ser la sección: «Historia Firrerreana». Vamos a ver… Este no tiene nada interesante. Este… tampoco. A ver este otro…

—«¡Lo tengo, aquí está!».

—«Disculpe, señor».

—«¿Sí?».

—«Queda detenido por romper el silencio de la biblioteca».

—«¡¡NOOOOOOOOOOOO!!».

Menudo deporte

Siempre me habían dicho que el «poontroon» era uno de los deportes más agotadores de la galaxia. También era uno de los más famosos y practicados, especialmente en el Borde Exterior, donde ganarse la vida no era tan sencillo como en los mundos del centro, así que muchos se aventuraban a convertirse en poontroonianos.

Sin embargo, nunca había tenido la ocasión de ver la retransmisión de un partido. Hasta hoy.

Mis expectativas eran muy altas. No sabía nada de lo que iba a ver, pero, basándome en los excelentes comentarios que había escuchado, me esperaba disfrutar tanto como con el «Nantto» o el «Twitanter».

Menuda desilusión me llevé: ¡los jugadores iban andando! A paso ligero, pero andando al fin y al cabo. ¿Qué esfuerzo podía suponer eso? Lo único que hacían era pasarse la pelota unos a otros mientras avanzaban por el campo contrario en dirección a una especie de tubo donde, obviamente, tenían que introducir el esférico. Más sorprendente aún era el hecho de que no había equipo rival. Entonces, ¿cuál era el objetivo del juego? ¿Encestar en el menor tiempo posible sin correr y haciendo el mayor número de pases? ¡Era totalmente absurdo, carecía de toda lógica! ¡Menudo deporte!

Traté de fijarme detalladamente en lo que estaba viendo para intentar dilucidar aquella patochada. Alcancé el mando a distancia y activé la opción «cámara personalizada» para poder hacer zoom sobre los jugadores. Observé que llevaban un traje realmente extraño. Lo mismo sucedía con las botas. Parecían tener pequeños bultos por todas partes, como si de sensores se tratara. Luego me fijé en el suelo. Curiosamente tenía el mismo aspecto.

En ese momento, uno de los jugadores cayó al suelo de una manera un tanto extraña: posando la rodilla izquierda. Sin haberse tropezado. No había obstáculos ni nada a la vista que le pudiera haber golpeado para que cayera de esa forma. A los pocos segundos, uno de sus compañeros cayó de costado mientras elevaba la pierna derecha para dar un paso más, como si algo le hubiera empujado por el lateral izquierdo. Resultaba gracioso de ver, sobre todo porque desconocía el por qué de aquellas caídas. No observé nada raro, salvo que aquellos que tocaban el suelo no volvían a levantarse. Sus compañeros, entretanto, seguían avanzado y pasándose la pelota en el momento en que alguno reducía el paso o caía al suelo.

No estaba entendiendo nada. Me sentía imbécil por completo. ¿Tan complejo podía ser aquel deporte? Se me debía estar escapando algún detalle. Seguramente debía ser algo relacionado con el material que componía tanto los trajes como el suelo. ¿Pero el qué?

Fue entonces cuando se me deslizó el mando de entre los dedos y cayó al suelo. En la colisión, se accionó el botón correspondiente al menú de opciones de visualización. Ahí encontré la respuesta: ¡no había activado la «ultravisión»! Este modo permitía ver los

rayos virtuales que se utilizaban en algunos deportes, como era el caso. Al momento comprendí lo que antes no era más que un sin sentido.

El equipo que llevaba el esférico era disparado por su oponente, situado justo enfrente, a más de 50 metros del tubo en el que debía encestar, con este tipo de rayos, totalmente inofensivos, e invisibles si no se usaban los medios adecuados. Por eso los jugadores llevaban un visor especial en sus cascos. Si un jugador era acertado, la parte de su traje afectada aumentaba su atracción con el suelo. De ahí que ambos estuvieran hechos del mismo material. Por tanto, cuantos más disparos recibía un atacante, más pesado era su cuerpo, con lo que le resultaría más y más complicado el avance. Llegaba un punto en el que caían, quedándose pegados al mismo hasta que terminara la ofensiva. Este momento podía llegar de dos formas: cuando se puntuara o cuando la pelota cayera al suelo. Si el equipo era lo suficientemente bueno, esto ocurriría cuando sólo quedara un único jugador en pie.

Ahora también comprendo por qué el «poontroom» era uno de los deportes más agotadores de la galaxia: avanzar soportando la atracción del pavimento era muy costoso. Requería un esfuerzo nada recomendable para aquellos que no estuvieran bien entrenados. Además, exigía mucha fuerza en todo el cuerpo, especialmente en las piernas, pero también en los brazos, ya que debían hacer lanzamientos y recepciones de pases soportando un peso mayor si habían recibido algún rayo virtual en ellos.

—«¡¡Poontroom!!» —gritó el comentarista cuando el esférico entró en el tubo. El equipo atacante había puntuado y tenía derecho a otra ofensiva. Los defensores debían permanecer otra ronda tras la línea de tiro.

Al final, tengo que admitir que era cierto: el «poontroom» es un gran deporte.

Si fuera un Jedi

¡Ay, si fuera un Jedi! Si lo fuera, ¡ay, si lo fuera! Cuántas cosas maravillosas podría haber hecho. Qué fácil hubiera sido todo. Cuánta felicidad hubiera obtenido. Hubiera sido increíble disponer de tan fantásticos poderes con tal sólo estar concentrado y utilizarlos para facilitarme las cosas.

Podría haber hecho que miles de carteras flotaran por los aires hacia mis torpes manos.

Podría haber convencido a cualquier guardia, a poco que fuera algo necio, de que no había cometido delito alguno.

Podría haberme librado de las víctimas de mis estafas con el poder que otorga al Jedi una velocidad tan asombrosa como la de los cometas.

Podría haber provocado las más insospechadas distracciones, moviendo objetos con la mente y haciendo sonar ruidos allá donde lo necesitase, para cometer robos perfectos en cualquier lugar, en cualquier momento, a cualquier banco, por muy seguro que fuera.

Podría haber presentido el peligro a mi alrededor, incluso sortearle en el último momento.

Ay, si fuera un Jedi.

Pero como no lo soy, y dudo que logre serlo a lo largo de los próximos cuarenta y tres años, me veo obligado a permanecer entre estas tres paredes y una puerta láser, imaginando lo famoso que podría haber llegado a ser si hubiera tenido el nivel suficiente de midiclorianos en mis venas. «Tott Dyan, el ladrón Jedi», tan eficaz en la delincuencia callejera como Jango Fett lo era en la caza de recompensas.

¿Qué ladrón no habrá soñado alguna vez con esto, verdad?

Suerte

Me dispuse a lanzar los dados. Los agité un buen rato, como si con ello aumentaran mis posibilidades de sacar el 7 que me hacía falta, cuando lo único para lo que servía aquel gesto era para tratar de tranquilizarme. Había mucho en juego. Todos mis ahorros y mi moto swoop. Por si fuera poco, era mi última oportunidad para reunir la suma que debía a los cazadores de tusken por aquel trabajo que me hicieron.

Finalmente los lancé. Pasó toda una eternidad antes de que tocaran el tapete. Rebotaron varias veces mientras oía cómo mi corazón latía con más fuerza que en toda mi vida, como si tratara de salir de mi cuerpo. Me quedé sin aliento cuando comenzaron a detenerse. Mi vista se agudizó como la de un dragón krayt en busca de scurriers. El mundo dejó de existir para mí. Toda mi atención estaba puesta en aquellos cubos blancos pintados con los peculiares símbolos del huttese.

—Siete, el jugador gana.

Aquellas cuatro palabras me devolvieron la consciencia. Tomé un profundo respiro antes de sonreír de puro alivio. Me incliné sobre la mesa para hacerme con la ingente cantidad de fichas que me salvarían la vida, pues bien es sabido que los cazadores de tusken no sólo matan a estos monstruosos seres sino también a todo aquel que no les paga como es debido.

—Parece ser que te he dado suerte. —Me dijo la preciosa twi’lek que estaba a mi lado.

—¿Perdone? —fue lo único que supe decir en aquel momento tan maravilloso en el que metía las fichas en una bolsa. Apenas podía pensar de la emoción que sentía.

A partir de ahí comenzó una conversación que derivó en una cita cuando menos sospechosa: ¿no era mucha coincidencia que nada más ganar tan suculento premio alguien se interesara por mí? Tendré que estar atento «por si los banthas echan a correr», como se suele decir aquí, en Mos Eisley.

Así pues, nos dirigimos a un restaurante más o menos decente en el que empezar a gastar los primeros créditos fruto de mi afortunada noche. Aunque la deuda no era ni mucho menos pequeña, la cantidad que había ganado dejaba un considerable margen de ganancia. De hecho, me permitiría vivir bastante mejor que hasta ahora durante, por lo menos, un par de meses.

—Sin duda ha sido una velada maravillosa. —Me dijo Elithua mientras salíamos del local dos horas más tarde. Justo antes de que pudiera afirmar aquel comentario, se oyó un estruendo atronador procedente de una calle cercana. Me resultaba familiar: eran las motos deslizadoras de los «Krakenios», el grupo de cazadores de tusken a los que debía dinero.

—¡¡Mirad quién está ahí!! ¡¡A por él!! —gritó Jonton, el líder de la banda, nada más verme. No tardé apenas un segundo en darme cuenta de que había olvidado por completo

que el plazo para saldar mi deuda había concluido hacía algo más de media hora. Este hecho confirmaba que, en efecto, la cena había sido realmente fantástica y entretenida.

Tiré del brazo de mi acompañante y la obligué a correr junto a mí en dirección a mi moto swoop. Se inició así una frenética persecución de veinte motos deslizadoras contra una swoop a velocidades cercanas a los 200 km/h, que era la máxima a la que se podía ir muy rápido sin perder demasiada maniobrabilidad. Hubo un par de cazadores que trataron de darme alcance yendo a más velocidad, pero apenas duraron unos segundos: no les daba tiempo a esquivar a los escasos transeúntes y bestias de carga que aún deambulaban por las arenosas avenidas.

A todo esto hay que añadir la poca luz que había. Otros tres de mis perseguidores se estrellaron probablemente debido a ello. A mí me costaba vislumbrar lo que iba encontrando por el azaroso camino. Sí, azaroso. La verdad es que no huía en ninguna dirección en concreto. El caso era huir.

Hasta que la suerte hizo que, tras atravesar un cruce, pasara justo después un deslizador lo suficientemente grande como para que les resultara imposible esquivarlo. La colisión fue tremenda. Como para no serlo: más de una docena de motos colisionaron con el vehículo con una fuerza tal que se convirtieron en un único amasijo de hierros que avanzó varias decenas de metros por la inercia.

Sin duda, aquella estaba siendo una noche realmente afortunada: al dinero ganado en el casino había que añadir la bella twi’lek que me acompañaba y la destrucción de toda la banda, de modo que ya no tendría que saldar la deuda.

Pero, igual que ocurre en la ruleta rodiana, en la que siempre se gana hasta que te toca el «twuenn», mi suerte cambió drásticamente.

—¡¡Dame todo tu dinero y quizá te perdone la vida!! —me vociferó Elithua tras detenernos frente a la puerta de mi casa: me estaba apuntando a la sien con mi propio blaster.

—Pero… ¿qué sucede?

—¡¡Acabas de matar a mi familia, y con ella a mi novio!! —eso lo explicaba todo. Era la novia del líder de la banda, quien me había engatusado para que cenara con ella y, de esta forma, al concluir el plazo de entrega, su «familia» podría cobrar no sólo lo que les debía, sino la totalidad de la gran suma que había obtenido en el casino. Tengo que admitir que había sido una estrategia muy inteligente de su parte, sobre todo para ser meros cazadores. Era increíble cómo la codicia agudizaba el ingenio.

Afortunadamente, yo también tenía un as en la manga…

—Pues, ¿a qué esperas? Mátame, no te pienso dar el dinero.

—Como quieras. —Apretó el gatillo y la culata estalló en la palma de su mano, abrasándosela. Evidentemente, dejó caer el blaster al suelo. Mientras gritaba por el intenso dolor, me abalancé sobre el arma y la disparé siete veces sin dudarlo. «Siete, el jugador gana de nuevo», pensé, contento por seguir con vida.

Jamás me alegré tanto de haberme gastado aquel dineral en modificar la pistola para que detectara mi huella dactilar. Si había una cosa que odiaba a muerte era que existiera

la posibilidad de que me mataran con mi propia arma, como le pasó a mi difunto hermano.

En fin, después de todo, podía considerar que había sido una noche francamente afortunada. Para que luego digan por ahí eso de que «la suerte no existe, sólo existe la Fuerza». Pamplinas.

Boba Fett: la trampa perfecta

Todo empezó cuando me encontraba negociando un trato con Yegga el hutt. Como habréis supuesto, tenía que ver con el contrabando de especias. Yo le tenía que conseguir una cierta cantidad de rylostim para una determinada fecha y él me pagaría por adelantado en esa misma reunión.

Me fui de allí convencido de que iba a lograrlo. Tenía suficientes contactos, dinero de sobra y no era la primera vez que realizaba un encargo de esas características. El problema residía en el plazo de entrega. Quizá fuera un poco justo. Pero como el resto de condiciones eran favorables, supuse que todo marcharía bien.

Para mi desgracia, no fue así. Se dieron una serie de circunstancias imprevistas que provocaron que consiguiera la mercancía un par de días después de lo pactado. Por ejemplo, varios de mis «proveedores» se encontraban en Coruscant, concretamente en la Penitenciaria de Lottorie.

Tal y como esperaba, en seguida me enteré de que el gran Boba Fett me estaba buscando. Conociendo la cabezonería de Yegga, decidí no ir a su guarida a entregarle la tardía especia. Sabía de antemano que no iba a perdonar mi retraso… nunca. Era el riesgo que se corría si se trataba con un hutt, especialmente si era tan poderoso como aquel.

Así que me dediqué a buscar un buen lugar en el que esconderme antes de que el cazarrecompensas me hallara y acabara con mi existencia. Sabía que era prácticamente imposible huir de él, así que decidí que tenía que matarle. Su vida por la mía. No cabía otra posibilidad.

Preparé una elaborada trampa. Una trampa infalible. La consideraba tan sumamente perfecta que hasta opté por comunicar a todo el mundo de que me encontraba en la gran cueva de la Cordillera Hyyth, en el planeta Ord Mantell. Lo publiqué incluso en la HoloRed. Quería que Boba Fett hiciera acto de presencia. Y cuanto antes lo hiciera, mejor, pues no me gustaba nada tener que esperar. Estaba tan seguro de mis posibilidades que perdí el miedo que inicialmente sentía. Incluso empecé a pensar en la fama que adquiriría por toda la galaxia: iba a convertirme en el individuo que acabó con el gran Boba Fett. Mi nombre pasaría a la historia.

Me había gastado todo el dinero que tenía en los elementos que componían la trampa y en suministros para sobrevivir en la cueva durante meses. Tenía todo tipo de alimentos y bebidas. Estaba preparado para vivir cómodamente sin tener que salir del lugar. Entre otras cosas porque me resultaría muy complicado llegar a la salida sin activar el mecanismo de mi letal ardid.

Fett se presentó a los dos días. Lo supe por los gritos que propició antes de morir: había caído en mi trampa. Fui a comprobarlo. Efectivamente, era él. Llevaba su armadura mandaloriana. Le tomé el pulso. Indudablemente estaba muerto. Así que volví al interior de la cueva y fui llevando todas las provisiones hacia mi deslizador, que estaba debidamente escondido en una cueva cercana.

Me sentía eufórico, invencible, victorioso. Lo había logrado. Había conseguido matar al gran Boba Fett. El sueño se había hecho realidad. Mi audacia sería largamente recordada. No tardé en acudir a la cantina más cercana para proclamarlo. Quería que toda la galaxia conociera la noticia cuanto antes, así que cogí el holograbador para que archivara la narración de mi impresionante hazaña y después fuera enviada a la HoloRed.

Cuando me dirigía a pulsar el botón del dispositivo, alguien se acercó a mí y me invitó a una copa. Estaba tan entusiasmado que se me había olvidado pedir algo para beber. Se lo agradecí y tomé un trago. Activé, ahora sí, el holograbador y me dispuse a comenzar. Pero, de repente, la visión se me nubló. Me empecé a marear. Las piernas no me respondían, por lo que caí al suelo.

La gente me rodeó, preguntándome cómo me encontraba, qué me estaba pasando. No fui capaz de soltar una sola palabra. Estaba totalmente aturdido, a punto de perder el conocimiento. Giré el cuello, no sin gran esfuerzo, para mirar al único individuo del local que no se encontraba a mi alrededor. Se estaba dirigiendo hacia la puerta de salida. Se detuvo a pocos pasos de ella y se giró sobre sus talones para mirarme, permitiéndome ver quién era.

Era el tipo que me había invitado a una copa. Llevó su mano a su cinturón y me señaló un pequeño frasco vacío que colgaba de él.

Era Boba Fett. Sin su armadura mandaloriana, pero sabía que era él. Me había envenenado. Había cumplido su misión. De nuevo, su astucia había sido superior. Me había hecho creer que había muerto contratando a alguien al que dio su mismo traje.

Aquella sí que había sido una trampa perfecta.

Mara Jade: la historia se repite

—Luke, ¿te pasa algo? Te noto… no sé… distinto —le preguntó Mara. Desde que habían regresado de Ord Mantell, Luke no parecía el mismo. Apenas hablaba y respondía con pocas palabras. No hacía demasiados gestos, se mostraba poco expresivo. Parecía ausente, distraído todo el tiempo. Observaba cada lugar de la casa como si no fuera la suya o como si tratara de encontrar algo.

—Tranquila, cariño, estoy perfectamente.

—¿Seguro?

—Sí. Confía en mí. —No era propio de Luke decir aquello cuando llevaban tantos años casados. Sin duda, algo le pasaba y no quería contárselo. Alguna razón habría, así que, por el momento, Mara no quiso seguir cuestionándole y le dejó en la sala de estar.

—De acuerdo. Bueno, me voy a dormir. Estoy agotada del viaje. Deberías acostarte pronto tú también.

—Lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches, Luke.

Horas después, cuando Mara se encontraba ya dormida, Luke se acercó a la puerta de la habitación. Pulsó con suavidad el botón que la abría para que hiciera el mínimo ruido al deslizarse. Pero la luz que entró resultó ser suficiente para que Mara abriera ligeramente los ojos, ya que estaba acostada mirando en esa dirección. Pudo entrever entonces que Luke llevaba algo en la mano izquierda. Por su brillo, parecía algo metálico. Por su forma, parecía un cilindro. ¡Era un bláster!

Aquello sí que fue un brusco despertar. Sin pensarlo dos veces, rodó por la cama hasta tirarse bajo ella por el lado contrario a aquel en el que, hasta ese momento, descansaba plácidamente. Para su fortuna, fue lo suficientemente veloz como para esquivar los tres fogonazos que ejecutó… ¿su marido? Aquel individuo indudablemente no podía ser Luke. Era lógico entonces que le notara raro: se trataba de una persona totalmente distinta, aunque conservaba el mismo físico y vestimenta. Eso explicaba el hecho de que se mostrara tan curioso por las estancias de la casa: buscaba un arma. Y, por lo que se veía, había encontrado el antiguo blaster de Mara, al que guardaba como medida de seguridad en caso de que ni Luke ni ella tuvieran a mano sus espadas de luz.

¿Era un clon? ¿Era un cambiante? Daba lo mismo: ahora lo que realmente preocupaba a Mara era librarse de aquel nuevo atentado contra su vida. El problema estaba en que la situación era bastante delicada. Estaba desarmada y no tenía posibilidad alguna de hacerse con su espada, ya que se encontraba entre el equipaje del recién concluido viaje. «Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», se culpaba por no haber deshecho las maletas. Pero es que estaba tan sumamente cansada que prefirió dejarlo para el día siguiente. Después de tantas y tantas aventuras, aquella decisión podía convertirse en la equivocación de su vida: ¡menudo fiasco de final para una trayectoria tan exitosa como la suya!

Cuando el «falso Luke» se disponía a rodear la cama, Mara discurrió al fin la manera de librar a la muerte por enésima vez. Era muy arriesgado, pero se sentía lo suficientemente preparada como para lograrlo. Así que recordó una de las máximas que Luke le había enseñado durante su entrenamiento Jedi («Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes») y se descubrió ante su rival con la mano extendida, llamó a la Fuerza y consiguió atraer el blaster hasta su mano. Aquello venía a demostrar que, sin lugar a dudas, Luke se había convertido en un gran Maestro Jedi y que ella tenía una nada despreciable sensibilidad hacia la Fuerza.

—Dime quién eres y quizá te perdone la vida. —Le dijo mientras se ponía en pie y le apuntaba a la cabeza.

Fue una escueta conversación, pero Mara sonsacó la información necesaria para encontrar a su marido: había sido secuestrado en Ord Mantell. No sabía cómo ni en qué momento durante su estancia en aquel planeta, pero sí sabía el por qué: la sed de venganza. Había pasado mucho tiempo desde que cumplió aquel encargo del Emperador, pero se ve que los Piratas del Savrip de las Sombras todavía le guardaban rencor por la destrucción de su cuartel general. O quizá se acordaron de ella al verla aterrizar allí. El caso es que habían intentado matarla y, por si lograba sobrevivir, habían raptado a Luke para disponer de un segundo intento.

No perdió ni un pársec: despegó y puso rumbo a la ruta hiperespacial que más cerca la dejaría de Ord Mantell. Una vez allí, localizó el cuartel general que años atrás hizo pedazos gracias a que el «falso Luke» le había dicho las coordenadas pertinentes. Estaba situado en lo alto de una pequeña montaña de roca rojiza. «Buena reconstrucción», pensó sorprendida al ver el buen aspecto que presentaba el enorme edificio. Prácticamente idéntico a como se hallaba antes de que le hiciera estallar.

Se dispuso a efectuar el aterrizaje frente a la entrada principal. Había dos guardias flanqueando la gran puerta de duracero. En cuanto el vehículo tomó tierra, se acercaron para ver quién lo pilotaba y, nada más comprobar que era Mara Jade en persona, no dudaron en empezar a correr hasta la rampa de embarque para atacarla en cuanto se asomara.

Al principio, a Mara le sorprendió que no optaran por dar la alarma. Pero luego recordó que los Piratas del Savrip de las Sombras tenían fama de ofrecer cuantiosos sobresueldos a sus integrantes para que se esforzaran al máximo en el cumplimiento de ciertos objetivos de gran importancia. «Me siento halagada», pensó divertida.

Antes de que la rampa de embarque tocara el suelo, Mara ya estaba saltando hacia delante, aprovechando la progresiva inclinación de la misma para rodar por ella y evitar así los disparos de los guardias. Inmediatamente después, disparó e hirió a uno de ellos, pero el otro se movió con la suficiente agilidad como para evitar las descargas que iban en su dirección. Esto le permitió volver a disparar a la valiosa enemiga, con la fortuna de acertarla en la mismísima sien.

—¡La he matado! ¡La he matado! —gritó eufórico el guardia de especie nikto. No duró mucho su alegría. Exactamente cuatro segundos, que es lo que tardó el cadáver en

llevar a cabo la transformación de su aspecto hacia su forma original: la de un cambiante clawdite, el mismo que se había hecho pasar por Luke hacía escasas horas y que había sido forzado por Mara para que eliminara a los guardias de la entrada. O mataba a los guardias o moría junto a ellos, ya que le había colocado un detonador termal accionado por control remoto.

La verdadera Mara Jade apareció de repente por la rampa de embarque, lanzando su espada de luz con la Fuerza en dirección al sorprendido pirata. Fue tal la rapidez del ataque que sólo pudo ver el fulgor violeta del arma momentos antes de que atravesara su cabeza a la altura de la frente. Como si de un boomerang se tratara, la empuñadura voló de vuelta a la mano de su dueña. Así dio comienzo la operación de rescate.

Para acceder al cuartel, Mara dudó entre usar su espada de luz o emplear el detonador termal que aún permanecía escondido en el cuerpo sin vida del clawdite. Optó por la primera opción, ya que era bastante más sigilosa. Ya que había logrado que nadie diera la alarma, era preferible seguir así. Todo resultaría más fácil… o no. Tener que aniquilar a los enemigos en silencio no era tan sencillo. Había tener muy en cuenta el factor sorpresa y, sobre todo, la ocultación de los cadáveres en lugares seguros para que nadie sospechara. Y aunque se tomaran todas estas medidas, siempre había un elevado porcentaje de posibilidad de que algo saliera mal y finalmente la alarma fuera accionada. No obstante, merecía la pena intentarlo. El mero hecho de pensar que podrían venir en su busca varias docenas de piratas de golpe ponía nervioso a cualquiera. Incluso a la gran Mara Jade, antigua «Mano del Emperador».

La operación de rescate se convirtió en un conjunto de ejercicios Jedi ejecutados con éxito: desde el poder que permitía proyectar sonidos de distracción hasta el de mover objetos con la mente, pasando por el lanzamiento de espada con la Fuerza y el poder de la velocidad. Mara se convenció así de que estaba plenamente preparada, podía considerarse un Jedi tal y como lo era su marido. Quizá no de su nivel, pues carecía de su larga experiencia, pero lo era.

—¡Luke! —gritó Mara en un tono que mezclaba la alegría de verle vivo con la preocupación de verle apresado con campos de fuerza, flotando sobre un pozo de dudoso destino, pero que, obviamente, sería letal.

—Mara… —respondió el Jedi con debilidad. No mostraba síntomas físicos, pero se encontraba muy aturdido.

—Has mejorado mucho, Mara —surgió una voz de entre las sombras de la gran habitación—. Con lo buena que eras ya entonces, cuando te hacían llamar «la Mano del Emperador», parece mentira que ahora seas aún mejor. Has llegado hasta aquí sin un solo rasguño, sin que se haya disparado la alarma y utilizando una simple espada de luz. Impresionante. Realmente impresionante. Lástima que vayas a morir… ¡ahora!

—(¡Agáchate!). —Y sin pensarlo, Mara lo hizo, esquivando por muy poco el dardo dirigido hacia su cabeza que salió disparado de uno de los oscuros rincones de la sala. Inmediatamente después, lanzó su espada, usando de nuevo la Fuerza, hacia el origen del ataque y acabó con el peligroso devaroniano que a punto estuvo de quitarle la vida.

—Pero…¡¡¿cómo es posible?!! —el líder pirata no daba crédito a lo que acababa de presenciar. Como para hacerlo: era un truco Jedi muy bueno, el truco de la telekinesia, gracias al cual Luke le había susurrado a la mente de Mara la advertencia necesaria para sobrevivir. Otra prueba más de que Mara era ya toda una Jedi—. No te conseguiré matar, Mara, ¡pero al menos acabaré con tu marido!

El villano corrió entonces hacia un pequeño panel de control y pulsó el botón que desactivaba el campo de fuerza que mantenía a Luke apresado en el aire.

—¡¡NOOO!! —gritó Mara mientras corría hacia el pozo con la intención de detener la caída de su esposo mediante la Fuerza. Pero estaba tan nerviosa que no lograba obtener la concentración necesaria para hacerlo. La situación empeoró cuando el líder pirata, viendo a su enemiga al fin indefensa, desenfundó su blaster para dispararla. Mara lo vio de reojo y no tuvo más remedio que agacharse, ocultándose tras el muro de piedra que componía el pozo. Sin perder un segundo, se puso en pie blandiendo su espada y esperó a que el twi'lek la disparara de nuevo. Tras desviar las dos primeras descargas láser, logró que la tercera rebotara en la dirección oportuna, hiriendo así a su atacante. Tan velozmente como fue capaz, dejó a un lado su espada y trató de concentrarse de nuevo para retener a Luke en el aire, si es que aún no había llegado al fondo del abismo.

Afortunadamente, lo consiguió cuando quedaban escasos metros. Ahora debía esforzarse un poco más para hacerle ascender. Se tomó su tiempo, ya no había prisa. Al menos, eso pensaba para concentrarse mejor, pues en realidad sí que la había, puesto que el líder pirata se estaba empezando a mover lentamente. «Un poco más, sólo un poco más», murmuraba mientras veía a Luke a pocos metros del final del ascenso. Le estaba costando lo suyo, pero debía aguantar unos cuantos segundos más si quería ver a su marido por fin a salvo.

Justo cuando el cuerpo del Jedi comenzaba a asomarse por la abertura del pozo, el líder pirata volvía a tener su blaster en mano. Se dispuso a apuntar en dirección a la cabeza de Mara. Trató de mantener el pulso, algo bastante complicado dado su débil estado. La tenía en la mira. Se dispuso a disparar. Pero cuando estaba a punto de apretar el gatillo, Luke, que estaba un poco más despierto debido al susto de la caída, sacó las energías necesarias cuando parecía no haberlas, convocó a la Fuerza y logró quitarle la pistola instantes antes de que la descarga láser llegara a producirse. Poco después, Mara posó con suavidad el cuerpo de su esposo sobre el suelo, blandió de nuevo su espada y echó a correr hacia el líder pirata, que ya planeaba activar un detonador termal que colgaba de su cinturón. Le mató definitivamente, pero el explosivo ya estaba activado. Tenía seis segundos para huir de un radio de veinte metros, algo imposible dado el precario estado en el que se encontraba Luke. Así que tuvo la brillante idea de lanzarle al pozo.

La explosión provocó una reacción en cadena. Puesto que los piratas se basaban en el combustible portrol para obtener energía, le almacenaban en el fondo del cuartel, en un gran subterráneo. De ahí la existencia del pozo, que permitía tanto extraer como introducir aquel pegajoso y tóxico líquido.

Surgió entonces una llamarada gigantesca del pozo, que llegó a abrasar el techo, así como tembló todo el edificio. Se desprendían numerosos fragmentos del techo. Se derrumbaban estancias enteras. El caos reinaba como lo hizo cuando Mara destrozó el lugar años atrás. «Si llego a saber lo del pozo en aquel entonces, todo hubiera resultado mucho más sencillo», se decía así misma sin comprender por qué el Emperador no le proporcionó un dato tan esencial como aquel. En su lugar, tuvo que utilizar más de una docena de explosivos térmicos para hacer volar el cuartel por los aires. Quizá Palpatine quería que lo hiciera así para probar su valía, ya que fue una de sus primeras misiones bajo sus órdenes.

—Vamos, Luke, ya falta poco. —Le animaba Mara mientras le arrastraba de pasillo en pasillo. Afortunadamente, no se toparon con ningún pirata. Llegaron a la entrada principal sin más problemas que los leves rasguños que les provocaron un par de cascotes procedentes del techo.

Al poco tiempo alcanzaron la puerta principal. Los piratas no la habían abierto, con las prisas prefirieron usar el boquete que hizo Mara con su espada. Pasaron por él y cuál fue su sorpresa cuando vieron a una veintena de piratas rodeando la nave en la que había venido y que pensaba en volver a utilizar para huir.

«Menos mal que aún tengo una carta en la manga», se dijo Mara antes de pulsar el mando a distancia que accionaba el detonador termal que aún yacía oculto junto al cuerpo sin vida del clawdite. La explosión acabó sin problemas con todos y cada uno de los piratas… y dañó en parte a su nave.

—Esperemos que no haya sido grave —dijo tras tumbar a su marido en una cama del vehículo. Después, se sentó en la cabina y se dispuso a activar la secuencia de despegue—. Vamos… ¡Vamos, vamos! —gritaba nerviosa ante las respuestas fallidas de la nave. El tiempo jugaba en su contra. El cuartel estaba a punto de derrumbarse completamente, lo que podía provocar un temblor capaz de derruir la pista de aterrizaje y hacerla despeñarse montaña abajo.

Para su fortuna, al quinto intento los motores sublumínicos reaccionaron positivamente y el vehículo comenzó a elevarse, justo mientras la base pirata se desplomaba. Tal y como era de prever, la sacudida que se produjo fue descomunal, hasta el punto de destrozar la pista. Se levantó una nube de polvo tal que cubrió el lugar por completo mientras caía en una gigantesca avalancha de escombros por toda la ladera de la montaña. «La historia se repite», pensó Mara llena de júbilo mientras recordaba la misión que realizó años atrás y que tuvo un final similar a aquella trepidante operación de rescate. Se sentía orgullosa, no sólo por conservar su eficacia, sino por haberse demostrado a sí misma estar plenamente adiestrada en las artes Jedi, de modo que era aún más fuerte que en su época como «Mano del Emperador». Todo un reto teniendo en cuenta el considerable nivel que demostró tener en aquella época.

Tergiversadores

En el planeta Lop-Ohua, el peor castigo al que te pueden condenar es el de desterrarte al valle Ernout, lugar habitado por los temidos Tergiversadores. ¿Cómo pueden inducir tanto miedo unos seres con semejante denominación? Es más, su aspecto es de lo más apacible e incluso bello, por las holoimágenes que he podido ver. Dicen que sus peludos cuerpos son tan suaves como las mejores telas de Alderaan. Sus brillantes ojos recuerdan a los de los jawas, pero, a diferencia de estos, es posible distinguirles los iris. En fin, a simple vista se podrían confundir perfectamente con meras mascotas, dado su pequeño tamaño.

Llevo viviendo aquí apenas un mes y, como siempre, no he sido capaz de resistir la tentación de robar. Esa es la razón por la que llevo varios años trasladándome de planeta en planeta, huyendo de las autoridades cuando su cerco era demasiado estrecho como para continuar viviendo con normalidad. Para mi desgracia, en esta ocasión me han pillado, enviándome a uno de sus primitivos poblados. Al menos, despejaré la duda.

—Hola, ¿habláis mi idioma? —fue la pregunta más estúpida que les podía haber hecho: es de sobra conocido que son casi como droides de protocolo. Hablar es su principal diversión, junto a la de estudiar nuevos lenguajes.

—Por supuesto, forastero. El tuyo y el de cientos de especies más.

—Estupendo. ¿Tenéis algún medio de transporte que me pueda sacar de vuestro planeta? —aquella cuestión era aún más estúpida que la anterior: los Tergiversadores eran nativos de Lop-Ohua y jamás habían abandonado el planeta. Es más, ni siquiera habían salido más allá del extenso valle en el que residían y su nivel tecnológico era mínimo, tanto que aún vivían en toscas chozas y utilizaban arcaicas herramientas de madera. Las carcajadas estaban sobradamente justificadas.

—Jajajaja, no tenemos un transporte entero como para tener medio.

—¿Y alguna montura con la que pueda regresar a la capital?

—Toma, si te vale la de mi amigo Khart —me dijo el que parecía ser el líder de la tribu mientras me daba la montura de las gafas de su compañero.

—No, eso no, me refería a una criatura que pueda llevarme hasta allí.

—Ah, tampoco tenemos, como no necesitamos desplazarnos grandes distancias. —Como era de suponer, huir de aquel lugar resultaba imposible. Alejado de cualquier civilización, me temo que tendré que cumplir mi condena y empezar una nueva vida en aquel rudimentario poblado. Después de todo, no veía ningún riesgo en aquellos simpáticos seres.

—Forastero —habló otro individuo—, ¿qué es lo que te ha traído por aquí? —me sorprendió que a estas alturas no supieran que todos los «forasteros» que les visitaban eran delincuentes. Tuve que improvisar.

—Perdí el control de la nave cuando me adentraba en la atmósfera de vuestro planeta y me estrellé. Afortunadamente, utilicé una cápsula de escape, pero no ha quedado resto alguno ni de ella ni de la nave.

—¿Y dónde le perdiste?

—¿Perdón?

—El control de la nave. ¿Dónde le perdiste? ¿Se te cayó por algún rincón?

—No, no me refiero a eso. Me refiero a que los dispositivos de la nave fallaron y no pude seguir pilotándola con normalidad.

—¿Y de qué huías?

—¿Cómo dices?

—Has dicho que utilizaste una cápsula de escape. ¿De qué escapabas?

—De una muerte segura, claro.

—Hay que ver lo avanzada que está tu civilización. Tenéis aparatos para esquivar a la mismísima muerte. ¿No tendrás algún dispositivo de esos?

—Eeeeeh, no, ahora mismo no llevo ninguno encima. —Empecé a notar cómo la conversación se hacía más y más absurda, pero traté de seguirles el juego, no quería empezar con mal pie mi inserción en la tribu.

—¿Seguro? Yo creo que sí.

—No, no, en serio, no tengo nada.

—¡Está mintiendo! ¡Está mintiendo para que no se lo quitemos! —en seguida se empezaron a acercar más y más Tergiversadores. La situación se complicaba por momentos, y de la manera más tonta que podría hacerlo.

—Regístrame y verás que digo la verdad.

—¿Registrarte? ¿Cómo quieres que te registre? ¿Acaso crees que aquí tenemos computadoras con bases de datos? ¡No te pases de listo!

—No, no quería decir que me informatizarais, sino que palparas mi ropa para que vieras que no llevo nada encima.

—¡No necesito tocarte para ver que no llevas nada encima! Puedo ver por encima de ti perfectamente. —Empecé a comprender por qué eran llamados Tergiversadores…

—Vale, vale, está bien, voy a ver si tengo algún «chisme para esquivar a la muerte» —dije esperando que me quedara algo, lo que fuera, en el interior de alguno de mis numerosos bolsillos.

—¿Qué se supone que es eso? —me preguntó otro individuo en cuanto mostré un diminuto vibrocuchillo que guardaba en el interior de mi bota derecha. Al principio nadie reconoció lo que era, ya que se hallaba en una funda de piel. Pero en cuanto le saqué…

—¡¡Es un cuchillo!! —gritó uno.

—¡¡Quiere cazarnos, quiere cazarnos!! —gritó otro.

—¡¡No, no, nada de eso, os estáis precipitando!! —traté de hacerme oír entre el barullo que se montó en aquel momento—. ¡¡Me habéis pedido un dispositivo con el que librarse de la muerte y este es uno de ellos!!

—¡¡Nos tomas por estúpidos!! —gritó otro más—. ¡¡Es imposible que nos precipitemos, aquí no hay ningún precipicio!! —los gestos de los peludos seres se tornaron más y más furiosos. Debía medir mis palabras antes de pronunciarlas, pero mi

nivel de nerviosismo era demasiado alto como para concentrarme en ello, sobre todo cuando comencé a ver cómo muchos iban a sus chozas a por lanzas.

—¡¡Escuchadme, todo esto es una confusión!! ¡¡Sólo quiero hacer lo que me habéis pedido: daros el último aparato que me queda!! Con este vibrocuchillo podéis libraros de la muerte si sois atacados por un animal salvaje, por ejemplo.

—¿Y a eso le llamas «aparato»? Nosotros ya tenemos lanzas, ¡queremos algo mejor!

—¡Esto es mucho mejor! Como vibra, en capaz de desgarrar la carne con mayor facilidad. Es ideal para separar el pelaje de la carne.

—¡¡Lo véis, viene a despellejarnos!! —gritó alguien.

—¡¡Es un cazador, es un cazador!! —exclamó otro.

—¡¡Hay que acabar con él antes de que él acabe con nosotros!! —vociferó uno más.

—¡¡No, eso no es cierto!! ¡¡Esperad, os lo explicaré!! —el sudor comenzó a invadir mi frente. Se estaban poniendo muy nerviosos. Debía tranquilizarles de alguna manera, pero no sabía cómo—. La verdad es que he sido condenado a vuestro valle por haber robado en la capital.

—¡¡Es un cazador-ladrón, es un cazador-ladrón!! —volví a meter la pata. Puede que por última vez…

—¡¡Y un mentiroso, no se ha estrellado de ninguna nave!! ¡¡Ni ha usado una cápsula de escape!!

—¡¡No podemos fiarnos de él!!

—¡¡Esperad, escuchadme!! ¡¡No he venido a cazaros ni a robaros, sólo quiero vivir pacíficamente con vosotros!!

—¡¡¿Cómo vas a vivir con nosotros?!! ¿Acaso eres capaz de transformarte en un espíritu e introducirte en el cuerpo de cada uno?

—¡¡Es la personificación del diablo!! ¡¡Quiere cazarnos robándonos el alma!!

—¡¡A por él!! —gritó el líder poco antes de que docenas de Tergiversadores se abalanzaran sobre mí, clavándome sus lanzas por todo el cuerpo. En mi último suspiro de vida, comprendí por qué eran tan temidas unas criaturas tan aparentemente tranquilas. Sin duda, es el mejor ejemplo de aquel refrán que dice que «las apariencias engañan».

Han & Chewbacca: encargo letal

—Eso es lo que hay, chico —le dijo el capitán del Halcón Milenario a su nuevo cliente—. ¿Lo tomas o lo dejas? —el precio era bastante elevado, pero las condiciones impuestas por el rodiano lo valían: recorrer media galaxia en ese ajustado plazo de tiempo, sin saber el contenido de la carga y aterrizar nada menos que en Kessel, el llamado «planeta prisión» del Imperio, era todo un reto incluso para alguien tan experimentado en la materia como Han Solo.

—Está bien, lo acepto. Aquí tienes la mitad. Te daré el resto a tu regreso.

El contrabandista llamó entonces a su fiel copiloto wookie, Chewbacca, y ambos salieron de la cantina en dirección a la bahía de atraque. No había tiempo que perder. Debían partir inmediatamente. Siempre y cuando no se lo impidiera alguno de los numerosos errores que su nave solía advertirle en el peor de los momentos. Afortunadamente, por una vez el Halcón echó a volar sin queja alguna.

—¡Ojalá te hubieras quejado antes de despegar! —gritó enfurecido el corelliano cuando en el panel de control se encendieron diversas luces de emergencia. Lo peor del caso es que en ese momento se encontraban ya navegando por el hiperespacio. Cualquier error, por leve que fuera, durante su permanencia en tal dimensión, podía suponer la desintegración—. Chewie, mira a ver qué pasa con los superconductores de estribor, ¡rápido! Yo voy a ver el condensador de kyttio.

El tiempo jugaba en su contra. La nave se estaba sobrecargando, lo que podía suponer una pérdida de información en las memorias centrales y, por tanto, la desorientación del vehículo. Podían acabar en cualquier parte de la galaxia… o quedarse atrapados para siempre en esa dimensión paralela.

—Rrrrrrroogggh —gritaba Chewbacca al verse incapaz de arreglar los dispositivos.

—¡Yo tampoco sé qué es lo que les pasa! Aparentemente están bien, pero la computadora central dice que no están operativos. Esto sólo ocurre cuando hay algún tipo de interferencia binaria, pero eso es imposible ahora mismo, ¡estamos en el hiperespacio! —Han se detuvo unos momentos para pensar en la situación. Había descartado todas las posibilidades con su eficaz maletín de herramientas. Chewie tampoco había logrado averiguar la raíz del problema. Les quedaba muy poco tiempo para salvar sus vidas y lo único que les podía ayudar era su astucia—. ¡Lo tengo! —dijo el corelliano echando a correr hacia los compartimentos secretos. Su compañero no tardó en seguirle y ayudarle a abrirlos. Después fueron abriendo uno a uno los diversos contenedores que les había entregado el rodiano, hasta que, cuando quedaban cuatro, hallaron lo que buscaban—. Lo sabía, un disruptor de ultrafrecuencias ¡Ese maldito rodiano nos la quería jugar! ¡Destrózalo, Chewie! —el wookie cogió el pequeño aparato y lo estampó contra el suelo con tal fuerza que se fragmentó en minúsculos pedacitos.

—Rrrrrrgghh, rrow, rrooow, rrrroww.

—¿Pitidos? ¿Qué pitidos? Deben ser los de la computadora de navegación, debemos estar a punto de salir del hiperespacio. Espero que estemos en las cercanías de Kessel y no en algún mundo perdido del espacio salvaje.

Aunque poco faltó, pues a punto estuvieron de quemarse las memorias centrales, el Halcón Milenario surgió en el lugar donde se le había programado. Hasta ahí, todo correcto. Lo que no era normal es que un destructor estelar del Imperio y media docena de cazas TIE les estuvieran esperando. ¿Cómo sabían sus coordenadas de vuelta del hiperespacio? Y lo más preocupante: ¿por qué razón eran buscados? Una vez más, las respuestas a tales cuestiones se hallaban ocultas en los compartimentos secretos: el rodiano había metido otro dispositivo entre los contenedores. Se trataba de un rastreador programado para activarse en caso de que el disruptor fuera destruido, indicando a la flota imperial más cercana la localización exacta del carguero corelliano. Por otro lado, había lo que parecía ser un extraño holodisco imperial, lo que explicaba la «calurosa bienvenida».

—Tenías razón, Chewie, esos pitidos no eran del Halcón, sino de este rastreador —dijo Han poco antes de que Chewie, enfurecido a más no poder, se dispusiera a romper todo el cargamento. —¡No, espera! Puede que nos sean útiles. Vuelve a la cabina, yo me encargaré de los cañones.

Comenzó entonces una frenética persecución entre las estrellas en las que abundaron las descargas láser. Chewie trataba de esquivar como podía a los seis cazas, pero no era nada fácil dada la rapidez con la que se movían. Por su parte, a Han le estaba costando más que de costumbre acertar a los objetivos, lo que se traducía en mayores posibilidades para los imperiales de dispararles. De hecho, habían dañado al vehículo en, al menos, tres ocasiones, aunque afortunadamente no fue nada serio.

—¡Chewie, olvida el salto al hiperespacio, da la vuelta hacia Kessel! —ordenó el contrabandista—. ¡Hazme caso, bola peluda, tengo una idea! —tras las reticencias habituales, el wookie hizo caso a su capitán. Giró 180 grados de la forma más brusca que pudo y pasó entre el grupo de cazas, consiguiendo de esta forma que dos de ellos se chocaran y perdieran el control—. Si lo hubieras intentado aposta, no te hubiera salido. ¡Dos menos!

Quedaban cuatro, los cuales no cesaban en su intento de dañar lo suficiente al Halcón para que no pudiera seguir volando. Necesitaban capturarle para recuperar el holodisco, lo que hacía que dispararan poco pero con la mayor puntería posible hacia la zona de los motores sublumínicos. Esto beneficiaba a Han, que disponía de algo más de tiempo para derribarles. Consiguió eliminar a otro caza durante el trayecto que les llevó hasta la polvorienta atmósfera de Kessel.

—Dirígete a la primera mina que veas, Chewie —le dijo el corelliano mientras cogía el holodisco y el rastreador. Tras pensar un instante, decidió dejar el holodisco donde estaba. Luego corrió hacia la escotilla superior, que daba acceso a la cubierta, y se ató debidamente a la cuerda de seguridad mientras el Halcón se introducía ya por una

gigantesca mina ante la atónita mirada de los trabajadores—. Chewie, ya estoy listo. Avísame cuando pasemos por encima de una galería vertical.

A los pocos segundos, el wookie vociferó y Han pulsó el interruptor que abría la escotilla para, justo después, lanzar el rastreador por ella. Cerró, se desató y corrió a la cabina: quería ver con sus propios ojos si la artimaña había dado resultado. En efecto, así fue, puesto que los cazas descendieron por el túnel en busca del dispositivo.

—¡Genial! Para cuando descubran que nos hemos ido por otra galería, ya estaremos de vuelta en Tatooine.

El Halcón se detuvo en el aire para dar la vuelta sobre sí mismo y puso rumbo hacia la salida del lugar, donde les esperaban dos AT-ST. Estaba totalmente prohibido acceder con un vehículo a una mina del Imperio, más aún cuando eran perseguidos por cazas TIE. El carguero corelliano, tras recibir un par de leves impactos, giró sobre su eje horizontal y pasó de costado entre los dos andantes metálicos. Ahora sí que podían dirigirse tranquilamente hacia Tatooine sin temor a que su ruta hiperespacial fuera detectada, cosa que sí hubiera ocurrido si Han no hubiera optado por dar la vuelta hacia Kessel.

Tras emplear de nuevo el hiperespacio, el Halcón surgió en los alrededores del desértico planeta.

—Bien, Chewie, ahora vayamos a hacer una visita a nuestro amigo rodiano. Le explicaremos con todo detalle por qué no hemos realizado su «encargo».

Sabían quién era, para quién solía trabajar como contrabandista e incluso qué lugares solía frecuentar. Se llamaba Teegro y, por alguna razón, había querido eliminarles. ¿Quería deshacerse de la competencia? ¿O se trataba de un encargo un tanto especial, más propio de un cazarrecompensas?

—No te muevas ni un pelo si no quieres tener ardor de estómago —le dijo Han nada más sentarse frente a él en la mesa de la cantina de Mos Espa en la que se hallaba. Bajo ella, le estaba apuntado con su blaster. Chewie permaneció de pie al lado del rodiano, evitando así que ni siquiera se le pasara por la cabeza la idea de huir.

—¡¿Han?! ¿Cómo narices has conseguido…?

—Cállate, yo haré las preguntas. ¿Por qué has intentado matarnos?

—Verás, te lo explicaré. A parte de que siempre me has hecho fuerte competencia en el negocio, tu cliente más importante, Jabba el hutt, ha puesto precio a tu cabeza. —Al final era por las dos cosas: quería quitarles de en medio y cobrar una recompensa. Como suele decirse en Tatooine, «Dos scurriers de un tiro»—. Por favor, no me mates. No era nada personal, sólo negocios.

—Ya, claro, eso dicen todos.

—¡Por favor, haré lo que me pidas!

—¿No me digas? Hacía tiempo que no oía esa otra frase típica.

El rodiano empezó a sudar como un bantha a pleno sol. La tensión le estaba carcomiendo por dentro. Los segundos le parecieron eternidades. Hasta que al final…

—Hoy me pillas de buen humor. No te mataré, pero dile a Jabba que con el dinero que me has dado, me falta poco para pagarle lo que le debo, ¿ok?

—¡De acuerdo, sin problemas! ¡Voy ahora mismo a decírselo! —el rodiano, nervioso a más no poder, se levantó de un salto.

—Rooow, rroww, roow.

—¿Qué ocurre ahora?

—Chewie dice que se te está olvidando algo. Más vale que te acuerdes. No me gustaría tener que refrescarte la memoria a base de mamporros wookie.

—Eeeeh, no sé, eeeeeeh… —la frente del rodiano volvió a empaparse de sudor. Los nervios le impedían recordar lo que supuestamente se le había olvidado—. Eeeeeh, ¿darte las gracias?

—Chewie… —le dijo Han con un gesto. El wookie le dio un fuerte puñetazo en el hombro izquierdo.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! Toma, toma, la otra mitad del dinero de mi «encargo».

Tras cobrar, Han y Chewie abandonaron el establecimiento. Una vez más, las cosas les habían salido bien. Era una lástima que la única vez que habían fallado, había sido un encargo del temido Jabba el hutt. Ahora tenían que darse prisa en encontrar nuevos clientes para saldar la deuda cuanto antes. Para ello, nada mejor que ir a la concurrida cantina de Mos Eisley, donde, además, quizá encontraran a algún miembro de la Alianza Rebelde interesado en la compra de un holodisco imperial.

Grievous: rumores

Dicen multitud de cosas del nuevo General del Ejército Droide Separatista. Rumores de toda clase sobre su misterioso pasado. Como siempre que se habla de rumores, unos son demasiado exagerados como para ser ciertos, mientras que otros se encuentran en la delgada línea que separa lo fantástico de lo verdaderamente posible. Por supuesto, existen dos factores que influyen muchísimo: la credulidad de quién los escuche y la forma en que los divulgue. Se quiera o no, es muy difícil evitar cierta distorsión durante el proceso de propagación del rumor. Se suelen añadir pequeños detalles que van creciendo y creciendo hasta formar bloques de mentiras de tamaño superior a las verdades, que, al ser la realidad pura y dura, no aportan ese sabor característico de todo rumor que provoca la suficiente fascinación en los oyentes como para que continúe difundiéndose. Así funcionan, sea cual sea el tema que traten.

El caso es que había pocos rumores creíbles sobre Grievous. Nadie se tomaba muy en serio que hubiera sido capaz de derrotar incluso a Jedi. Nadie se creía que fuera tan diestro con una espada láser como los legendarios guerreros Sith. Ni siquiera era muy verosímil que fuera capaz de ser tan atlético como para correr por paredes y techos, sobre todo si se tiene en cuenta su físico, compuesto en su mayoría por articulaciones metálicas. En fin, lo único que se aceptaba, y tampoco con mucha convicción que se diga, era que gracias a él, y solo a él, el bando separatista había logrado hacerse con un buen puñado de mundos del Borde Exterior. ¿Tanto podía influir un solo individuo en semejantes batallas planetarias?

Pues sí, ahora puedo afirmar que sí. He presenciado de primera mano cómo su ejército droide empleaba tácticas prácticamente perfectas. He visto cómo él en persona se infiltraba en las trincheras enemigas para acabar por sorpresa con los últimos combatientes del bando rival, o lo que es lo mismo, mi ejército. Y, finalmente, he sido testigo de sus ágiles movimientos, usando como suelo todo tipo de superficies, incluyendo muros y tejados, hasta alcanzar mi, hasta entonces, inexpugnable fortaleza.

—Comandante, siento comunicarle que ha perdido la batalla. —Fue lo último que oí antes de que me atacara con su cuarteto de sables luminosos.

Odio a Boba Fett

—Nada de desintegraciones —nos advirtió Lord Vader, dirigiéndose especialmente a Boba Fett. Y es que el mandaloriano es bien conocido por preferir acabar con sus presas antes que entregarlas con vida, aunque ello disminuyera la recompensa ofrecida. Obviamente resultaba más fácil. No se puede comparar la sencillez de hacer volar por los aires al individuo que tener que raptarle, más aún cuando se dispone de un lanzacohetes sobre los hombros.

Así fue como obtuvo la última de sus ganancias. Lo sé porque a punto estuvo de acabar conmigo con la misma explosión. Yo también estaba al acecho de J'omar Crawn, un delincuente de poca monta que, sin embargo, había cometido más de una docena de asesinatos en la última semana. De ahí que las autoridades no dudaran en establecer una suculenta suma por su captura. Por su muerte era bastante inferior, de ahí que algunos, como yo, se arriesgaran a tratar de apresarle. Mi plan para lograrlo era el que habitualmente aplicaba en estos casos: una vez hallé su paradero, le seguí para descubrir su residencia. Esperé a la noche y me infiltré en su interior. Y cuando ya le tenía entre mis manos, debidamente inmóvil con esposas láser, oí un zumbido que me resultaba familiar. Era Boba Fett ascendiendo por la fachada por medio de su jetpack. Debía darme prisa, pero cuando me di la vuelta para salir de la habitación, apareció en el alféizar de la ventana. Se apoyó sobre él con el pecho, se inclinó hacia delante y disparó el misil que sobresalía de su mochila. Afortunadamente, para entonces ya había echado a correr, dejando a mi rehén expuesto ante la inminente explosión, que indudablemente acabó con su vida… y con mi jugosa recompensa.

Desde entonces, le guardo un rencor especial a Fett. No es la primera vez que pierdo un trabajo por su culpa, pero aquella, sin duda, fue la que más me molestó. De hecho, acabé con unas cuantas quemaduras en la espalda. Menos mal que soy trandoshano y mi piel se regenera ante cualquier herida o mutilación. Pero eso no quita para que desee con todas mis ganas vengarme del considerado mejor cazarrecompensas de la galaxia. Tengo la esperanza de que en esta ocasión pueda arrebatarle a Han Solo y compañía. Y si de paso consigo acabar con él, mejor que mejor, ya que me habré quitado de en medio al peor de mis competidores.

Cuando un geonosiano le habla a un wookie

Cuando un geonosiano le habla a un wookie, ha de estar presente un buen traductor. Un excelente traductor. Más que eso, uno de los mejores traductores de toda la galaxia. Debe saberse de memoria las innumerables peculiaridades de ambos dialectos, especialmente en lo que a pronunciación se refiere. Un chasquido más agudo que otro, un rugido más largo que otro, puede suponer una gran diferencia en el significado.

Hasta aquí no habría ningún problema: bastaría con utilizar casi cualquier clase de droide de protocolo. La verdadera cuestión está a la hora de hacer entender a cada uno lo que el otro le ha comunicado en su idioma nativo. Es entonces cuando hace falta un traductor en persona que sea capaz de llevar a cabo una pronunciación precisa en ambos lenguajes. Por tanto, no sólo debe presumir de tener una amplia memoria que almacene la sintaxis, la terminología, la gramática y demás, sino también una mandíbula lo suficientemente versátil como para emitir toda clase de sonidos. Si por memoria fuera, nada mejor que un cereano, poseedor de un cerebro binario. Ateniéndonos al habla, un rodiano sería una buena elección por la flexibilidad de su hocico. Pero, ¿qué ser combina tan exigentes cualidades?

Sólo los p’wett, a cuya especie pertenezco. Desde que existimos, o mejor dicho, desde que los habitantes de los mundos del Núcleo nos descubrieron, servimos como traductores en todo tipo de reuniones diplomáticas. Somos especialmente solicitados, como es de suponer, en el Senado Galáctico, donde abarcamos la gran mayoría de dialectos de habla compleja.

Pero, claro, al no ser droides, carecemos de su nivel de perfección y, por tanto, podemos cometer errores. Somos bastante eficaces y normalmente no solemos fallar más de un par de veces por reunión, y siempre de forma leve e irrelevante. Desgraciadamente, he sido el primero de mi especie, en toda su extensa existencia, en ser devuelto a mi mundo nativo por mi espantosa actuación en la reunión que congregó a los representantes de Geonosis y Kashyyyk.

Básicamente conseguí que tales planetas acabaran en guerra por mi horrenda traducción. Cuando decían que sí, yo interpretaba que no. Cuando proponían esto, yo entendía que proponían aquello. Llegó un punto en el que la conversación quedó tan distorsionada que resultó imposible enmendar el incalculable porcentaje de error. Y eso que al final, cuando ya sólo se gritaban los unos a los otros y los wookies estaban en pie con cara de pocos amigos, un compañero de mi especie me sustituyó. Pero, como digo, su intervención fue demasiado tardía, no se podía hacer nada por evitar el desastre.

Y todo por culpa de la fiesta a la que acudí el día anterior. Así que, hijos míos, nada de juergas si no hay un margen de, al menos, dos días respecto a aquel en el que vayáis a trabajar. La paz en la galaxia podría depender de ello.

Esclavos del miedo

—Comprobarás enseguida la razón por la que te he traído aquí, mi joven aprendiz —le decía Obi-Wan con su habitual tono de voz apacible a su impaciente padawan. De nuevo, Anakin se estaba mostrando incapaz de soportar la curiosidad, ni tan siquiera en un trayecto tan corto como el que acababan de concluir. Era otro de sus muchos defectos junto a su arrogancia, cada vez mayor a medida que avanzaba su entrenamiento Jedi y, con él, aumentaba su poder.

En efecto, apenas llegaron al poblado, Anakin percibió una ola de terror en la Fuerza.

—Maestro, siento como si todos los habitantes de este lugar sintieran un miedo terrible. Y además es constante. Viven atemorizados todo el tiempo.

—Así es, Anakin. Los twynos nacen con el miedo en el cuerpo. Le temen a todo. Su naturaleza es así de extraña a la par que cruel. No son capaces de comer sin estar pensando constantemente en las posibilidades de que les ocurra algo malo. Que se atraganten, que la comida esté mala, que el agua esté envenenada… Si van a cazar, optan por colocar trampas más que atacar a la presa directamente. Es más, les resulta toda una proeza, aunque dispongan de rifles blasters —hizo una pausa al ver a un niño twyno sentado en el suelo con la espalda apoyada contra un pared—. ¿Ves a ese niño? Rara vez supera su miedo ni siquiera para ponerse a jugar. De ahí que simplemente se sienta contra una pared, le hace sentirse más seguro.

—Entiendo, Maestro, pero, ¿qué es lo que me estás tratando de decir?

—Lo que quiero decirte, Anakin, es que esta clase de miedo, el miedo a morir en cualquier momento por cualquier razón, no es tan horrible como el miedo a perder a un ser querido. Si te dejas llevar por tus pensamientos acerca de lo terrible que sería si yo falleciera durante una de nuestras futuras aventuras, o sobre lo doloroso que sería que no volvieras a ver a tu madre, podrías llegar a obsesionarte y convertirte en un esclavo del miedo, tal y como lo son los twynos. Y en tu caso, mi joven padawan, como eres poderoso en la Fuerza, podría inducirte a la ira y al odio, al Lado Oscuro.

—Ya, es muy fácil de decir, pero…

—No puedes dudar de esto, Anakin. Un Jedi no puede albergar dudas sobre esta cuestión. Debes evitar el miedo como te he enseñado: no pienses, sólo actúa. Vive el presente, siente la Fuerza viva en cada instante y conseguirás dejar a un lado al miedo, sin duda el peor de tus enemigos.

—De acuerdo, Maestro, así lo haré.

—Ahora vayámonos de aquí. Nuestra presencia podría perturbarles aún más. Vamos a la ciudad capital, Haantom. Pasaremos allí la noche y mañana aprovecharemos que estamos aquí para hacer una pequeña excursión por el bosque que rodea la urbe, donde continuaremos con tu entrenamiento.

Nada más tumbarse en su cama del hotel, Anakin pensó en que a su Maestro se le había olvidado explicarle cómo evitar el miedo cuando éste toma forma de pesadillas. Pero poco después se convenció de que no habría remedio posible para tal situación, así

que se dispuso a dormir con la esperanza de no soñar de nuevo con aquel momento tan aterrorizador en el que se despidió de su madre.

La leyenda de la Cueva del Mal

Se cuentan muchas leyendas sobre el por qué la llamada Cueva del Mal del pantanoso planeta Dagobah desprende ese halo de Fuerza Oscura, gracias al cual el Maestro Jedi Yoda pudo ocultarse del Imperio. Unas de las historias aseguran que es debido a la presencia de animales tan salvajes y despiadados como los hou'nns, los lagartopanteras o los serghanttos, ya que sus densidades midiclorianas son realmente elevadas. Otra cuenta que el extraño fenómeno vino dado por una criatura que, a pesar de no ser racional, logró adentrarse en las profundidades del Lado Oscuro y tener cierto control sobre su poder. Eso le aportó tal ferocidad a la hora de cazar a sus presas que era temida incluso por depredadores de mayor tamaño. De hecho, jamás fue derrotado y apenas sufrió heridas. El caso es que encontró la hondonada de un árbol caído. Lo convirtió en su hogar, mejor dicho, en su matadero particular, pues apenas requería dormir: el poder del Lado Oscuro le dotó con una resistencia inigualable.

Pero la leyenda que más se ha extendido y, por tanto, la que más se da por válida es la que afirma que allí habitó un Lord Sith llamado Darth Lyth. Cuando los Jedi comenzaron a exterminar a toda la Orden Sith, un milenio antes de los acontecimientos relacionados con la declaración del Imperio, Lyth se vio obligado a huir cuando fue localizado por un escuadrón de cazas Jedi. Durante la agitada persecución, se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en Dagobah ante la imposibilidad de continuar pilotando su dañado caza. Los Jedi le dieron por muerto, así que simplemente dieron media vuelta. Pero en realidad logró sobrevivir al accidente gracias a que tuvo la suerte de caer sobre la laguna cercana a la choza donde residió Yoda mucho tiempo después, la misma en la que también se sumergió el Ala-X de Luke Skywalker.

El Sith, tras recuperarse como pudo de sus numerosas heridas, anduvo por la zona en busca de algún refugio en el que pudiera iniciar una nueva vida. Viendo que no encontraba nada, ni siquiera una cueva, optó por cortar un tronco enorme con su espada de luz carmesí y cavar hasta construir un habitáculo lo más decente posible.

Tras muchas horas de intenso trabajo, alcanzó su objetivo. Pero cuál fue su sorpresa cuando empezó a ver que multitud de criaturas se metían en su cueva. Tal era la cantidad de seres salvajes que entraban a diario que continuamente debía acabar con ellos antes de que acabaran con él. Fue una batalla constante que no fue capaz de superar psicológicamente, pues incluso por las noches debía despertarse para liberarse de los mordiscos de un lagartopantera o de los pinchazos de un hou'nn. A los pocos días, harto de vivir así, trató de comunicarse telepáticamente con alguno de sus compañeros Sith… cosa que intentó sin éxito en numerosas ocasiones tras el brusco aterrizaje. De nuevo, no obtuvo respuesta alguna, así que sin pensarlo más, decidió utilizar todo su poder para destruir a todos los seres de su alrededor, aunque sabía que ello sería su fin.

Y así fue: el odio y la furia que desató durante aquel acto kamizake logró producir una inmensa bola de rayos de la Fuerza con la que destruyó decenas de criaturas junto a sí mismo. De esta forma, el Lado Oscuro impregnó el lugar como en ningún otro sitio se

ha visto jamás. Los animales tardaron quién sabe cuantos años en volver siquiera a acercarse a aquel lúgubre subterráneo. Incluso en tiempos de Yoda apenas se podían observar criaturas allí dentro. Sólo cambió un poco la situación cuando el Jedi se introdujo momentáneamente para tratar de dilucidar su futuro. Al sentir la luminosidad de su presencia, algunos seres se atrevieron a entrar en el habitáculo, pero en ningún caso se llegaron a concentrar en un número tan elevado como el que hizo que todo un Lord Sith se suicidara.

Aunque, claro está, su decisión también pudo verse influida por el hecho de que su Orden se acababa de extinguir, a parte de que no tenía —ni seguramente iba a tener jamás— ningún medio para salir de aquel inhóspito mundo.

Apostantes compulsivos

—¡Eso es imposible! —repetía una vez tras otra el rodiano ante lo que le estaba contando el twi'lek. No se estaba creyendo ni una sola palabra. El twi'lek le insistía en que era cierto absolutamente todo lo que le estaba diciendo, pero el rodiano seguía mostrándose incrédulo. Esta diferencia de opinión les fue alterando hasta empezar a discutir en un elevado tono de voz. Llegó un momento en que los clientes de la cantina más próximos empezaron a girar sus cabezas hacia ellos. La mayoría se sentía molesta ante el barullo que estaban produciendo. Sólo unos pocos, ávidos de violencia, parecían disfrutar por el mero hecho de pensar que aquella discusión podría concluir con una pelea.

El barman, al percatarse de esta posibilidad, se vio obligado a llamarles la atención. Pero el dúo no le oyó, inmerso en la riña. Salió entonces de detrás de la barra y se acercó a ellos.

—¡Queréis hacer el favor de callaros ya! —les gritó tan fuerte como fue capaz. El rodiano y el twi'lek siguieron a lo suyo—. ¡O paráis ya u os tendré que echar de aquí a patadas!

La segunda advertencia tampoco dio resultado alguno. Es más, la tensión entre ambos continuó incrementándose hasta tal punto que el rodiano lanzó un puñetazo, con tan poco acierto que se le propinó al barman. Éste, humano de complexión débil, cayó al suelo. Extrañamente, el rodiano, en vez de acercarse a él para pedirle disculpas, echó a correr en dirección a la salida. Pero el twi'lek, haciendo uso de sus rápidos reflejos, le puso la zancadilla desde su posición de sentado. Inmediatamente después, se levantó de un salto y se abalanzó contra el barman para propinarle otro puñetazo de similar intensidad al que le había dado el rodiano. La clientela no salía de su asombro: ¿qué lógica había en aquella situación?

El rodiano, tras recuperarse del batacazo, trató de levantarse, pero un quarren le dio un potente rodillazo que le hizo regresar a donde se encontraba. —¡¿Cómo te atreves a huir después de lo que has hecho?!— le dijo mostrando toda su furia. No era el único: casi todo el bar se estaba aproximando a la zona para pegar una buena paliza a los impresentables que habían agredido al barman sin razón aparente. El twi'lek se percató de ello y también puso rumbo a la salida. Pero dos gamorreanos se interpusieron en su camino con cara de pocos amigos. A su derecha se topó con un bith y un devaroniano, y a su espalda tenía al dolorido barman sobre el suelo tratándose de recuperar con la ayuda de dos bellas twi'leks. Era obvio que su única escapatoria residía en saltar sobre la mesa de la pared de su izquierda, es decir, aquella en la que hacía un momento había estado discutiendo con su compañero.

Entretanto, el rodiano, puesto en pie de un fuerte tirón por el quarren, olvidó por un momento sus dolores para esquivar el puñetazo que se dirigía a su cara. Justo después, golpeó a su atacante en el abdomen y lo empujó hacia su amigo twi'lek, quien, al estar de espaldas, se vio desplazado en dirección a los gamorreanos. Estos apenas tardaron unas

décimas de segundo en lanzar sendos puñetazos al mismo tiempo. Afortunadamente para el twi'lek, fue lo suficientemente veloz como para agacharse y esquivar el peligroso ataque conjunto, con lo que el quarren fue quien recibió el tremendo golpe. El twi'lek aprovechó la confusión, que acabó con una pelea entre los gamorreanos y el lastimado quarren, para volver a correr en dirección a la salida. Un bith trató de hacerle un placaje, pero logró esquivarle por los pelos, con lo que, finalmente, consiguió atravesar la puerta del establecimiento. Dando por hecho que resultaría imposible alcanzarlo —sólo se podía llegar a esa cantina por medio de un deslizador, ya que se encontraba aislada en medio de una llanura de proporciones descomunales— el bith y el resto de la clientela prefirió concentrarse en atrapar al rodiano, que en esos momentos se hallaba saltando de mesa en asiento y de asiento en mesa, esquivando a su vez a sus numerosos atacantes. Su agilidad estaba fuera de toda duda: no se tropezaba, así como nadie lograba detener su imparable avance hacia la salida. El bith decidió por ello esperarle al final de la hilera de mesas para apresarle como no había conseguido con el también ágil twi'lek. El rodiano, atento a tantos movimientos, se percató demasiado tarde de la posición del bith, de modo que fue incapaz de evitar que le agarrara con ambos brazos.

—¡Le tengo, le tengo! —gritó eufórico el musculoso alienígena—. ¡Ahora vas a recibir tu merecido! ¡Dadle fuerte, chicos, yo os le sujeto! —el rodiano no cesaba en su intento de liberarse de semejante abrazo. Pataleaba a más no poder, pero el bith continuaba manteniéndole en el aire mientras se aproximaba media docena de furiosos clientes junto al barman, que ya se había recuperado.

—Te vamos a dar tal paliza que vas a parecer de una especie nueva, rodiano inmundo —le aseguró el camarero justo antes de que se oyera un disparo. Todos enmudecieron. Todos se quedaron paralizados. Entonces, el bith soltó al rodiano para sorpresa de los allí presentes. Cayó al suelo de rodillas y un segundo después se desplomó boca abajo sobre las baldosas, revelando un orificio humeante en su espalda. En la puerta del local se distinguía la silueta de aquel que había efectuado el mortífero tiro.

—Hora de irse, Gerruntt. —Era el twi'lek. El rodiano esbozó una sonrisa antes de ir junto a él. Por simple precaución, y aún con el miedo en el cuerpo ante la brutal paliza de la que se acababa de librar, caminó hacia atrás para mantener siempre a la vista a los clientes, enfurecidos más aún al sentirse derrotados.

—Gracias, D'ood, ya te debo dos —le dijo Gerruntt en cuanto se subieron a su deslizador común.

—Sí, dos deudas de vida, y 500 créditos, amigo.

—Por supuesto, has ganado limpiamente la apuesta de hoy: has sido el primero en salir tras pegar un puñetazo al barman. La verdad es que me ha sorprendido lo bien que has aprovechado el ataque del quarren para librarte de los gamorreanos.

—Eh, eh, nada de eso. El quarren simplemente cayó sobre mí. Seguro que fuiste tú quien me le lanzó por la espalda.

—Bueno, sí, es cierto, pero lo hice porque tú me hiciste la zancadilla poco antes.

—Ah, sí, también es verdad, je, je, je. Al final, siempre acabamos haciéndonos alguna que otra jugarreta.

—Es lo que tiene ser un apostante compulsivo: se desea la victoria a toda costa y a cualquier precio. Un día de estos nos costará nuestra amistad… o la vida.

—¡Ja, ja, ja, ja, siempre pensando en lo peor! ¡Ay, Gerruntt, Gerruntt, nunca cambiarás!

—Ni tú tampoco, D'ood, ni tú tampoco. Seguro que durante esta breve conversación ya has pensado en una nueva y trepidante apuesta, ¿no es así?

—Pues no, esta vez no. Primero quiero cobrar lo que me debes. ¿De dónde vas a sacar la cifra? Que yo recuerde, no te queda tanto dinero de la Gran Partida de Sabaac de Pol Olios, pues te he ganado las dos apuestas anteriores.

—No, la verdad es que tanto no tengo… a menos que haya ganado la apuesta de la Hunna-Nok.

—¿La Hunna-Nok? ¿La carrera de vainas?

—Así es.

—¡Ja, ja, ja, estás enfermo! ¿Es que no puedes dejar de apostar?

—¡Mira quién fue a hablar! El twi'lek que apostó la casa de su madre tras perder su deslizador.

—Bueno, es que era muy joven por aquel entonces y…

—Ya, claro, eso dicen todos. —El feliz dúo continuó conversando sobre su afición común— mejor dicho, sobre su enfermedad común —mientras se dirigían hacia Boon Abias con la esperanza de haber ganado una apuesta más.

La batalla del kaiburr

Es difícil de creer una batalla así, pero lo cierto es que ocurrió, tal y como demuestran las holonoticias de aquel entonces. Fue probablemente la única vez en la que tanto rebeldes como imperiales salieron perdiendo. Ocurrió en el pequeño y poco habitado planeta de Mmulltion, más allá del Borde Medio. Tanto el Imperio como la Rebelión habían construido allí sendas bases sin saber que sus rivales se encontraban en regiones cercanas dentro del mismo mundo. El motivo: el mineral cristalino conocido como kaiburr, muy utilizado en otras épocas para la fabricación de espadas de luz. El Emperador, pensando que le vendrían muy bien tales armas para su Guardia Real o para futuros aprendices de Darth Vader, ordenó el levantamiento de la base minera nada más conocer la existencia de tan preciado material. La Alianza Rebelde, aún con la esperanza de encontrar a algún Jedi superviviente al exterminio que llevó a cabo el Imperio, también tuvo claro desde un primer momento la importancia del kaiburr.

Como es obvio, tarde o temprano se produciría algún enfrentamiento, dada la relativa cercanía de las bases: bastaría con que un rebelde divisara a un imperial, o viceversa, como así fue. Apenas unas semanas después de que se terminara la construcción de la última, un escuadrón de cazas TIE que partía del lugar observó a un único ala-X introduciéndose en la atmósfera. Tras detectar con sus radares que su aterrizaje se había efectuado sobre una instalación de la Alianza Rebelde, no tardaron en poner rumbo a su base para informar y preparar cuanto antes un ataque a gran escala. El piloto del ala-X también detectó la presencia de los cazas imperiales, así que alertó a sus compañeros, que organizaron rápidamente una misión de reconocimiento y un plan de defensa de la instalación.

Despegó entonces un escuadrón bastante numeroso de alas-X preparados tanto para localizar la instalación enemiga como para destruirla. A mitad de camino, se toparon con una de las peculiaridades meteorológicas de aquel inhóspito mundo: una densa niebla electromagnética de tal extensión que les resultó imposible esquivarla. En su interior, coincidieron con la ofensiva de cazas TIE. Ambos bandos, carentes de todo tipo de sensores y dispositivos al haber dejado estos de funcionar, se empezaron a estrellar los unos contra los otros e incluso contra el suelo. La visibilidad era nula. La tecnología les abandonó, incluyendo las unidades R2 de los rebeldes. Sólo el destino podría salvarles de aquel caos letal.

Únicamente se salvaron dos cazas TIE y un ala-X, que emergieron hacia la dirección que seguían en un principio: los imperiales iban rumbo a la base rebelde y viceversa. Incapaces de salir al espacio ante tan deplorable estado de los sistemas de sus naves, se vieron obligados a realizar un ataque suicida. Tenían muy pocas posibilidades de sobrevivir y muchas menos de llevar a cabo la misión de destruir las instalaciones con éxito. Pero como no tenían ninguna otra alternativa, se lanzaron a por todas.

Esquivaron baterías turboláser, cañones antiaéreos y cazas de varias clases en un intento desesperado de causar daños a diestro y siniestro, por la única razón de gastar sus vidas en algo mínimamente útil para el desarrollo de la guerra civil. El caso es que tanto los dos imperiales como el rebelde optaron por efectuar la misma maniobra: estrellarse contra las aberturas de las minas. Era la manera más efectiva de causar destrozos y, como sabían que iban a morir de un momento a otro, no tenían nada que perder por hacerlo. Es más, ganarían un reconocimiento… o eso fue lo que pensaron, porque en realidad nunca se supo qué pilotos habían fallecido en la niebla electromagnética y quiénes habían sido los camicaces, dado que poco después se liberó una batalla de tales proporciones que ambas bases quedaron completamente destruidas. Tal es así que ninguno de los dos bandos quiso volver a construir un establecimiento allí. Los geólogos aseguraban que la potencia de fuego liberada contra las bases debía haber acabado con las reservas del mineral, puesto que se encontraba a muy poca profundidad. La batalla del kaiburr había terminado en empate.

Cómo perdí mis tres ojos

Dicen que los gran somos afortunados por poseer tres ojos. De eso nada. Nuestra percepción visual es prácticamente idéntica a la de cualquier otra especie que tenga dos. El tercer ojo sólo nos supone molestias e incomodidades de todo tipo. La única ventaja es que nos proporciona la posibilidad de poder ver en tres direcciones distintas, algo verdaderamente útil para, por ejemplo, competir en carreras de vainas, como es el de caso de Mawhonic.

Pero, como digo, en general se puede decir que el tercer ojo es un incordio. Empezando por las monturas de las gafas, más caras al ser de tres cristales y tener que acoplarse a la variedad de movimientos de los apéndices sobre los que descansan nuestras retinas, y acabando por las máscaras de seguridad, que también nos las han de fabricar a medida, lo que las encarece enormemente.

Por estas y otras muchas razones, los gran tendemos a no valorar nuestros ojos. ¿Qué más da perder uno si disponemos de otros dos? Este pensamiento me hizo llegar al extremo de apostar un ojo en un casino poco civilizado… no me iban a dejar hacerlo en el de la Ciudad de las Nubes, ¿no creéis? El caso es que estaba en bancarrota y debía arriesgarme para tratar de recuperar algo de lo perdido. Estaba tan convencido de que la siguiente ronda iba a ser mía… Pero, para mi desgracia, no fue así. Me llevaron entonces a una sala especial, donde las manchas de las paredes dejaban bien a las claras que no había sido el primero es apostar partes corporales. Así es como perdí el ojo central. Espero que al menos le haya gustado al «gourmet» que le haya ingerido, probablemente un gamorreano, tan poco selectos a la hora de escoger su comida, fuera a parte de que era la especie que más frecuentaba aquel casino y su restaurante contiguo.

Los dioses, la suerte, la Fuerza o el destino debieron pensar que no era suficiente con haber perdido uno de los tres ojos como castigo a mi desprecio hacia ellos, así que decidieron quitarme el izquierdo. Fue durante una pelea callejera. Tras haberme quedado sin blanca, la mejor opción que se me ocurrió fue la de mendigar. Pero lo fui a hacer justo en la misma zona que ya frecuentaba un vagabundo. O al menos eso es lo que me aseguraba, porque yo creo que tenía ganas de pelearse con alguien por el mero hecho de hacer algo emocionante. Y lo debió ser, aunque no para mí, claro, pues quedé maltrecho en un callejón… y con un ojo menos. Ahora era un cíclope.

Ese precisamente fui mi apodo. Al menos, durante un tiempo, porque de nuevo el destino se ensañó conmigo y me hizo perder el ojo que me faltaba. Una vez me harté de mendigar, se me ocurrió la «brillante» idea de convertirme en guardaespaldas del conocido gangster Uggonio el devaroniano. Quizá fue debido a las ganas de vengarme del mendigo: quería machacar a todo aquel que supusiera una amenaza para mi jefe, de modo que nunca más saliera derrotado de una pelea cuerpo a cuerpo. ¿Cómo pude ser tan sumamente estúpido? Me tenía que haber fijado en que ninguno de sus guardaespaldas iba desarmado. Todos portaban rifles blaster. Uggonio, como no podía ser de otra

manera, se rió de mí. Tanto que llegó un momento en que incluso le costaba respirar. No era para menos: un gran con un solo ojo quería ser su protector.

El caso es que, para mi sorpresa, tras dejar de reírse y viendo que yo me mostraba serio, me ofreció la oportunidad de demostrar mi valía. Aunque en un principio el reto me pareció delicioso —pegar un tiro de larga distancia al mendigo que me arrancó el ojo izquierdo—, algo me lo impidió. Mi conciencia debió hacer acto de presencia por primera vez en toda mi vida. Y lo hizo justo en el peor momento en que podía haberlo hecho. Así que Uggonio me vio como un farsante que estaba tratando de burlarse de su persona. Aquello merecía un castigo tan severo como los que le habían dado fama: se deshizo de mi único ojo.

Ahora me gano la vida contando esta historia en cantinas y locales, lo cual no deja de ser otra forma de mendigar. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? Ya tenía una buena historia cuando había perdido dos de los tres ojos. Aunque indudablemente no hubiera recaudado tanto dinero: era una historia menos impactante y más corta.

Todos mis oyentes me preguntan por qué no me compro ojos cibernéticos con el dineral que estoy ganando. Y yo siempre les respondo lo mismo: ¿para qué, para perderlos otra vez?

Sin tópicos

Rouno era un sullustano lleno de imaginación al que le encantaba ver una y otra vez holopelículas de acción, releer holonovelas de aventuras, mantenerse informado de las hazañas que lograban los rebeldes en su dura lucha contra el Imperio… Su novia, Gainna, cada vez estaba más cansada de que Rouno constantemente le hablara de sus escenas favoritas, de los capítulos más trepidantes o de las batallas galácticas más impactantes. Sus aficiones le entusiasmaban tanto como a otros les chiflaban los deportes.

El problema estaba en que, a medida que pasaba el tiempo, su pasión por todo lo que fuera emocionante aumentaba. Llegó un momento en que Rouno vivía pensando en que iba a ser partícipe de alguna aventura. Un día, mientras viajaba con Gainna en su deslizador, creyó que unos tipos les estaban siguiendo simplemente por «tener cara de malos» —¿qué devaroniano no tenía cara de malo?— y por girar cuatro veces en las mismas direcciones —una coincidencia como cualquier otra. Gainna trató de calmarlo pero Rouno se estaba poniendo más nervioso. Un nerviosismo que le llenaba de vitalidad al hacerle creer que iba a ser protagonista de una vertiginosa persecución. Su entusiasmo se desvaneció cuando los supuestos perseguidores aparcaron su vehículo.

Otro día, mientras paseaba tranquilamente con Gainna, le pareció vislumbrar un rifle blaster de francotirador en una de las ventanas de la acera de en frente. Convencido de ello, agarró a su novia y la hizo tirarse al suelo junto a él cuando vio el reflejo de la ventana al abrirse. Quien la estaba abriendo no portaba ninguna clase de arma, sino el mango de una aspiraescoba. Gainna le recriminó severamente, no sólo por el ridículo que habían hecho delante de todos los transeúntes sino también por haberla ensuciado la ropa con un charco.

—¡Esto no puede seguir así, Rouno! ¡O dejas a un lado a tus paranoias o me dejas a mí! —el sullustano pidió disculpas y prometió no volver a pensar en riesgos inexistentes que sólo tenían cabida en su imaginación o en la fantasía desplegada por el cine o la literatura.

El caso es que la advertencia de su novia le hizo reflexionar y recuperar la cordura cuando a punto estuvo de perderla. Ya no tenía miedo de nada. Ya no sentía esas ansias enérgicas de convertirse en un héroe. Continuó disfrutando de las holopelículas y los hololibros, pero apartándolos de su vida cotidiana.

Pero entonces, otro día en el que también iba acompañado por Gainna, ocurrió lo que siempre había soñado: un atraco justo delante de sus narices. Tan cerca de sus narices que el atracador, un twi'lek debidamente enmascarado, agarró a su novia y la tomó como rehén mientras reclamaba todas las joyas del establecimiento. Gainna, asustada a más no poder, gritaba constantemente, presa de un nerviosismo como sólo puede causar el cañón de un blaster apuntándote a la sien.

—¡¡Cállate de una maldita vez o te vuelo los sesos!! —el twi'lek estaba totalmente enfurecido por los decibelios que alcanzaba la sullustana con su griterío.

—Tranquila, cariño, no lo hará —dijo Rouno con un tono de voz sosegado, como solía ser lo habitual en él y como si la situación siguiera siendo normal.

—¡¿Qué no lo hago?! ¡¡No me tientes, sullustano, no me tientes!!

—¿Sabes por qué lo sé?

—¡¿Cómo lo vas a saber?! ¡Ni siquiera sabes quién soy!

—Lo sé porque los criminales nunca acaban con sus rehenes. —El twi'lek se echó a reír.

—¿Pero tú en qué mundo vives? ¡Puedo mataros a todos si me da la gana, así que cállate ya!

—Otra amenaza más. Es lo único que sabéis hacer. —Rouno seguía mostrándose tranquilo e incluso denotaba cierto tono burlón. Gainna se empezó a dar cuenta de que se estaba comportando como si de una película se tratara. Concretamente una que también había visto ella. Se estaba acordando de la escena. El protagonista incitaba al secuestrador a disparar, pero en realidad lo que intentaba era distraerle para que el rehén pudiera asestarle un golpe. Como así hizo Gainna cuando el twi'lek se disponía a apuntar con su blaster a su novio. El atracador, dolido del tremendo codazo que recibió en el estómago, permaneció encorvado apenas un segundo, tiempo insuficiente para que Rouno se acercara a su posición. De este modo, el twi'lek le disparó cuando corría hacia él. Afortunadamente, el sullustano cayó al suelo malherido pero aún con vida gracias a que le había alcanzado en un hombro y no en el pecho o en otra zona más delicada—. ¡¡Lo ves, *slimo*, puedo disparar a quien quiera y cuando quiera!! ¡¿Qué te pensabas, que esto es una película o algo por el estilo?! Y ahora mira lo que hago —dijo poco antes de lanzar a Gainna contra el cristal del escaparate con tal fuerza que le atravesó, rompiéndole en mil pedazos. La joven, con la cara ensangrentada e inconsciente, quedó tumbada bocabajo sobre decenas de joyas y etiquetas de precios. Su novio se entristeció en gran medida al ver la dramática escena mientras se dolía de su quemadura láser. El atracador tomó a otro rehén y continuó reclamando las joyas a base de gritos y más amenazas.

Rouno se dio cuenta entonces de que nada de lo que había visto en el cine se podía trasladar a la realidad. La vida real era mucho más cruel. El mal podía salir victorioso, como así ocurrió aquella tarde. El atracador se llevó varios millones de créditos en joyas. Su novia y él permanecieron hospitalizados varios días, aunque para su fortuna se recuperaron plenamente. Salvo si se exceptúa, claro, el doloroso recuerdo de aquella terrorífica situación en la que sus vidas estuvieron en las manos de un ladrón sin escrúpulos.

A partir de aquel día, Rouno optó por otros géneros tanto fílmicos como literarios y se aficionó a los deportes, dejando de ver, además, las holonoticias referentes a la guerra civil galáctica.

Indiana Jones VS Luke Skywalker

—Por fin te encuentro. —Suspiró de alivio el intrépido arqueólogo Henry Jones Jr., más conocido como Indiana Jones, al ver una de las dos entradas a la inexplorada Gruta de los Onkawa, una tribu extinta del continente africano que utilizó aquel pasaje para esconder un pieza de incalculable valor. Al menos, eso era lo que contaba la leyenda sobre el llamado Ojo de la Mente, junto al uso que supuestamente le daban: visionar el futuro.

Indy se adentró en la cueva no sin antes haber encendido una antorcha. Al principio se vio obligado a caminar ligeramente encorvado, pero pronto el techo ascendió hasta unos cómodos tres metros de altura, así como las paredes se ensancharon considerablemente. A lo lejos se oía el incesante goteo de varias estalactitas, que se mezclaba con el ligero eco de sus pisadas.

Atento siempre por si hubiera algún tipo de trampa, Indy llegó a una zona en la que el camino se bifurcaba en dos: una ruta que continuaba más o menos recta en la dirección que había estado siguiendo, y otra que conducía a la derecha. Fue entonces cuando se oyeron pisadas procedentes del primer camino. «Ya empezamos…», pensó mientras desenfundaba su pistola y se arrimaba a uno de los laterales rocosos a la espera de ver quién se aproximaba. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para ver la potente iluminación blanca que le acompañaba, preguntó…

—¿Quién anda ahí? —el extraño avanzó un par de pasos más hasta que al fin pudo verle la cara.

—Soy Luke Skywalker. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Indiana Jones. ¿Qué haces aquí? —a Indy le sorprendió la potencia lumínica de la sofisticada linterna que llevaba aquel individuo vestido completamente de negro.

—Busco el Ojo de la Mente.

—¡Vaya, qué coincidencia! Yo también.

—Escucha, necesito esa piedra. Es de vital importancia para la Orden Jedi.

—¿Jedi? ¡Eres del ejército nipón, ¿verdad?!

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Eres un aliado de los malditos nazis, ¿no?!

—No sé quiénes son los nazis ni el ejército nipón. Sólo he venido a por el Ojo de la Mente para estudiar su fuerte conexión con la Fuerza.

—¿La Fuerza? ¿Acaso crees en la religión de los indígenas que ocultaron la piedra en esta cueva? ¡Venga ya!

—La Fuerza no es ninguna religión.

—Vamos, hombre, ¿cómo puedes creer que eran capaces de mover objetos con la mente y barbaridades por el estilo?

—Te lo demostraré. —Luke alargó el brazo y en un santiamén atrajo la pistola del arqueólogo hasta su mano no robótica.

—Buen… truco —respondió Indy, atónito ante lo que acababa de presenciar—. Los japoneses siempre tan avanzados…

—Veo que sigues sin creerme.

—He recorrido este mundo de un extremo a otro, he visto cosas muy raras, pero nunca vi nada que me impulsara a creer que haya una única fuerza poderosa que lo controla todo. Ningún campo de energía mística controla mi destino. Todo eso no son más que leyendas y tonterías. Bueno, basta de palique. Debo llevar el Ojo de la Mente adonde ha de estar: en un buen museo.

—No puedo permitírtelo.

—¿Ah, no? —Indy tomó su látigo y con un movimiento veloz le enrolló en el cilindro metálico que colgaba del cinturón del Jedi. Luego lo atrajo hacia sí y lo contempló extrañado—. ¿Has visto? Sin usar la Fuerza.

—Devuélvemelo, no sabes lo que tienes entre manos.

—¿Qué es? ¿Otro fabuloso invento «Made in Japan»?

—Oye, estás jugando con un arma muy… —Indy, sin prestarle atención, pulsó el botón de encendido del dispositivo y emergió un fulgor verde y zumbador que, de nuevo, le dejó asombrado.

—¡Guao! ¡Un láser!

—Es un sable láser.

—¿Sable? Dirás antorcha, ¡hay que ver lo que alumbra!

—No, no, escucha, puede cortar cualquier cosa como si fuera mantequilla.

—¿En serio? A ver… —y cortó una roca en dos—. Impresionante. Muy impresionante.

—De acuerdo, ya basta de jueguecitos. —Luke se estaba poniendo nervioso al ver al anticuado arqueólogo zarandear su peligrosa arma—. Devuélveme la espada y no te haré daño.

—¿Para qué mueves así la mano?

—Devuélveme la espada y no te haré daño. —Luke seguía moviendo su mano no robótica, tratando de manipular la mente de Indy mediante la Fuerza.

—Ya te he oído, pero creo que me la voy a quedar. Alumbra mucho más que una antorcha. Me vendrá muy bien, gracias. —Indy se dirigió hacia el camino de la derecha.

—No des un paso más o te disparo —le dijo seriamente el Jedi apuntándole con la magnum del 45.

—Vale, vale, de acuerdo, no perdamos la calma, ¿eh? —dijo Indy antes de apagar la espada y entregársela lentamente.

—Bien, ahora coge tu pistola y tu látigo, y márchate de este lugar.

—Pero, ¿tú de qué planeta viniste? —exclamó el arqueólogo, sonriendo y sorprendido ante el ilógico gesto de Skywalker.

—De Yavin.

—Pues los de tu pueblo no deben ser muy espabilados. ¡Ahora vas y me devuelves mis armas! A veces los japoneses sois tan poco listos… —mencionó mientras le apuntaba con la magnum.

—Escucha, si me disparas, haré rebotar los tiros con mi sable láser. No lo hagas o provocarás un derrumbamiento.

—Anda ya —y disparó. Pero para entonces Luke ya había activado y enarbolado su sable láser, manteniéndolo en la trayectoria de la bala, de modo que se fundió tal y como lo haría una gota de agua al caer sobre un pozo de lava.

—Todavía con pistola de cartuchos, ¿eh? ¡Qué primitivo!

—¿Pero… cómo… has… hecho… eso? —Indy, boquiabierto, no salía de su asombro. Aquel movimiento había sido realmente increíble. Jamás había visto a nadie moverse con semejante rapidez y precisión, ni siquiera en el famoso Circo Mundial.

—Ya te lo he dicho: con la Fuerza.

—Sigues con la dichosa Fuerza, ¿eh?

—Y tú sigues sin creerme, ¿verdad?

—Así es. Ya ves, soy incrédulo por naturaleza.

—Está bien. A ver si ahora te convenzo… —el Jedi cogió la empuñadura de su espada como si de un cuchillo se tratara, la elevó hasta colocarla paralelamente al suelo y la hizo levitar por el aire hasta situarla a escasos centímetros de distancia de la garganta del americano, donde permaneció flotando—. ¿Convencido?

—Vale, te creo, de acuerdo: la Fuerza existe y eres capaz de utilizarla. —Indy se mostraba nervioso, casi tartamudeaba. Su vida estaba en las manos de aquel extraño mago japonés. Tan extraño que ni siquiera tenía rasgos orientales.

—Exacto. Y ahora vete por donde has venido y no vuelvas jamás.

—Sí, sí, por supuesto, me voy. El Ojo de la Mente es todo tuyo.

«Mejor dicho, de los japoneses», pensó mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar hacia la salida de la gruta. «Espero que esa piedra no posea el poder que la leyenda dice que tiene, porque si no la guerra va a tener un terrible desenlace». Indy salió de la cueva con un único pensamiento en la cabeza: Hitler dominando el mundo. No podía permitirlo. No sabía cómo derrotar a aquel formidable nipón, pero debía recuperar el Ojo de la Mente a toda costa, por el bien de la Humanidad. Así que tras pensarlo detenidamente, dio la vuelta y volvió a introducirse en la gruta.

Anduvo a paso ligero, casi trotando, hasta que llegó de nuevo a la bifurcación. Entonces, cuando se encontraba a escasos metros del camino de la derecha, el tal Luke Skywalker salió de él. Llevaba una piedra de color verde grisáceo en una mano y la sofisticada linterna con la que se alumbraba en la otra. El Jedi se detuvo, le miró y le sonrió. Indy, que ya se disponía a desenfundar de nuevo su pistola, se quedó extrañado con el gesto de su rival. Justo después, antes de que ni siquiera tuviera tiempo de apuntarle, le lanzó el Ojo de la Mente y le dejó flotando a la altura de la mano en la que sujetaba la magnum.

—Ahí le tienes, todo tuyo —le dijo Luke.

—Pero… ¿por qué me le das? ¿No me dijiste antes que era muy importante para tu Orden?

—Pues no, al final no posee conexión alguna con la Fuerza, por lo que tenías razón: su sitio está en un buen museo. —El Jedi se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección a la gruta por la que había llegado hasta allí—. ¡Que la Fuerza te acompañe, Indiana Jones!

—¡Gracias, que te vaya bien por Yavin! —el arqueólogo enfundó su arma y cogió la hermosa piedra. Tenía un brillo interior bellísimo a la luz de su antorcha, lo que ya le hizo pensar en el sistema de iluminación que iba a utilizar para la vitrina en la que iba a colocar tan preciada pieza arqueológica.

Clones defectuosos

—Tranquilos, chicos, los trandoshanos no son tan bestias como se dice. Hombre, tienen fama de raptar y matar wookies sin pestañear, y su puntería es digna de elogio, pero, a parte de eso, no hay por qué preocuparse. Bueno, sí, también son rápidos a la hora de esquivar y cubrirse, y usan los detonadores termales como si fueran un juguete, pero, lo dicho, no hay razón para tenerles miedo —les explicaba el comandante clon a su escuadrón, compuesto por cinco clones de la serie defectuosa G4Q501, mientras avanzaban a paso ligero por las entrañas de la guarida trandoshana en busca de más prisioneros wookies que rescatar.

—¡¡Ahí vienen!! —gritó de repente al doblar una esquina y ver a un séquito de enemigos corriendo hacia ellos—. ¡¡A cubierto, formación defensiva!! —el comandante no recibió respuesta alguna por el comlink de su casco—. ¿Chicos, dónde estáis? ¡¿Chicos?! —por más que miraba a su alrededor, no lograba ver a ninguno de sus compañeros—. ¡Malditos seáis, clones de slimo! ¡No me dejéis aquí solo, cobardes! ¡Habéis traicionado al código del Gran Ejército de la Rep… AAAAAAh! ¡Me han dado… soporte vital… necesito soporte vital! Nnnnnnngggg…

En directo con Gardorr

Mi primera hazaña —empezó a hablar el bandido Gardorr, de especie bothan, ante un aterrado público, unos eficientes droides cámara y un presentador que sudaba como si se hallara bajo los soles abrasadores de Tatooine— consistió en un robo meticulosamente planificado en el planeta del Borde Exterior conocido como Bakura: ¡entré en el banco y empecé a pegar tiros a diestro y siniestro! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Tras la sonora carcajada, el delincuente se quedó en silencio unos segundos, esperando que los que allí presentes también se rieran con su chistecillo. Al final, oyó una leve tanda de risas por parte del público poco después de que el presentador hiciera lo mismo para que se animaran.

—Para mí, es la mejor forma de atracar un banco, porque así te toman en serio, ¿sabes? Nada de rehenes ni amenazas. Si matas a ocho o nueve tipos, te ganas su respeto y te obedecen sin rechistar.

«No hace falta que lo jures…» —pensaba el presentador, que no cesaba de secarse el sudor que resbalaba por su frente.

—Me llevé un buen montón de créditos que pronto invertí en mejoras para mi nave, el Diablo Estelar. Desde un nuevo motor de hiperpropulsión hasta piezas para el sistema de escudos. Precisamente esta última mejora me vino muy bien durante el desarrollo de mi siguiente operación. Actuando como cazarrecompensas, acabé con un tal Y'gor en una cantina. Como de costumbre, no había planeado nada, simplemente entré en el local y le pegué un tiro en la nuca. Justo después, se levantaron ocho tipos de su banda o guardaespaldas suyos y desenfundaron sus blasters. Menos mal que fui rápido y antes de que empezaran a dispararme, agarré el cadáver de Y'gor y le utilicé a modo de escudo mientras retrocedía en dirección a la salida. ¡Teníais que haber visto cómo quedó el cuerpo de ese payaso después del tiroteo! ¡Tenía más agujeros que una esponja calamariana! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

De nuevo, el público no veía la gracia a aquella barbaridad, pero se tuvo que reír a petición del presentador, que les hizo toda clase de gestos para que así lo hicieran.

—Tras abandonar la cantina, subí en mi moto swoop y fui todo lo más rápido que pude hacia el puerto espacial en el que había aterrizado con mi Diablo Estelar. Los tipos de la cantina, como era de esperar, me persiguieron en motos deslizadoras. Me disparaban cada dos por tres, pero les llevaba suficiente ventaja como para que les resultara imposible acertarme. Al poco tiempo llegué a las cercanías de la enorme puerta de acceso a mi bahía de atraque. Cuando faltaban bastantes metros, saqué el mandó a distancia, le pulsé y la puerta comenzó a abrirse lentamente. Debía estar averiada porque era francamente lenta, incluso para tratarse de una antigualla que ni siquiera tenía minirrepulsores. El caso es que aceleré al máximo para entrar y cerrarla lo antes posible. Pero fíjense si iba lenta que cuando llegué tuve que tirarme al suelo y pasar rodando, haciéndome numerosos moratones durante la acrobacia. Mi querida swoop, recién

comprada tras el golpe del banco, colisionó irremediablemente contra ella, explotando en pedazos. Por lo menos esta maniobra me sirvió para que a los guardaespaldas les resultara imposible acceder al lugar. Bueno, uno lo consiguió. En cuanto me puse en pie, volví a accionar el mando a distancia para que la puerta se cerrara. El tipo rodó bajo ella pero no pasó completamente, ¡de modo que le aplastó la pierna derecha! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Al presentador le costó más que nunca reírse con él. Le había afectado aquella desagradable «gracia». El público también tardó en dejarse oír. A más de uno se le debían estar revolviendo las tripas. Lo peor vendría justo después…

—Pero eso no fue lo mejor. ¡Tenían que haber visto cuando me acerqué al pobre nikto y le exploté los sesos de un disparo! ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡Parecía una calabaza ithoriana a la que habían metido un petardo! ¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA! Me puse perdido de vísceras, ¡pero qué risas, qué risas!

Gardorr continuó entrando en detalles de aquella salvajada, por lo que un rodiano del público no pudo contenerse y vomitó encima de la cabeza del bith que se sentaba delante suyo. Este, que se había desmayado hacía un momento, se despertó empapado de un líquido viscoso lleno de pedazos de lo que parecía ser filete de bantha. Se giró enfurecido y vio al rodiano pidiéndole disculpas. Pero estaba tan harto de aquella odiosa tertulia y se sentía tan avergonzado que se puso en pie e inició una sarta de puñetazos. El rodiano, asustado a la par que dolorido, únicamente se encogía tratando de cubrirse de tan potente ofensiva. De repente, el bith se detuvo. Quedó paralizado apenas un segundo y se desplomó sobre el respaldo de su asiento, revelando un agujero humeante en la espalda: Gardorr le había disparado.

—Parece que ese tipo olvidó las normas. —El público volvió a serenarse entre sollozos y tristeza contenida. El presentador hizo un gran esfuerzo para no llorar y mantener la calma. Pero la ira se apoderó de su ser, hasta tal punto que se levantó de un salto de su asiento y se lanzó contra Gardorr. El bothan demostró ser poseedor de unos increíbles reflejos, pues fue capaz de dispararle antes incluso de que le llegara a tocar. El presentador cayó sin vida sobre la moqueta del plató, que quedó impregnada de rojo. El público se sobresaltó una vez más. La tristeza se mezclaba con la tensión y el miedo, formando un cóctel psíquico demoledor—. Bien, aprovecharé la interrupción para recordarles que en mi mano izquierda poseo un detonador termal con el botón pulsado. Esto quiere decir que si levanto el pulgar, todos volaremos por los aires, así que, por su bien y por todos los que se encuentren en un radio de 20 metros, más les vale estar calladitos y escuchar atentamente mi impresionante biografía criminal.

—Tú biografía acaba aquí, Gardorr —dijo alguien desde la entrada a los asientos del público. Sólo era visible su silueta bajo el marco de la puerta.

—¿Pero…? ¿Cómo has pasado mi trampa de microlásers? ¿Quién eres? —preguntaba nervioso el bothan.

—Soy Luke Skywalker y, como sabrás, soy Jedi, así que desactiva el detonador termal y tira tu blaster si quieres conservar la vida. —El público suspiró de alivio al oír

aquellas palabras mientras el héroe originario de Tatooine atravesó el umbral y comenzó a bajar por las escaleras.

—¡No des un paso más o juro por todas las personas que he matado hoy que dejo caer el detonador! —dijo elevando la mano con la que lo sujetaba mientras señalaba con la otra, en la que portaba un rifle blaster, a los numerosos cadáveres apostados en las primeras filas. Tal y como hizo aquella ocasión en el atraco al banco, había acabado con varios individuos para conseguir el respeto que necesitaba.

—Vamos, Gardorr, no lo hagas más difícil. Ya eres famoso, ¿no es eso lo que querías con tanta ansia? Toda la galaxia te ha visto por la HoloRed y te recordará como un gran bandido; el único, además, que ha logrado secuestrar un plató de holovisión de Coruscant.

—Sí, pero aún no han oído todas mis hazañas, así que siéntate a escuchar si no quieres que te pegue un tiro a ti también. —El Jedi le hizo caso. Se sentó en el escalón en el que se hallaba, como si fuera uno más entre el público, mientras oía comentarios en voz baja del tipo «Ahora sí que estamos perdidos», «Ni siquiera un Jedi puede con ese malnacido» o «De aquí no salimos con vida».

Pero Luke tenía un as en la manga, como diría su buen amigo Lando. Sacó lentamente la empuñadura de su espada de luz, oculta en la parte trasera de su pantalón, y meditó unos segundos, sumiéndose en la Fuerza. Fijó toda su atención en la mano izquierda del bothan y apuntó su arma como si fuera una mira telescópica en vez de un sable láser. Afortunadamente, Gardorr, inmerso en la narración de sus «hazañas» criminales, no se percató de movimientos tan sutiles.

En un momento en el que el bothan se quedó más o menos quieto, Luke impulsó con la Fuerza su arma justo un instante después de haberla encendido. Su fulgor verdoso y zumbador se dirigió a la velocidad de un cometa hacia la muñeca izquierda del delincuente, dejándole manco y desgarrado por el dolor. En ese momento, en el que el detonador termal, acompañado por su peluda mano y con su botón aún pulsado por el pulgar, se dirigía al suelo, Luke volvió a hacer uso de la Fuerza para atraer tal miembro hasta su posición. Giró la ruedecilla de desactivación del explosivo e inmediatamente después lanzó la inocua esfera con una potencia tan soberbia como sólo se podía lograr mediante el uso de la Fuerza hacia el rifle blaster de Gardorr. Así, el impacto hizo que el bothan perdiera su arma, que cayó al suelo a varios metros de distancia junto al detonador. En apenas tres segundos, la situación había vuelto a la normalidad, para alegría del público y de todos los preocupados holovidentes.

—¡Maldito seas, Jedi! —gritó Gardorr mientras se retorcía de dolor—. ¡Tan sólo pedía la fama que jamás se me había concedido! ¡Una fama como la tuya, una fama que haga que todo el universo sepa quién es Gardorr, ahora y por siempre!

—Como te dije antes, Gardorr, ya lo has conseguido. Es más, eres el único villano cuya detención va a ver toda la galaxia en directo, algo digno de ser recordado. —El público se rió, ahora de verdad, nada que ver con las carcajadas forzadas que tuvieron

que emitir para contentar a su secuestrador, fuera a parte de que su humor era demasiado negro.

Recompensa por Boba Fett

—Como sabéis —comenzó a hablar Veracco el ithoriano ante media docena de cazarrecompensas—, Boba Fett aniquiló ayer a mi querido jefe B'yon, seguramente siguiendo la orden de alguno de sus competidores. Afortunadamente, fui capaz de colocarle un rastreador en su mochila propulsora, de modo que lo tendréis muy fácil. Con tan sólo mirar las pantallas que os he dado, podéis saber su localización con bastante exactitud. No obstante, ofrezco la cuantiosa suma de 100.000 créditos por su cabeza. Y no lo digo en sentido figurado: quiero que me traigáis su cadáver. Si además lográis sonsacarle el nombre de aquel que le recompensó por matar a mi jefe, os daré 25.000 más.

—¿No prefiere que una vez sepamos quién fue, le liquidemos también a él? —sugirió Bossk, un cazarrecompensas trandoshano muy conocido por toda la galaxia por su eficacia.

—No, no, sólo quiero saber de quién se trata para después pensar algo especial para él. Bien, dicho esto, podéis comenzar la cacería. Aunque, bueno, más que una cacería es una carrera, ja, ja, ja, ja. —Los oyentes no desperdiciaron el tiempo riendo la gracia y echaron a correr en dirección al hangar donde tenían sus naves. Una vez despegaron, pusieron rumbo al planeta que indicaba la pantalla del rastreador: Alderaan.

Entretanto, Boba Fett avanzaba en su moto deslizadora por las calles del extrarradio de Taana, una de las más importantes ciudades de Alderaan, en busca de la cantina en la que había quedado con su próximo cliente: Ruff el tuerto. Aparcó su vehículo cerca de la entrada del establecimiento, entró en él y se sentó en la mesa en la que le esperaba el contrabandista quarren.

—Hola de nuevo, Fett. Como te dije en el mensaje, quiero que liquides a Gruxio, mi mayor rival. Su escondite no es fácil de localizar. Por eso te he hecho venir. Toma —le dijo Ruff mientras le daba un pequeño holodisco—, con este mapa llegarás sin problemas.

—Bien. ¿Hay algo más que deba saber?

—Sí: uno de mis hombres descubrió… fortuitamente que la entrada está rodeada por minas. De ahí que no posea vigilancia. Nada más, suerte.

El cazarrecompensas de armadura mandaloriana se levantó con su habitual tranquilidad y abandonó el local. Anduvo un par de pasos cerca de la pared del edificio y cuando se disponía a activar el holoproyector para ver el mapa, un rayo láser pasó a escasos centímetros por detrás de su nuca. Sin tiempo para ver quién le había disparado, optó por utilizar su mochila propulsora mientras más fogonazos rojizos trataban de herirle. Aterrizó sobre su moto deslizadora y huyó a gran velocidad. Para su desgracia, quien le estaba intentando matar le había disparado desde una moto swoop, por lo que no perdió tiempo a la hora de perseguirle. Boba hizo uso de sus habilidades al volante, efectuando quiebros y giros bruscos para evitar las andanadas láser, más numerosas a medida que pasaba el tiempo: ahora eran tres motoristas quienes le seguían.

Aunque en un primer momento pensó que eran hombres de Gruxio, pronto se dio cuenta de que eran cazarrecompensas, pues se empujaban los unos a los otros para quitarse de en medio. Esto provocó un accidente en el que uno de ellos colisionó con un deslizador del tráfico. A su vez, este se vio desplazado hacia la acera, atropellando a unos cuantos transeúntes y destrozando un escaparate. Poco después, otro cazarrecompensas casi sufre un destino similar, pero fue lo suficientemente habilidoso para esquivar un lento camión reptador. Boba Fett, por su parte, empezó a girarse para disparar a sus cercanos perseguidores, lo que le hacía perder de vista lo que le venía de frente por algunos instantes. Por ello, llegó a pasar rozando entre dos deslizadores que avanzaban prácticamente juntos. Los conductores, indignados por los rasguños producidos en la carrocería de sus vehículos, a punto estuvieron de insultar al temerario conductor, pero se contuvieron al ver que esgrimía un blaster.

Justo después, Boba vio con asombro que se aproximaban a gran velocidad otras tres motos en dirección contraria. Otro trío de cazarrecompensas que empezó a disparar a diestro y siniestro de igual forma que hacían los demás: sin importarles a dónde iban a parar los tiros fallidos. Fett tuvo que reaccionar a la velocidad de un cometa cuando uno de los rayos impactó en la parte delantera de su vehículo, que perdió su eje frontal y se dirigió irremediablemente hacia el cercano suelo. Saltó y activó de nuevo su mochila propulsora. Los cazarrecompensas, atónitos ante los reflejos de los que hacía gala su objetivo, se quedaron mirando cómo ascendía los instantes necesarios para que dos de ellos se chocaran frontalmente contra otros transportes. Los otros cuatro esquivaron por los pelos el accidente que provocó la explosión de la moto de Fett. Tres deslizadores y dos swoops del tráfico se vieron involucrados en el mismo ante la mirada llena de pánico de los transeúntes. Por otro lado, las colisiones de los dos cazarrecompensas emitieron sendas explosiones a algunas docenas de metros en ambas direcciones, lo que conllevó que se produjeran varias colisiones más en la misma avenida. El caos invadió la zona como pocas veces se había visto.

«¿Quién habrá puesto precio a mi cabeza?», se preguntaba Boba Fett una vez aterrizó a varios cientos de metros de allí, en un callejón sin salida. «¿Y cómo es que seis cazarrecompensas sabían dónde me encontraba al mismo tiempo? Sólo hay una explicación: alguien me ha colocado un rastreador». Se puso entonces a inspeccionar su armadura, pero no halló nada. Luego se quitó la mochila propulsora y encontró el dispositivo localizador. Le agarró y le estrujó entre sus dedos hasta romperle en el mismo momento en que uno de sus perseguidores hacía acto de presencia en la entrada del callejón. Se trataba de un viejo conocido: Bossk.

—No es nada personal, Fett… bueno, sí. Lo que me hiciste aquella vez en Kessel no tiene nombre.

—Vamos, Bossk, eres un trandoshano, ya prácticamente tienes desarrollado el brazo que perdiste.

—No debes ver demasiado bien a través ese sucio casco: te estoy apuntado con mi rifle, así que vigila tus palabras. —Uno que disponía de mirilla de francotirador, lo que

aseguraba que, a pesar de los veinte metros que les separaban, iba a acertar el disparo. Fett lo sabía de sobra y, dado que además tenía la mochila propulsora en sus manos, había un porcentaje muy alto de que aquel callejón fuera a convertirse en el último lugar en el que iba a estar con vida.

—Te propongo un trato, Bossk. ¿Qué te parece si te pago el doble de lo que te hayan ofrecido y además te informo de mi actual misión para que la hagas tú?

—Ja, ja, ja, nada de eso, Fett. Como te he dicho, esto lo hago no sólo por trabajo, también por placer. Librarme de ti me ahorrará disgustos como el de Kessel en el futuro, ¿no crees?

—De acuerdo, mátame. Pero al menos dime quién te contrató.

—Un tipo llamado… ¿Sabes? No me apetece darte el gusto de saberlo. Despídete, cabeza cubo. —Pero en ese preciso instante, Degon, otro de los cazarrecompensas supervivientes de la catastrófica persecución, caracterizado por su aspecto de momia, se acercó por la espalda del trandoshano y posó su blaster en su nuca.

—Si te disparó aquí, no te regenerarás, ¿verdad, Bossk? Tira el rifle y márchate. Fett es mío. —El atemorizado trandoshano dejó caer su arma, pero antes de que esta tocara el suelo, efectuó un veloz giro con el que desarmó a su oponente. Se inició así una dura pelea cuerpo a cuerpo. Fett aprovechó la ocasión para ponerse su mochila y acercarse.

—Antes de que os matéis a puñetazos, decidme el nombre del contratista —les dijo mientras les apuntaba con su lanzallamas de muñeca. Como veía que no le hacían caso, se vio obligado a emitir una pequeña llamarada de advertencia con la que prendió el brazo derecho de Bossk, el mismo precisamente que aquel que perdió en su anterior encuentro en Kessel.

—¡¡Aaaah, me quemo, me quemo, aaaaah!! —gritaba el trandoshano desgarrado por el dolor mientras trataba de apagar las llamas rodando por los adoquines.

—Su nombre es Veracco y es un ithoriano de Nal Hutta —le dijo Degon, aterrado ante la idea de abrasarse tal y como ya le ocurrió hacía pocos años durante una misión, lo que le obligó a rodear su cuerpo con gasas para el resto de sus días.

Boba Fett pegó entonces un tiro al motor de la moto deslizadora de Degon, se montó en la de Bossk y puso rumbo al puerto espacial de la ciudad. Pero entonces se acordó de su misión actual —liquidar a Gruxio— y se detuvo para ver el holomapa que le había dado su cliente. No le hizo falta memorizarle: el escondite se hallaba en el mismo callejón en el que acababa de estar. «Odio las coincidencias», pensó malhumorado.

—Si me hubieras obedecido, te hubiera perdonado la vida, pero, no, el gran Bossk siempre tiene que luchar hasta el último momento —le decía Degon mientras le apuntaba con su blaster desde el exterior del callejón—. Te has ganado la muerte, amigo. —Pero en ese momento apareció Boba Fett por la espalda conduciendo la moto, de modo que le atropelló con tal violencia que las aletas direccionales del eje frontal se incrustaron en su espalda, llevándole en el aire doblado en forma de «C». Bossk, que había visto venir al vehículo al estar frente a Degon, fue lo suficientemente rápido como para echarse a un lado de un salto y esquivarlo. Pero el callejón era tan estrecho que se golpeó la cabeza

contra una de sus paredes, de tal forma que quedó inconsciente. Poco después, Boba frenaba en seco a la altura de la mitad del largo pasillo. De esta forma consiguió que Degon saliera disparado hacia delante por la inercia. Rodó una docena de metros antes de que se produjera su total desmembramiento por acción de una de las minas que rodeaba la entrada del escondite de Gruxio. «Qué tipo tan servicial: primero me dice quién le contrató y ahora dónde se encuentra la primera mina», pensó Fett divertido.

Se bajó entonces de la moto y, al ver a Bossk tumbado sin conocimiento, se le ocurrió la idea perfecta para acceder a la guarida. Le arrastró hasta la deslizadora y le sentó en ella, posándole sobre el manillar. Luego usó la mochila para ascender hasta el tejado. Así consiguió que el guardia que salió a inspeccionar el lugar pensara que se había tratado de un accidente en el que el trandoshano había atropellado al descuartizado Degon.

—¡Mierda, más trabajo de limpieza en la misma semana! —gruñía el diminuto rodiano, de similar estatura a un jawa. Fett entendió enseguida la razón de su tamaño: su escaso peso no activaba las minas, tal y como tampoco lo habían hecho ni las extremidades ni la cabeza del difunto Degon.

Mientras el rodiano empezaba a amontonar en el mismo sitio las partes del cadáver, Boba disparó el cable que guardaba en su brazo izquierdo, enrollándole en la farola situada en la pared de la entrada secreta, y descendió sigilosamente para que el guardia no se percatara de su presencia. Empezó a recorrer entonces los estrechos y lúgubres túneles de la guarida, intentando no ser detectado en ningún momento. Y si alguien le veía, no dudaba en acabar con él, bien torciéndole el cuello o bien disparándole uno de sus dardos sable. El caso era mantener el sigilo todo lo que pudiera.

Así llegó a lo que, sin duda, era la puerta de acceso a los aposentos de Gruxio, pues estaba bien vigilada por dos imponentes gamorreanos, armados, como era costumbre en su especie, con vibrohachas. «Adiós al sigilo», gruñó Fett al comprobar que se le habían agotado los dardos sable. «Habrá que entrar por la puerta grande», dijo poco antes de doblar la esquina, inclinarse hacia delante y disparar el cohete que siempre llevaba junto a su también inseparable mochila propulsora. La explosión fue tal que no sólo descuartizó a los gamorreanos sino que destrozó la puerta y abrió un gran boquete en la pared.

—¿Pero quién osa interrumpir mi sueño? —fueros las últimas palabras de Gruxio antes de morir de un disparo en la frente. Como en esos momentos dormía con antifaz y tapones de oído, ni se enteró de que alguien había volado gran parte de una pared, ni mucho menos supo la identidad del atacante.

A los pocos segundos, ya había varios miembros de la banda acercándose a la sala, procedentes del pasillo desde el que había venido Boba. Pensando que habría otra salida por la puerta ubicada en la pared de en frente, decidió prender fuego con su lanzallamas al tremendo boquete que había producido su misil para impedir la entrada de sus nuevos enemigos. Incluso llegó a quemar a alguno en el proceso. Pero cuál fue su sorpresa cuando la otra puerta sólo conducía a un enorme cuarto de baño. «No puede ser. Todo gran criminal tiene una gran escapatoria», pensaba enfadado, mientras trancaba la puerta. «Tiene que haber algún pasadizo secreto en alguna parte».

Medio minuto después, tras haber apagado en gran medida las llamas del boquete, los hombres del difunto Gruxio irrumpían en el habitáculo de azulejos… para ver que el intruso ya no estaba allí.

—¡Es imposible, no ha podido escapar de aquí sin haber usado la salida de emergencia oculta! —gritaba enfurecido el que parecía ser el nuevo líder de la banda criminal. Todo el mundo sabía que tal salida se hallaba bajo el yakuzzi, aunque desconocían cómo se accedía a ella—. ¡Buscarle por todas partes! ¡En la sauna, en la bañera, tiene que estar aquí!

Entretanto, Boba Fett gateaba por el conducto de ventilación de la sauna con la esperanza de aparecer pronto en alguna estancia que le permitiera erguirse de nuevo. Le resultaba muy cansado gatear con su armadura, sobre todo porque iba todo el rato rozando el techo con su mochila. Enseguida alcanzó la máquina que controlaba la temperatura de la sauna, calentándola o enfriándola según las órdenes del usuario. La destrozó a base de disparos para poder salir, lo que produjo un ruido tremendo que, para su fortuna, no llamó la atención de los contrabandistas. Así pues, como todos ellos se mantenían ocupados en su búsqueda por el cuarto de baño, tan sólo tuvo que dirigirse hacia la puerta por la que había accedido a aquella guarida. Su buena memoria le permitió hallar el camino sin problemas. Una vez allí, utilizó una vez más la mochila propulsora para volar por encima del campo de minas ante la asombrada mirada del pequeño rodiano, que ya había terminado de recoger los restos de Degon y que ahora se encontraba intentando despertar a Bossk.

Días más tarde…

—Aquí le traigo a Fett, excelencia —dijo un individuo de mediana altura, complexión fuerte y tez oscura que arrastraba el cuerpo sin vida del cazarrecompensas, aún embutido en su armadura mandaloriana.

—¡Estupendo! —Veracco saltó eufórico de su trono—. Ingresará inmediatamente la suma acordada de 100.000 créditos, amigo. Dígame el número de su cuenta bancaria. —Se sentó para manejar la pantalla táctil que emergió del brazo derecho del asiento. Tras efectuar la transacción, se acercó hasta el cadáver—. Ahora, quiero ver la cara de este desgraciado.

—¿No desea saber antes quién contrató al asesino de su jefe? —Veracco se quedó paralizado un segundo antes de responder.

—Así que… también ha… descubierto al… competidor que puso precio a la cabeza de… mi líder. —Al ithoriano le costaba hablar, presa del nerviosismo.

—Sí, así es. Fuiste tú, Veracco, ¿o acaso has olvidado los 50.000 créditos que me diste por liquidarle para que tú te hicieras con su organización?

—¿Boba… Fett? ¿Eres… Boba Fett? —fueron las últimas palabras del criminal antes de morir de un tiro en la frente. Su sirviente personal, nada más oír el disparo, acudió a la sala para ver qué había sucedido.

—Pero… pero… ¿cómo…? —decía entristecido al ver el cadáver de su señor.

—Parece ser que Boba Fett no estaba muerto del todo y le disparó. —El cazarrecompensas se fue del lugar, arrastrando consigo el cuerpo sin vida de uno de los guardias de Veracco para seguir conservando su valiosa armadura.

Si Anakin hubiera muerto

—No lo intentes, Anakin, la altura me da ventaja —le sugirió su Maestro, ahora su enemigo, tras posarse sobre la pendiente de cenizas. Su padawan, tan arrogante y confiado como siempre, no le hizo caso y saltó por encima de la lava. Obi-Wan, reticente a matar al que consideraba su hermano, se vio obligado entonces a cortarle de lado a lado de la cintura. Anakin murió en el acto.

Instantes después, cuando el Maestro Jedi y ex-General del Gran Ejército de la República se disponía a abandonar el lugar, se extrañó al ver aterrizar a una lanzadera a escasos metros de donde se encontraba. Su rampa se abrió y se posó suavemente sobre el polvoriento suelo. Una figura encapuchada bajó por ella acompañada por varios soldados clon.

—Palpatine… —susurró atónito al observar al Sith que se había hecho con el poder, convirtiendo la República en una dictadura a la que había denominado Imperio Galáctico.

—Obi-Wan, viejo amigo, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó sonriente el emperador.

—Eso mismo te iba a preguntar yo, Palpatine. O debería llamarte Darth Sidious.

—Sigo siendo Palpatine, olvida el aspecto que me confirió tu querido Mace Windu.

—No, no lo intentes, a mí no me engañarás como hiciste con Anakin… y con todo el mundo.

—¿Engañar? ¿Acaso no he cumplido mi promesa de inaugurar una nueva época de paz?

—A un precio demasiado elevado: ¡has acabado con la Orden Jedi y la democracia!

—Vamos, Obi-Wan, ambos sabemos que todo logro requiere algún que otro sacrificio.

—No has conseguido ningún logro, Sidious. Has cometido auténticas barbaridades con el único fin de hacerte poderoso y controlar la galaxia, ¡el objetivo que todo Sith anhela! Sé que soy un Jedi y que no debería dejarme llevar por mis ansias de venganza, pero mereces morir más que ningún otro ser del universo. ¡Has matado a batallones enteros de clones y separatistas, a Mace Windu y a otros cientos de Jedi, y me has obligado a matar a Anakin!

—Se te olvida uno: acabo de destruir a tu mentor, el gran Maestro Yoda —mintió una vez más el despiadado emperador con la intención de hacer surgir la ira en su adversario, tal y como hizo cuando Anakin se enfrentaba al Conde Dooku a bordo del crucero estelar de Grievous.

—¡Noooooooooo! —gritó Obi-Wan. Enfurecido como nunca antes lo había estado en toda su existencia, empuñó y activó su espada de luz azulada y echó a correr en dirección al encapuchado villano.

—¡Disparadle! —ordenó a sus seis soldados clon, que obedecieron al instante. El Maestro Jedi tuvo que detenerse para hacer rebotar las ráfagas láser con el haz luminoso de su arma, de igual manera que había hecho en infinidad de ocasiones a lo largo de las

Guerras Clon, aunque esta vez los clones no estaban en su bando. Los formidables militares fueron cayendo uno a uno, bien por efecto de sus propios tiros o bien por la acción de la espada del Jedi—. Bien, bien, eso es. Despliega toda tu ira, Maestro Kenobi, es la única manera que tienes de derrotarme.

Cuando lanzó al último de los soldados al cercano río de lava mediante el uso de la Fuerza, Obi-Wan se colocó frente a Sidious, que ya estaba encendiendo su sable láser carmesí. El Jedi se abalanzó contra el Sith con una rapidez de movimientos digna de elogio, de modo que el emperador tan sólo podía defenderse, y a duras penas. Las chispas que surgían de los encontronazos entre los haces luminosos eran numerosas a más no poder. Obi-Wan atacaba con fuerza, con toda su rabia y sin descanso, como si hubiera eliminado el cansancio provocado por su reciente combate contra Anakin. Sidious, aunque por un lado se alegraba al ver cómo su rival empezaba a adentrarse en la senda del Reverso Tenebroso, se empezó a preocupar por su situación, cada vez más peligrosa a medida que pasaba el tiempo. Él sí que sentía el cansancio de su recién concluido enfrentamiento contra Yoda en la Cámara del Senado, además del desgaste que le supuso vencer al también poderoso Mace Windu. Estaba realmente agotado, hasta el punto de que no había conseguido efectuar ni una sola ofensiva en los interminables segundos que llevaban luchando. Por ello, había estado continuamente retrocediendo, lo que le condujo al borde de una pendiente de letal destino: otro río de lava. Trató de mantener a raya a su oponente, pero sus continuos a la par que eficaces ataques no hacían más que proseguir su avance imparable. Sidious, que ya empezaba a pisar el borde de la cuesta de ceniza, en un último intento desesperado por no caer, invocó aquel poder que le permitía emitir dolorosos rayos de la Fuerza, pero Obi-Wan estaba sumido en tal concentración, avivada por la llama del odio y la sed de venganza, que interpuso su espada de luz en su trayectoria a tiempo. Inmediatamente después, utilizó la mano libre para efectuar un empujón por medio de la Fuerza. Sidious se vio entonces impulsado hacia atrás, de modo que cayó rodando por la pendiente. Afortunadamente para él, su descenso cesó a escasos metros del incandescente arroyo. No obstante, era una zona peligrosa dada su elevadísima temperatura, que prendió fuego a su túnica en apenas unos instantes. El Sith se desprendió de la tela mientras gateaba con la intención de ascender.

—¡No, no, no me mates, te lo suplico! —gritaba aterrado el emperador cuando al alzar la vista vio que Obi-Wan comenzaba a bajar por la cuesta con un rostro que dejaba bien claras sus intenciones. El brillo que desprendían sus ojos apenas se diferenciaba del que emitía la lava. Aquella mirada hubiera bastado para asustar a un rancor.

Una vez se situó junto al agotado Sidious, este trató de lanzar un último ataque con su espada de haz roja. Dada su posición, iba dirigido a las rodillas de su formidable enemigo, una parte bastante complicada de proteger. Pero Obi-Wan, de nuevo, paró la ofensiva casi sin esfuerzo.

—Esto por los clones… —y le cortó la mano con la que sujetaba la espada—. Esto por el Maestro Windu… —y le mutiló el brazo—. Esto por Yoda… —y le seccionó el otro. Sidious se moría de dolor. Ni la peor de las torturas podía superar aquel

sufrimiento—. Esto por Anakin… —y le diseccionó ambas piernas con la misma estocada—. Y esto por la República —y le atravesó el cráneo.

Obi-Wan pensaba que ahora sí se iba a sentir bien. Siempre había oído que la venganza causaba esa sensación. Pero no fue así. Lo único que sentía era unas ansias terribles de seguir utilizando el poder de la Fuerza, de seguir masacrando a enemigos para ser más y más poderoso.

—Ahora la República podrá regresar. Pero me encargaré personalmente de mejorarla y cuidaré de que no se vuelvan a cometer los mismos errores. Se acabó la corrupción en el Senado. Conmigo de Canciller Supremo, nadie se atreverá a delinquir, a menos que desee perder la vida. Y el ejército clon se encargará de ello fuera de la Cámara. —Alzó la oscura mirada hacia la negrura estelar—. Una nueva era ha comenzado. La era de la Nueva República.

—Aún no —le dijo alguien desde su espalda. Obi-Wan se giró y se sorprendió al ver al Maestro Yoda con vida. Sidious le había mentido una vez más. Sin embargo, lejos de sentirse aliviado o alegre, el Jedi se sintió incómodo: si su mentor seguía vivo, ya no era el ser más poderoso de la galaxia, y, por tanto, su puesto como Canciller Supremo peligraba—. No, si evitarlo yo puedo.

—Pero, Maestro Yoda, puedo instaurar un nuevo orden en el que la paz y el bien sean los factores comunes de la galaxia.

—Sentido tu odio yo he, Maestro Obi-Wan —le decía apenado el diminuto anciano—. El Jedi que una vez conocí ya no eres. En un Sith como Anakin convertido te has. Nublado tu juicio está por el Reverso Tenebroso de la Fuerza. Sólo la galaxia quieres para tu poder aumentar.

—¡No, no, eso no es cierto! Sólo quiero que no se vuelvan a cometer los mismos errores que nos han conducido a las Guerras Clon y a la toma de poder por parte de Palpatine. Quiero que jamás vuelva a suceder, y para ello la única solución posible es que yo me encargue personalmente.

—La tarea de un Jedi esa no es. Los Jedi sólo aconsejan, parte del juego político no forman.

—Quizá no tendría que ser así, Maestro Yoda. Quizá sea ese el error que cometimos desde el principio.

—No, Obi-Wan, la República vivido en paz ha a lo largo de un milenio siguiendo estas pautas. Y así siempre ser debe por el bien de la galaxia.

—Me niego a aceptarlo. Voy a convertirme en el próximo Canciller Supremo de una República totalmente nueva, lo quieras o no.

—Bien, tuya la decisión es. A ti enfrentarme tendré entonces. —El anciano Jedi tomó la empuñadura de su sable láser y le encendió, revelando una hoja luminosa de un color verde bastante más claro que el de su piel. Obi-Wan, por su parte, activó dos espadas: la suya azul y la roja del difunto emperador, la cual había recogido del suelo nada más derrotarle.

Yoda ejecutó entonces un potente salto hacia delante, iniciando así su primer ataque. Su antiguo padawan se defendió con una de sus espadas y atacó con la otra, cosa que repitió varias veces, obligando a su adversario a retroceder. Pero no fue durante mucho tiempo, pues enseguida Yoda empezó a realizar saltos y más saltos, cada uno de los cuales iba acompañado por una estocada. Todas fueron rechazadas por Obi-Wan, que se volvía a sentir lleno de vitalidad al despertar de nuevo su odio más intenso y despiadado. Yoda, por su parte, notaba el cansancio de su reciente combate contra Darth Sidious, fuera a parte de que acusaba su elevada edad. Cuando se enfrentó al Conde Dooku dos años atrás, estuvieron más o menos igualados en ese aspecto, pero ahora se discernía cierta ventaja a favor de Obi-Wan, dada su juventud. De ahí que recuperara el aliento sin problemas y la velocidad de sus movimientos fuera tan vertiginosa. Por si fuera poco, contaba con la ventaja de poseer dos espadas de luz, lo que le facilitaba la defensa y le permitía efectuar ataques más peligrosos.

Precisamente la ofensiva que ejecutó tras largos y agotadores minutos de enfrentamiento, le costó la pierna izquierda a Yoda. Lo que hizo fue atacar simultáneamente con ambos haces láser y a diferentes alturas. El anciano Jedi pudo detener uno de ellos, el que se dirigía a su cabeza, pero el otro irremediablemente le alcanzó.

—Ríndete, Maestro Yoda, no deseo matarte —le dijo Obi-Wan, algo afectado por el alarido de dolor que soltó su antiguo mentor.

—Jamás, Obi-Wan… Nnnnngg… —Yoda sufría como nunca antes lo había hecho, pues a lo largo de su prolongada existencia no había sido herido de tanta gravedad—. No permitiré… nnnggg… que gobiernes tal y como lo iba a hacer Palpatine.

—En ese caso, no me dejas elección. —Obi-Wan alzó de nuevo sus espadas y llevó a cabo un nuevo ataque simultáneo. Esta vez Yoda logró detener el avance de ambas hojas, pero a cambio perdió su arma. Antes de que pudiera recuperarla, Obi-Wan la lanzó con la Fuerza en dirección al río de lava más cercano. La empuñadura se fundió en apenas un par de segundos—. Última oportunidad, Yoda. Ríndete o únete a la Fuerza.

—Adelante, conmigo acaba y en un Sith convertido te habrás. ¿Lo que quieres eso es, verdad? ¡Pues adelante, por la borda tira todo por lo que luchado has durante todos estos años! ¡En el nuevo emperador conviértete! —el anciano, entristecido a la vez que desgarrado por el dolor, soltó una lágrima cargada de sentimiento. Su última esperanza— y la de toda la galaxia —residía en rescatar la bondad que caracterizaba a su antiguo aprendiz. Algo que sólo él tenía posibilidades de conseguir.

Obi-Wan mantuvo sus sables láser apuntando al pecho del indefenso Maestro Jedi. Su gesto se tornó algo menos serio. Su mirada se suavizó ligeramente. Sus labios dibujaron una tenue sonrisa.

—Emperador Kenobi… Mmm… Me gusta cómo suena. —Y atravesó a su enemigo sin remordimientos—. Ahora, sólo falta Padmé…

Indiana Jones VS Han Solo

El arqueólogo americano Henry Jones Jr., llamado Indiana Jones cuando no ejercía de profesor de instituto, se adentró por enésima vez en una cueva de grandes dimensiones, el destino al que le habían conducido sus profusas investigaciones. Según lo que había estudiado, allí se hallaba una figura de oro puro conocido por los nativos de la zona como Chewbacca. Como de costumbre, se trataba de un ser mitológico. Se caracterizaba por un denso pelaje y un rostro similar al de un perro. La mayor diferencia existente en esta nueva aventura del Dr. Jones residía en que su objetivo no era llevarla a su museo, dado el material del que se componía, sino venderla a aquel que se la encargó.

Nada más encender una antorcha y avanzar unos cuantos metros por el túnel de piedra, comenzó a oír los pasos de alguien procedente de la otra dirección… No, eso no, prefiero trampas antes que encontrarme otra vez con un individuo extraño.

Como ya le ocurrió en una ocasión anterior, la luz que acompañaba a la silueta era mucho más intensa que la obtenía él del fuego de su antorcha. No se explicaba cómo se conseguía sin conectarlo a ninguna fuente eléctrica.

—¡Chewie! —gritó como si estuviera buscando a alguien—. ¡Chewie!

—¿Quién anda ahí? —preguntó Indy cuando se pudieron distinguir las caras.

—Alguien que se parece muchísimo a usted —le dijo atónito el individuo al fijarse algo más detenidamente—. ¡Incluso tiene una cicatriz en la barbilla, igual que yo!

—Sí, la verdad es que es realmente sorprendente nuestro parecido físico. —El arqueólogo también se había quedado boquiabierto. «Lo de aquel tipo con una espada láser es una patochada en comparación con esto», se decía para sí mismo—. Me llamo Indiana Jones, ¿y usted?

—Han Solo. Estoy buscando a mi buen amigo Chewbacca. ¿No lo habrá visto por ese túnel? —le preguntó mientras señalaba la dirección de la que procedía Indy.

—¿Chewbacca? —Indiana no asimilaba aquello.

—Sí, sí, Chewbacca, un wookie, ya sabe, alto y peludo.

—¿Me está usted diciendo que está buscando al ser mitológico de la tribu de los gagaros? Me toma el pelo, ¿verdad?

—¿Gagaros? ¿Ser mitológico? ¡Usted me lo toma a mí! Ya le he dicho que Chewie es un wookie amigo mío.

—¡Venga ya, eso no se lo traga nadie! ¡Usted lo que quiere es la estatua de oro, pero quiere engañarme!

—¿Ha dicho oro? —a Han le empezaron a brillar los ojos.

—Sí, ahora no se haga el tonto, ambos sabemos lo que hemos venido a buscar, y sólo uno se lo puede llevar.

—Sí, y ese voy a ser yo —le dijo el contrabandista interestelar nada más desenfundar su blaster—. Ahora, déme el mapa.

—¿El mapa?

—Sí, seguro que lleva un mapa encima. Entréguemelo.

—De acuerdo, le guardo en mi sombrero. Se le lanzaré bocabajo con él dentro. —Indiana se quitó la prenda y la hizo deslizarse por el aire. Justo en ese momento, tomó su látigo con un movimiento veloz como pocos y atizó con él a la mano de Han que sujetaba la pistola. Dolorido, el contrabandista la dejó caer al suelo rocoso. Pero lo que más le dolió no fue eso, sino que le hubiera engañado: en el sombrero no había ningún mapa. Indy le apuntó entonces con su magnum.

—Me has timado bien, amigo. Pero, tranquilo, no es para ponerse así. Daré media vuelta y me iré. Chewbacca es todo tuyo… si logras apresarle, claro, porque… ¡AHORA! —y el wookie de más dos metros de altura, que se había situado tras el arqueólogo sin que se diera cuenta, le golpeó el brazo con tal fuerza que su pistola se le deslizó de entre los dedos. Después, le agarró del cuello con ambas manos y le elevó hasta que sus piernas colgaron. Indy se llevó las manos al cuello y perdió también su látigo—. Te acaba de apresar a ti. Bien, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! El mapa, por favor. —Pero el Dr. Jones tan sólo trataba de respirar bajo la presión a la que le sometía Chewbacca—. No le oigo, ¿dice que nos ayudará? ¿Sí? ¡Estupendo, es mucho mejor que un mapa, claro! Debe tener una larga experiencia con trampas antiguas y demás. No hay más que ver el desgaste de su cazadora. —Indiana se estaba empezando a poner rojo—. Suéltale, Chewie, nos llevará hasta la estatua de oro que dice que hay en esta cueva.

Así pues, el trío comenzó a recorrer galerías y más galerías. Por suerte, no se toparon con ningún tipo de trampa. Pero Indy les advirtió que solían venir al final, cuando estuvieran a escasos metros del valioso objeto.

—Esperad —les dijo en un momento dado en el que delante de ellos se extendía un pasillo cubierto de estalagmitas—. Fijaos bien en las puntas de estas estalagmitas. Si veis que están resquebrajadas o tienen algún orificio, no las piséis. Probablemente surjan lanzas de ellas.

—Grrrrrrrrrrrrrr —gruñó Chewbacca.

—Tranquilo, Chewie, él irá primero —le aseguró Han, sonriente—. Cuando llegué al otro lado sano y salvo, pasaremos nosotros.

«¡Y encima entiende lo que dice!», pensaba Indy completamente desencajado. «Si lo que no me pasé a mí…». El arqueólogo comenzó entonces a pisar por los salientes rocosos con suma precaución. Antes de apoyar el pie, observaba con detenimiento. Si se equivocaba, podía quedarse cojo. Por otro lado, debía mantener el equilibrio. Aunque se trataba de estalagmitas bastante gruesas, siempre existía el riesgo de tropezar o desequilibrarse, lo cual acarrearía consecuencias mucho peores: podía caer sobre varias lanzas a la vez, además de que se le clavarían en distintas partes del cuerpo. Afortunadamente para su integridad física, llegó al otro extremo del pasillo sin un solo rasguño.

No así sucedió con el wookie. Dada su gran altura, le costaba más mantener el equilibrio, por lo que pasaba de un saliente a otro con mayor rapidez para no caerse. Esto provocó que no se fijara en el agujero presente en una de las estalagmitas que pisó. De él

surgió una estaca de madera afilada con tal fuerza que se le clavó en la planta del pie. El gritó que profirió como consecuencia, amplificado por el eco, fue de tal intensidad que tanto Han como Indy tuvieron que taparse los oídos. Luego, el wookie cayó hacia delante, pero tuvo suerte y apoyó sus manos sobre estalagmitas inocuas. Aguantando en esa peculiar postura, Chewbacca reprimió el dolor y continuó su avance a tres patas. Menos mal que no le quedaba más que un par de metros, porque el esfuerzo físico que le exigía le estaba agotando. Indy, olvidando su situación de rehén, ayudó al wookie a quitarse el trozo de estaca que se le había quedado incrustado entre gruñidos de dolor y chorros de sangre. Por su parte, Han no tuvo ningún problema en atravesar ileso tan peligroso pasillo. Nada más hacerlo, se preocupó por el estado de su compañero. Se sintió más calmado cuando vio que podía continuar la marcha, aunque cojeando, claro, y apoyándose en su hombro.

—Esperad —les dijo Indy bastantes metros más adelante ante la presencia de un arco que daba acceso a una sala. Estaba completamente cubierto de telarañas, hasta tal punto que a duras penas se podía ver a través de él. El arqueólogo sospechaba que se trataba de una nueva trampa, probablemente la última si la sala contenía la dorada escultura. Se acercó y observó minuciosamente. Tal fue su concentración que no se percató de la presencia de una araña enorme que estaba descendiendo del techo en dirección a su sombrero. Entonces, se oyó un estruendo extraño. Indy se asustó y se dio la vuelta. Vio a Han con su extraña pistola, que humeaba ligeramente.

—Tranquilo, amigo, acabó de matar a la araña que se le echaba encima.

—En ese caso, gracias —y continuó examinando la telaraña. Finalmente, vio que a la altura de la rodilla había una fina liana que iba de un lateral a otro del arco—. Tened cuidado, no toquéis esta liana. —Chewbacca lo tenía algo más difícil dada su cojera, pero los tres pasaron sin activar la trampa.

Una vez dentro de la sala, se quedaron maravillados al contemplar la gran belleza no sólo de la estatuilla de oro sino también de la ornamentación tan exquisita que decoraba las paredes rocosas. Había multitud de relieves y esculturas talladas sobre la propia roca. «Dan ganas de quedarse aquí a pasar la noche», pensó Han. Luego Chewie gruñó un inteligible comentario, lo que provocó que se despertaran los cientos de murciélagos que colgaban del techo y de cuya presencia no se habían percatado ninguno de los tres, dada la enorme altura de la estancia.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó Indy. Los tres se tumbaron para evitar los impactos de los animales en su agitado vuelo. Enseguida se dirigieron en bandada hacia la salida. El problema estuvo en que al ser tantos, pasaron a muy diferentes alturas, de modo que acabaron rompiendo la liana del umbral. La trampa que se activó entonces consistía en una piedra enorme que cayó justo delante de la entrada por la parte interior, tapándola por completo y permitiendo que entrara agua por el lugar donde se hallaba.

«No lo decía en serio, donde esté un buen hotel…», pensaba Han mientras la estancia comenzaba a inundarse. Indy se puso en pie y cogió rápidamente al pequeño Chewbacca de oro. Luego se pusieron a pensar en la forma de salvarse de aquel mortífero embrollo.

—¿Alguna idea, doctor? —le preguntaba Han ante la falta de ideas tanto suya como de su amigo wookie.

—Sólo nos queda una posibilidad: esperar a que se llene la sala.

—Buen plan, me apetece morir ahogado. Es lo que siempre deseé —contestó Han tan sarcástico como era común en él.

—No, lo que quiero decir es que al llenarse, lograremos acceder al orificio del techo por el que cae el agua para salir por él. Después, la corriente del arroyo subterráneo que hay ahí arriba nos llevará al exterior de la montaña.

—¿Y si el arroyo sigue una trayectoria descendente?

—Entonces moriremos ahogados igualmente —decía Indy, desconfiado de su plan. Sin embargo, sus compañeros le dieron por bueno a falta de uno mejor. Chewie comentó otra posibilidad, pero era totalmente ridícula: utilizar un detonador termal para destruir la roca que les impedía salir, pero la potencia del explosivo acabaría con ellos y provocaría un derrumbamiento. La situación era ciertamente complicada.

Pasaron los minutos y el agua les hizo ascender hasta el techo. Fueron desplazándose hacia el orificio y se colocaron bajo el chorro. Poco después, cuando la sala quedó totalmente anegada y el chorro desapareció, bucearon hacia arriba, donde al instante se vieron arrastrados por la fuerte corriente. El problema estaba en que apenas había espacio entre el agua y el conducto rocoso por el que discurría, así que al sacar la cabeza para tomar aire, se golpeaban y arañaban con el techo. Afortunadamente, el trayecto apenas duró lo suficiente como para que tuvieran que asomarse más de dos veces. Luego se encontraron al aire libre, donde flotaron y respiraron sin problemas.

—¡¡Iiiiiiiihaaaaaaa!! ¡Lo conseguimos! —exclamó Han emocionado ante la hazaña que acababan de conseguir. Sin embargo, enseguida su rostro lleno de alegría se tornó por uno de preocupación cuando observó que el río conducía a una catarata. A Indy y a Chewie les sucedió lo mismo.

—¡¡GRRRRRRRR!! —gritó el wookie poco más tarde mientras caía desde una altura superior a los cien metros. Indy tampoco pudo contener un alarido de miedo, pues no dejaba de pensar en la posibilidad de caer sobre una roca. Han tampoco era muy amigo de las alturas, así que también gritó con fuerza.

De nuevo, la suerte les acompañó y emergieron del lago que había abajo sanos y salvos… bueno, Chewbacca no estaba sano del todo pero con un poco de bacta curaría su pie en cuestión de horas. Precisamente esa herida era lo que le impedía mantenerse a flote demasiado bien, así que Han se acercó a él rápidamente para ayudarle. Luego, al mirar a Indy, se extrañó al verle palpar todas sus ropas.

—¿Qué se te ha perdido, amigo?

—La estatuilla… ¡no la tengo! —respondió el arqueólogo con nerviosismo—. Se me ha debido caer durante el descenso.

—¡Vaya, hombre, con lo que me gusta a mí bucear! —gruñó Han—. Vamos, Chewie, te llevaré a la orilla y ayudaré al doctor a encontrar nuestra recompensa de hoy.

—Yo empezaré la búsqueda mientras tanto —dijo Indy poco antes de sumergirse. Han regresó a la zona donde presumiblemente se hubiera hundido el valioso objeto y se puso a bucear en las transparentes aguas. Cuando salió para recuperar el aliento, se sorprendió de no haber visto al arqueólogo. Miró en todas direcciones para ver por dónde emergía. Entonces le vio salir por la misma orilla en la que había dejado a su compañero wookie. Y llevaba la escultura consigo.

—¡¡Chewie, no dejes que se escape!! —le gritó enfurecido por la treta efectuada por su rehén. Era la segunda vez que le engañaba. Su enfado se incrementó cuando oyó el gruñido de Chewbacca, que básicamente venía a decir algo así como «Estoy cojo».

Días más tarde…

—Sr. Fett, le traigo a Chewbacca —le dijo Indy al extraño cliente, que iba ataviado con una armadura muy peculiar y un casco no menos sorprendente, así como una mochila provista de un misil y dos tubos de propulsión.

—Estúpido —fue lo único que dijo al ver al arqueólogo sacar de una bolsa de cuero una escultura dorada de similar apariencia a lo que era un wookie. Indy se sorprendió por el comentario. Nunca antes un cliente había reaccionado así al observar lo que le había encargado. Quiso responderle, pero entonces Fett se levantó de su asiento con una lentitud que resultaba amenazadora. Se le acercó, le arrebató el objeto de las manos, le lanzó hacia el techo del local y, antes de que comenzara a descender, le pegó un tiro láser con un extraño rifle que le destrozó en mil y un pedacitos brillantes. Después, volvió a mirar a Indy y comenzó a caminar hacia la salida con la seguridad de que no se atrevería a dispararle. Pero si había una cosa que Indiana Jones no soportaba era que no le recompensaran por un trabajo bien hecho. Así que desenfundó su magnum y le apuntó. El sonido que hizo al quitar el seguro bastó para que Boba Fett se detuviera cuando se disponía a abrir la puerta de salida.

—¿No se le olvida algo, Sr. Fett? —le preguntó Indy, refiriéndose al dinero acordado.

—Sí —respondió mientras dejaba caer el rifle al suelo. Aquel gesto tranquilizó al arqueólogo. Después, se dio rápidamente la vuelta y le disparó con el diminuto cañón de su muñeca derecha, acertando a la parte superior del sombrero, que salió disparado con un humeante agujero—. Nunca me gustó su sombrero. —Luego se agachó, recogió el rifle y se marchó con su habitual parsimonia. Indy, como no podía ser de otra manera, se había quedado tan boquiabierto por la habilidad del cliente y tan asustado por la facilidad con la que le podía haber volado la cabeza a pesar de los más de diez metros que les separaban, que fue incapaz de apretar el gatillo.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no le ha disparado? —le preguntó el barman, atónito también ante la escena que acababa de presenciar. Indy recuperó la compostura antes de responder con su chulería característica:

—No quería arriesgarme a darle en el misil. —Entonces se puso su sombrero agujereado, que aún emitía un hilo de humo, y se dispuso a abandonar la cantina.

—Eh, eh, eh, ¿ahora no se le olvida a usted algo? —le insinuó el barman indicándole con la mirada el vaso vacío de la mesa en la que el arqueólogo había estado sentado.

—Quédese con el cambio —le respondió mientras señalaba a los pedacitos de oro del suelo.

El cumpleaños de Han

—¿Sabéis? Hubo una vez en que el Halcón Milenario no estuvo en mis manos —comenzó a hablar Han ante sus amigos Luke, Leia, Chewbacca y Lando—. Me refiero a después de que se la ganara a Lando en una partida de sabacc, claro. Ocurrió en Dantooine. ¿Te acuerdas, Chewie?

—¡¡Grrrrr!! —fue la respuesta afirmativa del wookie, sólo entendida por Han, y C-3PO si llega a estar activado.

—Necesitaba hacer unas reparaciones en el hipermotor para poder volver a Tatooine con la mercancía de aquel encargo. Como iba muy justo de tiempo, contraté a un mecánico para que se dedicara por completo a mi nave, dejando de lado a otros clientes. El caso es que tras no pocas negativas, aceptó. Desde el principio tuve la sensación de que me dijo que sí para que le dejara en paz y que luego trataría de hacerme una jugarreta. Sin embargo, estaba tan cansado que decidí dejarle solo e irme a la cantina más cercana con Chewie. Cuando volvimos una media hora después para ver qué tal iba la reparación, nos quedamos asombrados al ver que el Halcón no estaba en el lugar en el que aterrizamos, sino alejándose hacia el cielo ante una docena de enfurecidos individuos. Enseguida nos dimos cuenta de qué era lo que había sucedido: estaban molestos porque nos habíamos colado y el mecánico, presa del pánico, huyó en mi nave.

—¿Y qué hicisteis entonces? —preguntó Leia, movida por la curiosidad.

—Pues lo único que podíamos hacer: lo mismo que hizo el mecánico. En cuanto los clientes nos vieron y nos reconocieron como los culpables del retraso en sus reparaciones, huimos en el vehículo más cercano. Tuvimos la mala suerte de que era un saltacielos T-16.

—¿Mala suerte? —se sorprendió Luke—. Era mi vehículo preferido en mi juventud. Incluso participaba en carreras de lo rápidos que son.

—Ya, pero en aquella ocasión no nos hacía falta velocidad, niño. Nos hacía falta una nave espacial, no una planetaria. De esta forma, pudimos escapar de los clientes, pero no ir tras del Halcón. Además, nos persiguieron por toda la ciudad, aunque tuvieron el detalle de no dispararnos hasta que salimos de ella —no querían causar destrozos y vérselas con las autoridades locales. Así, al tener que esquivar disparos, descubrí cuál era la avería que tenía aquel T-16: cada vez que efectuaba un giro, sus motores de elevación por repulsión fallaban, haciéndonos bajar más y más. En poco tiempo, me vi pilotando a menos de veinte metros de altura. Y como te digo, cada vez que me movía, bajaba más. Menos mal que se me ocurrió la forma de salir de aquel embrollo: utilizar los asientos eyectores.

—Pero entonces, te dispararían los perseguidores durante el descenso, ¿no? —preguntó Lando, intrigado.

—No, amigo mío, no les usé con nosotros dos encima. Les expulsé de la cabina a modo de distracción mientras Chewie y yo nos lanzábamos por la parte de atrás de la nave. Así, les destruyeron y ni se dieron cuenta de que habíamos caído en el lago que

había debajo. ¡Los muy infelices se fueron de la zona pensando que nos habían liquidado! —todos se rieron al unísono, apreciando, a la vez, la habilidad del ex-contrabandista para fugarse de las situaciones más complicadas. Como cuando se ocultó de toda una flota imperial escondiéndose sobre la superficie de un destructor y dejándose caer después con la basura que lanzó el mismo. Si librar la muerte se considerara un arte, Han sería un artista excepcional.

—¡Grrr, grrrr, grrrrrrrr! —le dijo Chewie, impaciente.

—Sí, sí, ahora voy con eso. Después de andar y andar durante prácticamente un día entero, conseguimos regresar a la ciudad. Tras alojarnos y dormir en un hotel, no perdimos el tiempo y nos pusimos manos a la obra para tratar de localizar al Halcón. Lo intentamos por todos los medios: redes ilegales de información, cazarrecompensas, anuncios en la Holored… Nadie había vuelto a ver a mi nave en toda la galaxia. Todo eran cargueros corellianos diferentes. Y eso que informé de varias de las muchas modificaciones que ya tenía en aquella época, lo que le hacía ser bastante genuino. Pero nada, no hubo manera. Debimos estar unas tres o cuatro semanas viviendo allí, en la capital de Dantooine, antes de que halláramos su localización: ¡la ciudad vecina! —de nuevo, todos se rieron en gran medida—. Llevaba allí desde el primer día, a poco más de 20 kilómetros de donde estábamos. Y desde entonces el mecánico había intentado venderla. Pero, claro, ¿quién iba a querer ese pedazo de chatarra que, además, era robado?

—¡Estupenda anécdota, Han! —le felicitó Leia—. Un año más, te has superado. —Tanto Luke como Lando asintieron—. Y eso que la del año pasado no estuvo nada mal.

—Sí, la verdad es que sí. Espero que el siguiente cumpleaños sigamos con esta estupenda tradición y os cuente una aún mejor.

Yo soy tu padre… ¿o no?

—Luke, yo soy tu padre —le dijo el enmascarado Sith al joven que acababa de dejar manco. Incrédulo, el aprendiz de Jedi lo negaba, no admitía de ninguna manera que aquella afirmación fuera cierta. Tanto insistió que Vader empezó a tener dudas—. Bueno, ahora que lo dices… Quizá el traidor de Obi-Wan aprovechó en algún momento de las Guerras Clon en el que yo estaba alejado de Padmé…

—Sí… sí… eso es mucho más lógico —le incitaba Luke a creerlo. Más bien, se incitaba a sí mismo a creerlo. Todo menos que su progenitor fuera el ser más temido y odiado de la galaxia—. Por eso me envió a Tatooine: ¡para mantenerme vigilado como hijo suyo que era! Lo único que no entiendo es por qué me mintió, por qué no quiso decirme que él era mi padre.

Vader pensó en lo que estaba oyendo y empezó a encontrar cierto sentido al asunto.

—Claro, ya sé: lo hizo para que le dejaras actuar por su cuenta. De esta forma, pudo separarse de ti en la Estrella de la Muerte sin problema alguno. Si hubieras sabido que era tu padre, hubieras querido acompañarle o directamente no le hubieras dejado ir a desactivar el rayo tractor.

—Sí, eso es. Además, diciéndome que tú le habías matado, me incitaría a enfrentarme a ti. ¡Será listo!

—¡¡¡Será gamberro!!! —el Lord Oscuro del Sith gritó con toda la fuerza que le permitía el vocalizador de su casco. El eco se oyó por toda la gigantesca estancia—. ¡Lo tenía todo atado y bien atado el muy traidor! Me alegro más que nunca de haber acabado con él.

—¡Noooooo, ahora sí que es cierto que has matado a mi padre! —gritó Luke, presa del odio, la furia, la ira y la sed de venganza. Su interior ardía como lo hacían las arenas de su planeta en el peor de los veranos. Pero, curiosamente, no pensaba en el calor sino en el frío que pasó en Hoth cuando se hallaba en la cueva del wampa. Y es que estaba pensando en aquel mágico momento en el que logró atraer la empuñadura de su espada de luz hacia su mano. Se concentró entonces en efectuar la misma hazaña pero con el cinturón de su enemigo. Aunque en un principio Vader no se percató de la razón por la que Luke estiraba su brazo izquierdo, enseguida notó que una fuerza invisible tiraba de él hacia el abismo. Era el Lado Oscuro como nunca antes le había sentido. Se quedó muy sorprendido del poderío desplegado por el muchacho. Tal es así que por mucho que lo intentó, cayó irremediablemente hacia lo más profundo de la Ciudad de las Nubes. Durante el letal descenso, exclamó…

—¡¡Te dije que el Reverso Tenebroso es una pasadaaaaaaaaaaaaa!!

Somnolencia

Mi nombre es Galtraan. Pertenezco a la raza de los jailianos, una especie poco extendida por la galaxia que se caracteriza por ser propensa a quedarse dormida en cualquier momento. Precisamente por eso no solemos abandonar nuestro planeta: podríamos caer presas de la somnolencia en pleno vuelo interespacial. Yo soy uno de los pocos que se han atrevido a hacerlo y siguen vivos para contarlo, aunque a punto estuve de entrar en el «sueño eterno», que es como los de mi especie solemos denominar a la muerte.

Lo que hice fue desconectar el generador gravitatorio de mi nave, de modo que cuando salí al espacio, todo lo que no estaba debidamente atado, flotaba por el aire. Fue lo que se me ocurrió para permanecer despierto, pues así debía estar muy activo. Debía agarrarme al asiento con las piernas mientras manejaba los controles de navegación. Tenía que esquivar multitud de objetos y el equipaje cada vez que me desplazaba por la nave. Y si en un momento dado me quedaba dormido a pesar de ello, siempre podía despertarme por acción de un golpe propiciado por una maleta o cualquier otro elemento.

Así sucedió en una ocasión. Activé la hiperpropulsión y me quedé dormido. El fallo que cometí fue abrocharme el cinturón, algo inevitable por otra parte si quería evitar la potente sacudida de la hipervelocidad. De esta forma, como no tenía que estar sujetándome al asiento con las piernas, me relajé lo bastante como para dejarme vencer por la somnolencia. Afortunadamente, no pasaron muchos minutos antes de que una caja me golpeara la cabeza con la suficiente fuerza como para hacerme despertar.

Y así llegué al planeta al que siempre había querido ir: Coruscant, el centro de la galaxia; la ciudad más grande del universo; el lugar de las mil y una oportunidades. Esperaba encontrar allí un trabajo acorde con mi peculiar enfermedad genética. Uno que me mantuviera agobiado constantemente, siempre con tareas por hacer. Pensé que lo mejor sería una fábrica, en concreto una que tuviera una cadena de montaje. Así, no me exigirían ninguna clase de conocimientos previos. Tendría que ejecutar una serie de operaciones repetitivas que me mantendrían con las manos ocupadas prácticamente durante todo el tiempo.

Aunque me alegré mucho cuando me cogieron en la primera empresa a la que acudí, pronto me di cuenta de que el empresario no me había prestado atención en absoluto, porque el puesto consistía en alertar de posibles errores en el proceso de fabricación. Me había convertido en un vigilante de una cadena de montaje en la que no había operarios: sólo máquinas que construían máquinas. Ahora me daba cuenta de lo retrasado que estaba mi planeta en cuanto a tecnología industrial.

El caso es que me vi andando sobre una pasarela situada en lo alto de la nave, mirando hacia la multitud de mecanismos y brazos robóticos que había bajo ella. La somnolencia no tardó en hacer acto de presencia. Me costaba mantener la cabeza erguida. Los párpados se entrecerraban a intervalos cada vez menores. Paulatinamente, las piernas

me respondían con mayor lentitud. La caída al suelo era algo tan inevitable como la hibernación otoñal lo era para los nuagos de mi planeta.

Pero justo en ese momento, mi letargo se vio interrumpido por algo que atravesó el techo y cayó en picado contra la parte central de la nave. Tras destrozar toda una sección de la cadena de montaje, produjo una enorme explosión seguida de otras más pequeñas procedentes de diversos dispositivos. Las chispas eléctricas se entremezclaban con las de las llamaradas. El humo invadió el lugar hasta convertirlo en una sauna asfixiante de atmósfera opaca. Sin pensarlo dos veces, eché a correr hacia la salida de emergencia más próxima, que daba a unas escaleras situadas en uno de los laterales del edificio. Fue entonces cuando, al alzar la vista al cielo, me quedé atónito al observar que se estaba produciendo una batalla de grandes proporciones. Cazas, cruceros y fragatas de diversos tamaños se repartían fogonazos láser mientras volaban de un lado a otro, conformando lo que bien podría haber sido un espectáculo visual de gran belleza.

Pero la realidad era bien diferente. Las explosiones y la consiguiente lluvia de metal dejaban claro que aquello era algo muy serio. La República se enfrentaba una vez más a los Separatistas en la lucha por la dominación de la galaxia. Jedi y clones contra droides. Me preguntaba quién iría ganando en aquella ocasión. Tanto que decidí ir a una cantina para enterarme. Fue entonces cuando cometí otro de los errores que jamás debería cometer: ponerme a ver la televisión. Por muy interesante que fuera la información que se estuviera retransmitiendo referente al conflicto, nunca era suficiente para combatir la somnolencia. Así que cuando todos oyeron que un gran crucero separatista, concretamente el perteneciente al General Grievous, se dirigía a realizar un aterrizaje de emergencia sobre la pista próxima al barrio en el que nos encontrábamos, abandonaron el local lo más deprisa que pudieron, olvidándose de mí por completo… y luego hablan de la hospitalidad de los habitantes de Coruscant…

Por una vez, me sentí afortunado de ser somnoliento, pues gracias a ello salvé la vida. Al despertarme pocos minutos después, vi que un caza droide se había estrellado en la calle, arrollando durante un extenso recorrido a más de una docena de transeúntes, entre los que reconocí al barman y a varios clientes de la cantina. Lo que son las cosas.

Y entonces volví a quedarme dormido mientras contemplaba la trágica escena. Como era de esperar, una ciudadana se acercó a mí pensando que había resultado malherido e inconsciente. De nuevo, el destino estuvo de mi parte por medio de la somnolencia: ¡la ciudadana era también una jailiana! Pero eso no es todo. Por si fuera poco, nos enamoramos y al poco tiempo nos casamos. El amor de mi vida no surgió de uno de mis numerosos sueños sino al despertar en medio de una pesadilla.

El optimista y el pesimista

Yin y Yan eran dos de los contrabandistas más peculiares de la galaxia. Eran conocidos como «el optimista y el pesimista». Se pasaban todo el día discutiendo acerca de la mejor decisión que podían tomar en cada momento. Yin siempre lo veía claro, no importaba el riesgo que conllevara su opción. Yan, por el contrario, opinaba que debían ser más cautos para seguir conservando la vida. La combinación entre ambos puntos de vista les estaba conduciendo por el buen camino, pues su negocio iba realmente bien. Sus cuentas bancarias se incrementaron considerablemente gracias al éxito de sus trabajos. Por tanto, como su fama y reputación iban en aumento, podían exigir cantidades mayores por sus ilícitos servicios de transporte.

Pero al igual que en una partida de sabacc, las buenas rachas no duraban para siempre. Y el problema está en que cuanto más se gana, más se quiere ganar, aunque ello requiera el aumento de la apuesta. En este caso, la apuesta subió el listón en exceso. Si aceptaban el encargo de Jabba el hutt, se iban a jugar la vida. El señor del crimen de Tatooine era bien conocido por no tolerar el fracaso tan fácilmente como otros clientes. A pesar de ello, Yin se empeñó en hacer negocios con él. Yan, como de costumbre, no lo veía tan claro.

—Vamos, Yan, ya era hora de que un pez gordo se fijara en nosotros. Tenemos que aprovechar esta gran oportunidad. Piensa en la reputación que obtendremos de este encargo.

—Mejor piensa en que puede que sea nuestro último encargo —le advertía Yan—. Demasiados riesgos. Puede que nos coja el Imperio, que nos devore una araña de energía…

—¡Y que colisionemos con un cometa, no te digo! —Yin se enfurecía mucho cuando Yan se ponía a enumerar las mil y una maneras en las que podían morir. Sólo faltaba que dijera porcentajes de supervivencia, al más puro estilo droide de protocolo.

Tras concluir la discusión a favor de Yin, pusieron rumbo a Kessel, donde debían obtener una buena cantidad de la codiciada especia glitterstim. Para ello, tendrían que infiltrarse en una de las minas mediante un pasadizo secreto sólo conocido por contrabandistas denominado el Corredor de Kessel. Pero antes, obviamente, debían lograr un aterrizaje sin alertar a las tropas imperiales que dominaban aquel inhóspito mundo. Y es que los mineros eran en realidad prisioneros del Imperio, de modo que la vigilancia era muy alta.

El truco estaba en llegar al planeta por el lado opuesto a aquel en el que se encontraban los llamados establecimientos correccionales. Esto hacía que el cálculo del salto hiperespacial fuera especialmente lento. Una vez allí, Yin y Yan volaron a escasa altura de la desolada superficie, recorriendo la mitad de la esfera en un viaje de un par de horas. De esta forma, llegaron sin ser detectados hasta el Corredor de Kessel, una obertura rocosa que descendía hasta comunicarse con uno de los túneles de la mina

principal. Dado que se estrechaba en gran medida, se debía aterrizar a unos pocos kilómetros de lo que era el túnel minero. Ese trayecto se tenía que hacer caminando y, la parte final, arrastrándose por el suelo.

—Bueno, Yan, ya sabes lo que hay que hacer —le dijo entregándole los extremos de cinco cuerdas—. Cuando tire de una de ellas, la arrastras hacia ti. —Yin comenzó entonces a gatear por el angosto pasadizo, llevando consigo los otros extremos de las cuerdas, que acababan en una serie de bolsas de piel de nexu en la que iría cargando la especia. De esta forma, ahorrarían mucho tiempo y, por tanto, disminuirían el riesgo de que alguien le viera con las manos en la masa.

—No hay nada como trabajar en equipo —le respondió Yan, contento por librarse de tener que acceder a la mina. Más tarde se arrepentiría de ello…

Cuando habían cargado y trasladado de un sitio a otro cuatro de las cinco bolsas, una araña de energía emergió de una cavidad situada a pocos metros por detrás de donde se hallaba Yan. No era de las más grandes, ni mucho menos, pero el sonido de sus pisadas así como la electricidad electrostática que recorría constantemente su cuerpo fueron suficientes para llamar la atención del contrabandista. Presa del terror, tomó su pistola bláster y la disparó. El animal cayó muerto en el acto, pues le acertó en la cabeza, pero el sonido del fogonazo láser, amplificado por el eco, le hizo temer lo peor: probablemente habría alertado a los imperiales o, lo que a su parecer era peor, a una manada de aquellas criaturas de ocho patas.

Yin, desde el otro lado, había oído con toda claridad el tiro. De hecho, los cuatro soldados imperiales que vigilaban aquel almacén rocoso en el que se encontraba no tardaron en dirigirse hacia la procedencia del ruido. Arriesgándose hasta el último momento, continuó llenando la quinta bolsa. Justo cuando terminó, los imperiales gritaron «¿Quién anda ahí?». Los haces de las linternas que incluían sus cascos llegaron a enfocar a Yin. En ese momento, tiró de la cuerda y se agarró de la bolsa con la esperanza de que Yan tuviera la suficiente fuerza como para que pudiera arrastrar a ambos. Sin embargo, por más que dio tirones, su compañero no hizo esfuerzo alguno. Así pues, se escondió tras un container de especia y sacó su bláster mientras maldecía a su socio. «¡Seguro que se ha largado asustado por una araña!», pensaba. Entonces, Yan surgió del pasadizo jadeando y con el rostro pálido.

—¡Yin, una manada! ¡Viene una manada!

—¡Alto en nombre del Imperio! —vociferó uno de los soldados al oír la voz del contrabandista.

—¡Te dije que no dispararas! ¡Te lo avisé! —le recriminaba Yin.

—Sí, claro, es muy fácil decirlo, pero cuando te viene una por la espalda…

—Serás cobarde…

—¡Salgan de ahí o tendremos que emplear la fuerza! —les advertía el imperial por segunda vez.

—¿Cómo se supone que vamos a salir de esta, Yin? —le preguntaba Yan aterrado cuando empezó a oír los pasos de quién sabe cuántas patas procedentes del pasadizo.

—Yo me encargaré de las arañas. Tú dispara a los soldados. —Yin se colocó en un lateral del container y Yan en el otro. Cada uno inició su ofensiva en distintas direcciones. Un imperial cayó al primer disparo, pero el resto se cubrió rápidamente detrás de otros recipientes. Entretanto, llegaron las primeras crías de araña, las únicas que podían atravesar el pasadizo por su pequeño tamaño. Yin las disparó con determinación, consiguiendo que ninguna se le acercara. No era nada fácil, dados los escasos tres metros que le separaban de la obertura. De hecho, una de ellas logró posarse sobre su pecho de un único y potente salto, dándole un considerable calambre. Para su fortuna, sus reflejos le permitieron quitársela de encima de un puñetazo antes de que le mordiera. En cuanto tocó el suelo, la reventó como a las demás, agrandando el charco de viscosa sangre morada.

Una vez vio que no aparecían más, Yin echó una mano a Yan en su lucha contra los dos imperiales que le quedaban. Pero pronto oyeron pisadas de todo un batallón de refuerzo, así que Yin le comentó a su compañero que debían huir por el pasadizo.

—Pero Yin, ¿qué haremos con la manada de arañas del otro lado?

—¿Prefieres que te mate el Imperio?

—No, pero veo más fácil acabar con soldados que con una multitud de arañas de energía.

—¿En serio? ¡Venga ya, hombre! El caso es llevar la contraria, ¿no?

—El riesgo es menor, y lo sabes.

—¡No empieces con eso! Además, en esta ocasión no tienes razón. Las arañas no te disparan.

—No, pero a cierta distancia te electrocutan.

—Las mantendré a raya, confía en mí. Cúbreme. —Y se metió por la obertura mientras Yan continuaba disparando a los imperiales. Cuando llegó al otro lado, vio a dos gigantescas arañas tratando de escarbar para hacer más amplio el pequeño túnel. Las disparó varias veces hasta que se derrumbaron sin vida. Descubrió entonces la presencia de otras cuatro que había tras ellas. El problema estaba en que debía esperar un rato a que los cadáveres dejaran de estar electrizados para poder pasar entre ellos. Hasta que llegara ese momento, debía seguir disparando entre los enormes cuerpos, lo que quitaba una gran porción de su rango de tiro.

Yan se le acercó gateando por detrás y le suplicó que hiciera algo para poder abandonar el pasadizo antes de que los imperiales les dispararan al culo. Se le ocurrió entonces protegerse la espalda con la bolsa de especia que aún permanecía la otro lado. Tiraron de ella y la colocaron justo detrás de sus pies. Después, Yin sacó un detonador termal.

—Ah, no, eso sí que no —le dijo Yan mientras le agarraba la mano.

—¡No nos queda otro remedio! Tenemos que pasar corriendo entre esas cuatro arañas.

—¡Es una locura! ¡Sólo dispondremos de seis segundos!

—Más vale que no te tropieces —le dijo Yin sarcástico. La bolsa de glitterstim empezó a recibir fogonazos láser. Yan soltó la mano de su socio y apretó él mismo el botón del explosivo, aceptando de esta forma su arriesgado plan. Yin le metió en la bolsa y ambos salieron corriendo del pasadizo, disparando a diestro y siniestro contra el cuarteto de octópodos. Los disparos les hicieron separarse lo justo para que pudieran pasar entre ellos. Lo que no pudieron evitar, obviamente, fueron las descargas eléctricas que emitían sus peludos cuerpos.

—¡Retroceded, retroceded! —gritó el soldado que iba en cabeza al oír el clásico tintineo de los detonadores termales una vez estuvo a pocos metros de la bolsa de especia. Pero ya era demasiado tarde. La explosión se produjo cuando media docena de imperiales se encontraba dentro del pasadizo. La onda expansiva acabó con la vida de la gran mayoría del batallón de refuerzo que esperaba al otro lado. Las agonizantes arañas tampoco sobrevivieron. Incluso Yin y Yan se vieron impulsados hacia delante, haciéndose diversos rasguños en su caída contra el suelo rocoso.

Se levantaron algo doloridos aún por las descargas eléctricas y miraron hacia atrás. Se había formado un tremendo agujero que comunicaba con el almacén de glitterstim. Por el suelo yacían escasos restos de los desintegrados cuerpos.

—Adiós al Corredor de Kessel. Va a pasar mucho tiempo antes de que alguien pueda volver a traficar con glitterstim.

—Sí, tanto que no seguiremos vivos para entonces. ¡Jabba el hutt nos va a liquidar!

—¿Jabba? Jabba no nos hará nada, hombre. En todo caso, sus cazarrecompensas. —Yin se reía por la alegría de seguir con vida. Yan, por una vez, dejó a un lado sus preocupaciones y se mostró contento por sobrevivir a tan peligrosa situación. Habían estado rodeados por dos enemigos formidables y les habían vencido a ambos. Tenía más mérito aquello que si hubieran obtenido la especia sin levantar sospecha alguna, tal y como habían hecho en tantas otras ocasiones.

Pero el precio de aquella aventura podría llegar a ser muy caro. Sabían que Jabba no les daría una segunda oportunidad.

—A menos que le hagamos un regalito… —pensó Yin en voz alta mientras corrían hacia su nave.

—Ni hablar, Yan, no volveré a estar en la misma habitación que esa babosa gigante.

—¿Prefieres que ponga precio a tu cabeza?

—Pues mira, igual sí. Dudo mucho que alguno de sus cazarrecompensas nos encuentre tan fácilmente. La galaxia es muy grande.

—¿Incluso Boba Fett?

—Eeeeh… —Yan, de nuevo, empezaba a dudar sobre su postura ante los argumentos de Yin—. No me acordaba de ese. De acuerdo, iremos. ¿Pero qué podemos llevarle?

—Yo había pensado en un par de toneladas de glitterstim —le dijo mirando hacia atrás. Yan le captó la idea al instante y empezó a pensar en sus posibilidades.

—La verdad es que lo tenemos bastante fácil. Con ese pedazo de boquete podemos pasar con la nave y recoger una buena cantidad. Pero, claro, ¿y si…?

—Por una vez, no me hables de riesgos, ¿vale? Todo saldrá bien.

El dúo hizo despegar su carguero coruscanti y puso rumbo al ampliado Corredor de Kessel. Le atravesaron lentamente para no rozar los bordes y aterrizaron en el almacén, colocando el morro de la nave en dirección al túnel que conducía a él para después dispararle y así taponar su único acceso. De esta forma, tuvieron todo el tiempo del mundo para cargar hasta los topes su nave. Una vez terminaron, y con la misma tranquilidad, dieron la vuelta al vehículo y abandonaron el lugar y luego el planeta. Pusieron rumbo a Tatooine y se felicitaron por tan espléndido trabajo. Les aguardaba una cuantiosa recompensa, mayor aún que la que esperaban por haber conseguido mayor cantidad de especia, y un nuevo estatus como uno de los equipos de contrabandistas más prestigiosos de la galaxia.

Superviviente

Sé que el Lado Oscuro se ha adueñado de mi alma. Después de haber sobrevivido a la Orden 66, haber superado las pruebas de la Academia Imperial y haber llevado a cabo docenas de misiones como soldado de asalto, no podré retroceder al camino de la luz. Al menos, no hasta que haya consumado la venganza por la cual he pasado por todo esto: deseo matar a Darth Vader. Si el que fuera considerado el Elegido no nos hubiera traicionado, no se hubiera unido al Emperador, la República habría salido victoriosa y continuaría vigente. Y mis amigos y compañeros de la Orden aún continuarían con vida.

La única posibilidad que le queda al Lado Luminoso de recuperarse es derrotando a ambos Sith. Sé que no estoy a la altura del Emperador, pero creo que seré capaz de destruir a su discípulo, sobre todo ahora que me he instruido en el manejo de sus mismos poderes. Cuando ninguno de mis compañeros del batallón no estaba presente, practicaba el estrangulamiento a distancia contra los considerados enemigos del régimen. También he sido capaz de detener disparos láser con la palma de mis enguantadas manos, así que me veo plenamente preparado para enfrentarme al ser más odiado de la galaxia.

Tras unos cuantos meses al servicio del Imperio, en los que no me ha quedado otro remedio que cometer todo tipo de atrocidades, por fin ha llegado el día en que nos han encargado una misión dirigida personalmente por el Lord Oscuro. El día que con tanto anhelo he esperado. El día en el que vengaré la muerte de la Orden Jedi. Quizá entonces, y sólo entonces, pueda calmar mi furia y recobrar el estado emocional propio de un Caballero Jedi. Mi destino dependerá del resultado del enfrentamiento.

—Soldados, en cuanto entren en la casa, disparen a todo aquel que haya en ella —nos ordenó Vader señalando el edificio en el que supuestamente vivía otro Jedi superviviente como yo. Entramos y nos dividimos, registrando cada uno habitaciones diferentes. Esperaba con toda mi alma que no me tocara aquella en la que se ocultara el objetivo, pero desgraciadamente no fue así. Como era de esperar, me quedé petrificado al ver a aquel anciano vestido con los ropajes típicos de todo Jedi y meditando en el suelo. Debió detectar la presencia de Vader en la Fuerza, porque ni siquiera abrió los ojos o hizo gesto alguno para defenderse. Presentía que iba a morir aunque acabara con las tropas de asalto. Entonces, entró en la habitación uno de mis compañeros.

—¡Ahí está! ¿Por qué no le has disparado, Denn? —y entonces saqué la empuñadura de mi espada láser, debidamente escondida en mi cinturón, la activé y le atravesé con su luminosa hoja verde. Fue en ese momento cuando el anciano Jedi abrió los ojos.

—¿Eres un Jedi, verdad? —me preguntó con el brillo de la esperanza en los ojos—. ¿Cómo es que no he detectado tu presencia en la Fuerza?

—Porque… —antes de que pudiera contestarle, acudieron al lugar el resto de soldados, alertados por el siseo producido por mi arma. Acabé con el primero que entró y salí al pasillo para derrotar al resto, haciendo rebotar a los dos o tres disparos que efectuaron en el poco tiempo que tardé en vencerles. Después, regresé junto al anciano y

le expliqué que Vader estaba allí, cosa que ya sabía sin necesidad de haberle visto—. Juntos podremos acabar con él —le dije, tratando de convencerle para que luchara a mi lado con su sable láser. Viendo que había sido capaz de acabar con el batallón de asalto, confió en que así fuera, por lo que tomó su arma y fuimos al encuentro con el Lord Oscuro. Se encontraba en la calle, esperándonos.

—Sólo hay una razón por la que no te haya detectado, Jedi —le habló el Sith con su ominosa voz acompañada por su mecánica e inquietante respiración—. Te has convertido al Lado Oscuro de la Fuerza. —El anciano me miró asombrado a la par que temeroso. Esa era la razón por la que él tampoco lo había sabido. La llama de la luz se había extinguido en mi persona, aunque no por completo. Sólo si derrotaba a Vader podría reavivarla… siempre y cuenta estuviera en lo cierto, claro.

Sin más dilación, empecé a atacarle con todas mis ansias. El anciano se incorporó poco después, pero le costaba mucho seguir el ritmo que había determinado en mi primera ofensiva. Vader, por su parte, detenía los golpes de ambos con gran maestría, tal y como era de esperar. Poco tardó en ejecutar un movimiento con el que logró detener nuestras dos hojas a la vez. Así, tuvo el tiempo necesario para estirar un brazo hacia el anciano y empujarle con la Fuerza en dirección a una de las ventanas de la casa. El impulso fue tan potente que la atravesó, cayendo después sobre el suelo del salón y una alfombra de cristales.

Ahora el Sith podía atacarme sin ningún problema. La velocidad que alcanzaba en sus estocadas era realmente impresionante, teniendo en cuenta la armadura que llevaba puesta. Era más elástica de lo que parecía a simple vista. Me costaba en gran medida detener su filo luminoso y cuanto más tiempo pasaba, mayor era mi cansancio, cosa que tampoco parecía afectarle a él.

Entretanto, mi compañero trataba de levantarse, pero el peso de los años se lo estaba impidiendo. Otro obstáculo residía en los numerosos cristales que se le habían clavado en la espalda. Cuando finalmente logró ponerse en pie, usó la Fuerza para sacarlos de su piel. Luego, los mantuvo en el aire con motivo de impulsarles después en dirección a su enemigo. El problema estaba en que no paraba ni un momento de moverse, atacándome desde todos los frentes. Llegó un momento que creyó oportuno… pero el Lord Oscuro se giró justo antes, de modo que se clavaron en mi pecho.

—Ahora te das cuenta —comenzó a hablarme Vader—, de lo traicioneros que pueden llegar a ser los Jedi. Sólo por el hecho de no sentir tu presencia en la Fuerza, ya te toma por perdido, por enemigo. Únete a mí y juntos acabaremos con ese anciano y todos los que aún vivan de su nociva Orden.

Mientras reprimía el dolor de las punzadas, me quedé pensando en sus palabras. Quizá tuviera razón. Las ocasiones en las que más había necesitado el apoyo del Consejo Jedi, este me había dado la espalda. Mi ascenso a Caballero Jedi llegó más tarde de lo que había previsto. En mi opinión y la de otros compañeros, mi adiestramiento se había completado bastante tiempo antes. Luego vino aquella misión en Mon Calamari. Había un Jedi originario de allí mucho más apto que yo para llevarla a cabo, pero me eligieron a

mí. En más de una ocasión pude perder la vida por esa decisión. Pero lo peor fue cuando me negaron que me casara con Adaila. Sólo me permitieron ser su amigo. Más allá de eso, lo consideraban «perjudicial».

Y ahora, aquel anciano Jedi me había atacado por tomarme ya por un Sith. Ni aunque hubiera derrotado a Vader me hubiera aceptado de otra manera. Sí, Vader tenía razón. La Orden Jedi debía desaparecer para siempre. Así que me dirigí hacia el anciano para atacarle, desatendiendo sus explicaciones. Vader se hizo a un lado y cuando le pasé, me clavó su espada por la espalda en el gesto más traicionero que jamás había visto. Caí al suelo sin fuerzas. Al posarme bocabajo, los cristales del pecho se me clavaron a una profundidad mayor, aumentando el dolor hasta cotas insufribles. Menos mal que morí pronto. Sólo tuve tiempo de alzar la vista para ver cómo caía el anciano una vez que Vader le lanzó su espada con la Fuerza, perforándole el cuello. El Lado Oscuro había vencido una vez más.

Experimento midicloriano

Lo había conseguido. Había logrado separar a los midiclorianos de las células. Después había conseguido clonarles. Y ahora sólo faltaba por hacer una prueba con un individuo para ver si era posible aumentar el recuento midicloriano y, por tanto, generar Jedi en potencia, algo muy necesario en estos tiempos en los que la Orden, rescatada por Luke Skywalker, apenas contaba con unos pocos miembros. Sin duda, este invento iba a ser largamente recordado, situándose a la par que la invención del hipermotor o la espada de luz.

El doctor Whillarm no perdió el tiempo y convocó un proceso de selección. «¿Quieres convertirte en un Jedi? Ven a Laboratorios Whillarm y tu sueño se hará realidad de forma totalmente inocua y gratuita», proclamaba su anuncio. La gente acudió en estampida. La cola que se formó daba la vuelta al edificio.

Apenas había entrevistado a una docena de candidatos cuando una banda de motoristas, conocida como los Rancors de Fuego, hizo acto de presencia. Eran los criminales más temidos de la región por su particular forma de divertirse: cometer toda clase de salvajadas, desde lastimar a los ciudadanos hasta destrozar deslizadores. La policía local siempre había tratado de detenerlos, pero en todas las ocasiones habían logrado escapar, dada la potencia de sus swoops, fuera a parte de que se escondían en un paradero que nadie había conseguido localizar. Aparecían y desparecían cuando les venía en gana. Se habían convertido en la pesadilla de los lugareños.

—Deje de buscar, doctor, aquí tiene a los candidatos perfectos. —A punta de pistola, espantaron a la fila de aspirantes y obligaron a Whillarm a practicar el experimento con ellos. Cuando terminó, vieron que no conseguían hacer uso de los poderes de la Fuerza. Por más que lo intentaban, los objetos a los que señalaban no se movían; la tráquea del doctor no se encogía; ni mucho menos visionaban el futuro.

—¡Su experimento es un fiasco, doctor! —le gritó uno de los motoristas.

—No… Escuchen… Para poder usar la Fuerza, deberán ser adiestrados por Luke Skywalker, en su academia de Yavin 4 —les aseguraba el doctor, cuyo rostro se había vuelto pálido por el terror que le suscitaban aquellos bandidos. Estos, a pesar de darle la razón, optaron por matarle y destruir sus instalaciones… por pura diversión. Aunque también necesitaban que nadie supiera que habían sido alterados, de modo que cuando fueran a Yavin 4, Luke no les reconociera como los delincuentes que eran. Sólo detectaría su alto nivel midicloriano, y ante la necesidad de agregar nuevos miembros a la Orden Jedi, era casi seguro que serían entrenados. Únicamente debían hacer una cosa más: modificar su aspecto. Nada de tatuajes, piercings ni ropa de mal gusto. Tenían que aparentar ser chicos normales y corrientes, así como buenas personas en las que confiar poderes tan formidables.

—Bienvenidos a la Academia Jedi de Yavin 4, caballeros —les dijo Luke nada más descendieron de su nave—. ¿Qué les trae por aquí?

—Verá, desde hace unas semanas, mis hermanos y yo sentimos cosas que nunca antes habíamos sentido —le comentaba el líder de la banda, de nombre Ytto, con el tono de voz más apacible que supo poner—. Creemos que pueda tener algo que ver con la Fuerza y esas cosas, y por eso necesitábamos verle, para que nos dijera si estamos capacitados para ser entrenados.

—Seguidme. —Y Luke les condujo hasta una de las muchas salas de meditación de las que disponía el antiguo templo massassi. Una vez allí, les pidió que dejaran su mente en blanco. Después, se sumió en la más profunda concentración, tratando de rastrearles con la Fuerza. Permanecieron así un par de minutos antes de que el famoso Jedi les diera el visto bueno. Luego les habló largo y tendido sobre las grandes responsabilidades que conllevaba convertirse en un miembro de la Orden, y lo duro que podría llegar a ser el correspondiente entrenamiento. Los ocho hermanos lo aceptaron dando a entender que no les importaba con tal de colaborar por el bien de la galaxia. Aseguraban que esa era la razón por la que estaban allí.

Al día siguiente, comenzó su adiestramiento Jedi. Fueron realizando ejercicios y más ejercicios, tanto físicos como psíquicos, durante un período que se prolongó durante meses. Los bandidos comenzaban a hartarse de interpretar un papel que les resultaba tan odioso, pero gracias a los ánimos del líder, en forma de las más cruentas amenazas, continuaron el entrenamiento hasta su finalización. Había pasado casi un año.

—Enhorabuena a todos —les dijo Luke—. Ya formáis parte de la Nueva Orden Jedi.

—Gracias, Maestro —le respondieron al unísono. Luego habló Ytto en nombre de todos, tal y como tenían costumbre de hacer—. Maestro Luke, nos gustaría regresar a nuestro planeta para acabar con una banda de criminales que desde hace años han estado maltratando a los ciudadanos. Se hacen llamar los Rancors de Fuego y son un grupo de motoristas locos y desaprensivos que merecen ser encarcelados —el mero hecho de hablar sobre ellos mismos provocó un risa contenida en uno de ellos, Bhurr. Luke se percató de la reacción, pero no le dio importancia, de modo que siguió escuchando a Ytto. Finalmente, les concedió permiso para que trataran de arrestar a tan salvajes delincuentes.

—Me parece bien. Es una buena misión para empezar. No obstante, sed precavidos y no intentéis haceros los héroes. Si tenéis algún problema, no dudéis en poneros en contacto conmigo.

—Por supuesto, Maestro.

—Espero que tengáis éxito y que regreséis pronto.

—¿Regresar? —preguntó Honn. Bhurr le dio un codazo y su hermano enmendó el error—. Claro, Maestro, claro. Sólo bromeaba.

Así pues, los ocho hermanos partieron hacia Vuruver III llenos de alegría y deseosos de volver a su antigua vida, esa que abandonaron hacía tantos e interminables meses. «¡¡Ya no aguantaba más siendo tan gentil!!», exclamó uno de ellos. Era el tema del que todos hablaban: la añoranza que sentían de volver a hacer gamberradas. Y más ahora que

eran capaces de utilizar la Fuerza. Las barbaridades que podían llegar a cometer iban a ser increíblemente mayores. La diversión alcanzaría cotas inimaginables.

Nada más aterrizar en su guarida secreta, no perdieron el tiempo y recuperaron sus aspectos, o al menos en parte. Luego se montaron en sus swoops y pusieron rumbo a Neraa, el poblado más cercano. Allí volvieron a tatuarse, ponerse piercings y demás, obteniendo una apariencia similar a la que tenían, una que verdaderamente imponía respeto. En cuanto terminaron, desataron su furia, oculta durante tanto tiempo, y se dispusieron a divertirse cometiendo toda clase de atrocidades por medio de la Fuerza. Los deslizadores de los lugareños volaban por los aires. Las tiendas eran destrozadas con simples gestos. El caos invadió la zona en apenas unos minutos. Los más valientes que se atrevían a hacerles frente caían bajos sus pies, bien mutilados bajo el fulgor de sus espadas láser o bien ahogados a distancia.

Tal era el poder desplegado por la banda que ni siquiera se preocuparon por huir cuando se presentó la policía local. Los disparos láser salían despedidos en todas direcciones. Muchos de ellos herían a aquellos que les habían emitido. En cuestión de minutos, hasta los refuerzos huían despavoridos. La ciudad estaba bajo el control de los Rancors de Fuego.

Pero entonces, cuando se disponían a regresar a su escondrijo, un individuo encapuchado se aproximó a ellos. Llevaba una túnica marrón muy sencilla, tal y como las que llevaban los Jedi. Cuando se detuvo en su avance, se quitó la capucha, revelando su identidad: era Luke Skywalker.

—¡¡Y todo por tu culpa!! —le gritó Ytto a Bhurr nada más ver al Maestro Jedi. Después, le disparó con su blaster en la cabeza. Honn, que también había tenido parte de culpa con su inoportuno comentario antes de abandonar Yavin 4, se desplomó sin vida justo después con una herida de similar factura.

—Mejor para mí —le dijo Luke, que ahora tenía que enfrentarse a seis enemigos en vez de a ocho—. ¿Qué preferís, la cárcel o la muerte, caballeros? —ni Ytto ni sus hermanos se tomaron la molestia de responder. Activaron sus espadas de luz y corrieron hacia el Jedi con motivo de atacarle todos a la vez. Luke, viendo que le iba a resultar imposible defenderse de semejante ofensiva, optó por llevarles a un terreno donde se vieran obligados a atacar de uno en uno: una vivienda. Para ello, efectuó un tremendo salto con ayuda de la Fuerza para alcanzar una de las ventanas del primer piso del edificio más cercano. Japportios fue el primero en seguirle… y el primero en caer derrotado. Nada más caer sobre la estancia, Luke le empujó con la Fuerza, enviándole de nuevo a través de la ventana. Dado que no había demasiada altura y que cayó de espaldas al suelo, probablemente se habría facturado la espina dorsal. Viviría para contarlo en la cárcel de paralíticos.

El siguiente que entró en la vivienda fue más precavido, de modo que logró esquivar el empujón invisible de Luke. Es más, consiguió después iniciar una feroz ofensiva que incluso al experimentado Maestro Jedi y héroe de la Nueva República le estaba costando detener. «Ahora sí que estoy convencido: soy un buen tutor», pensó sarcástico. La cosa

empeoró cuando otro de los bandidos entró por la ventana de la habitación en la que combatían, que era un salón bastante amplio. Menos mal que no había nadie en la casa, porque si no probablemente hubieran resultado heridos por alguno de los tres luminosos haces. De hecho, los destrozos en el inmobiliario fueron numerosos. Luke apenas tenía espacio para esquivar a los dos feroces atacantes. Era tal su agresividad que le parecía increíble que no hubiera sido capaz de detectar sus oscuras intenciones durante el prolongado entrenamiento en Yavin 4.

Obligado a retroceder, el Maestro Jedi entró en la cocina, donde vio a otro de los criminales accediendo por la ventana. Lo que hizo entonces fue saltar hacia atrás y usar la Fuerza para cerrar de golpe la puerta de la estancia. Esto detuvo el avance de sus dos atacantes durante el par de segundos que necesitaba para librarse del nuevo adversario, quien cayó al suelo con media docena de cuchillos clavados entre el abdomen y el pecho. Esta estrategia de lanzar los elementos del entorno con la Fuerza le recordó por un instante el enfrentamiento con su padre en la Ciudad de las Nubes. Vader solía hacer uso de esta táctica cuando sólo pretendía aturdir al rival. Pero en esta ocasión, Luke tenía a disposición algo más eficaz que simples cajas y piezas, y dada su peliaguda situación, no dudó en derrotar al villano de esa manera.

En cuanto el cuerpo sin vida tocó el suelo, sus dos hermanos entraron y continuaron atacando a Luke con más furia si cabe: ahora les movía la sed de venganza. El Maestro Jedi se vio sin espacio en apenas unos segundos, acorralado contra la ventana. Fue entonces cuando detectó a otro de los bandidos saltando hacia ella. Antes de que llegara a posarse sobre el alféizar, le empujó con la Fuerza y ocupó su lugar para, desde ahí, saltar hacia el piso siguiente. Decidió seguir subiendo para alcanzar el tejado, ya que era liso y tendría mucho más espacio para combatir que en otra vivienda.

De esta forma, la feroz batalla se trasladó a un cuadrilátero de permacreto en el que Luke aún debía vencer a tres oponentes. Entre ellos se encontraba el líder de la banda y el mejor de todos ellos en el manejo del sable láser: Ytto.

—¡¡A por él, hermanos!! —les ordenó mientras hacía uso de la Fuerza para ahogar a Luke a distancia. El Jedi no tuvo más remedio que tirar al suelo la empuñadura de su arma para llevarse las manos al cuello. Debía liberarse de esa letal presión sobre su tráquea antes de que los otros dos enemigos le alcanzaran. Afortunadamente, logró concentrarse justo a tiempo, haciendo desaparecer a la asfixia que a punto estuvo de quitarle la vida. Ytto se sorprendió al ver que su esfuerzo no había servido para nada. En ese momento, uno de sus compañeros lanzaba una estocada contra el desarmado Jedi, que tuvo que rodar por el suelo para esquivar a la muerte una vez más. Menos mal que aprovechó el movimiento para tomar de nuevo la empuñadura de su espada, encendiéndola justo a tiempo de detener el ataque del otro bandido. Prosiguió así la lucha contra P'yer y Serq. Un dos contra uno en el que Luke tenía todas las de perder, dada la falta de oxígeno que había sufrido hacía unos instantes.

Como ya le había ocurrido en el interior de la vivienda, Luke se vio obligado a retroceder y a retroceder, parando las estocadas lo mejor que podía. Así llegó hasta el

pequeño muro que delimitaba el tejado. Los atacantes no tardaron en mirarse el uno al otro como si se preguntaran «¿Estás pensando lo mismo que yo?». En efecto, así era: alzaron sus brazos y empujaron al Maestro Jedi con la Fuerza.

La caída prometía ser mortal… si no llega a ser porque le impulsaron con tanta potencia que acabó rodando por el techo del edificio de en frente, que se encontraba escasos metros más abajo. Sin casi darle tiempo a reprimir el dolor ni mucho menos a levantarse, el dúo de villanos saltó hacia él con las espadas apuntando hacia abajo: querían clavárselas nada más posarse. Pero Luke aprovechó esa disposición para lanzarles con la Fuerza su sable, de tal forma que cortó ambas cabezas con el mismo ataque. Evidentemente, eso no detenía el descenso de los cuerpos sin vida… ni de sus espadas. Luke suspiró de alivio cuando los luminosos filos desaparecían a escasa distancia de su cuerpo al salir disparadas las empuñaduras de las inertes manos debido al encontronazo contra el suelo de las también inertes piernas. Los cadáveres decapitados cayeron sobre el Jedi, provocándole más dolor aún que el que ya sentía por su reciente caída.

En el otro tejado, Ytto recogía el sable de Luke con una amplia sonrisa en la cara. Se asomó sobre el muro y contempló lleno de júbilo la macabra escena: sus dos difuntos hermanos habían acabado con el mejor Jedi de la galaxia. Se había quedado sin banda, pero aquella hazaña le daría un renombre de leyenda, tal y como poseían Boba Fett o Aurra Sing. Sin quererlo, había alcanzado una reputación con la que ni siquiera había soñado. Tan sólo se había conformado con pasarlo bien en su región natal. Le había bastado con ser temido por menos de un millar de personas. Ahora eso había cambiado.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección al otro lateral del tejado para descender por el mismo sitio por el que había subido, ya que en esa calle estaban aparcadas tanto su swoop como la de sus fallecidos hermanos. Pero entonces, sin saber por qué, tanto su sable láser como el de Luke, que se encontraban colgados a ambos lados de su cinturón, se encendieron por sí solos. Tuvo el tiempo justo de girar la cabeza para ver a su adversario, al que una vez había llamado Maestro, antes de que las empuñaduras se voltearan en dirección a sus piernas, sajándoselas hasta la altura de los tobillos. Antes de que Ytto se desplomara sobre el suelo, ya había fallecido. Luke tomó ambas espadas y las colgó de su cinturón junto a las otras dos que había cogido de P'yer y Serq. Poco después, pasó por la vivienda en la que había luchado para hacerse con la de Greiro y descendió a la calle donde se había iniciado el largo y salvaje enfrentamiento. Allí comprobó el estado de los dos bandidos a los que había tirado desde el primer piso. Ambos habían muerto, así que no se preocupó por llamar a los servicios de emergencia. Lo que sí hizo fue recoger todos los sables láser.

Entonces, cuando se disponía a subirse a una de las swoops de la ahora desaparecida banda de los Rancors de Fuego para abandonar el lugar, un ciudadano se le acercó por la espalda y le dijo:

—¡Gracias, señor, gracias! ¡Por fin nos hemos librado para siempre de esta panda de mal nacidos! Cuando volvieron tras un año de ausencia, pensé que habían vuelto para

siempre, pero usted les ha plantado cara y les ha derrotado ¡Permítame que le acompañe a la comisaría para que pueda usted cobrar la jugosa recompensa, se la ha ganado a pulso! —al hombre de mediana edad le brillaban los ojos de pura alegría. Debía haber estado sufriendo durante muchos años las atrocidades de Ytto y sus hermanos.

—No, gracias, me basta con esta recompensa —le respondió Luke con una sonrisa mientras le señalaba las nueve empuñaduras que colgaban de su cinturón.